

José L. Caravias sj

EL DIOS DE JESUS

Presentación

Cerca del pensamiento de un hermano es fácil encontrarse unidos en Aquel que es el argumento de ese pensamiento: Cristo. Hace mucho tiempo caminamos juntos, llevando a las comunidades, especialmente campesinas, la palabra de Dios, fundamento de su consistencia solidaria. En esa palabra de Dios hay un problema humano que se presenta apenas se comienza a sentir su energía viva, su fuerza comunicadora y su constante incitación maravillosa a la libertad.

El problema del hombre que escucha y vive la palabra de Dios es llegar a comprender qué es lo que la Palabra pensaba de Dios, es decir, cómo se realizaba la constante y cada vez más honda comunión de la Palabra encarnada con el Padre, que determinó su encarnación y con el Espíritu, que alentó esa historia. Los hombres, comprometidos en escribir lo que el Espíritu sugiere a sus mentes, mientras su corazón se hace comunitario, nos han escrito mucho del Dios de Jesús.

Hacía falta que alguien uniera todos esos pensamientos sobre un solo lienzo, en el que se marcara la huella de sangre del rostro de Cristo. Mi hermano José Luis Caravias s.j. lo ha conseguido, mientras formaba comunidades, mientras recibía de ellas testimonios vivos de la presencia de Cristo, mientras entregaba sus cruces a la inacabada obra del Señor. Todo lo que vamos a leer y, estoy seguro que también a releer, en "el Dios de Jesús" es lo vivido por muchos, lo escrito por algunos, lo esperado por todos.

Desde mi rincón humano, en el cual respondo por la pastoral de la Arquidiócesis de Cuenca en el Ecuador, apruebo esta obra y bendigo a quien la escribió y a todos los que la inspiraron.

Cuenca del Ecuador, 15 de agosto de 1985

Fr. Luis Alberto Luna Tobar ocd.
Arzobispo de Cuenca

Introducción

Yo no soy teólogo, ni hijo de teólogo. En mis años "oficiales" de teología fui mal estudiante. No tengo ninguna clase de títulos. Acabé los estudios trampeando lo antes que pude. Mi único ideal era ser sacerdote campesino. Por ello, de vuelta al Paraguay, junto con otros compañeros, compartí la vida campesina. Queríamos convertirnos en campesinos "auténticos". Trabajábamos con nuestras manos la tierra. Pero aquellos campesinos pacientemente nos fueron convenciendo de que lo que ellos querían de nosotros era ante todo que les ayudáramos a fortalecer su organización naciente: las Ligas Agrarias. Y así, a instancias de ellos, llegué a dedicarme completamente a cursillos de formación.

Al comienzo los cursos eran de corte socioeconómico. Pero poco a poco fue saliendo a superficie una realidad de hondas raíces: la fe campesina. Medellín explotó en Paraguay como cohete alegre de fiesta. Los campesinos comenzaron a pedir que les ayudáramos a caminar por un nuevo sendero que descubrían con gozo: la Biblia. Y así, suavemente, ellos me forzaron a volver a los libros de teología. Pero esta vez con el corazón asentado en un pueblo oprimido, pero creyente y en marcha.

Después de años de compartir con ellos el despertar de la fe, puedo llegar a afirmar que jamás he quedado defraudado en un curso bíblico con campesinos. Todavía sigo con capacidad de admiración frente a la fe creciente de este campesinado latinoamericano. En su fidelidad creativa siempre hay algo que me sorprende con gozo. Vivo, cada vez más profundamente, aquella alegría gratificante de Jesús ante el hecho de la revelación del Padre *"a la gente sencilla; sí, Padre, bendito seas por haberte parecido eso bien"* (Mt 11,26).

En los últimos años se va notando en Latinoamérica un acontecimiento nuevo: ciertos grupos campesinos piden cada vez más formación en la fe, de un modo sistemático y constante, de acuerdo a su cultura y a sus necesidades. ¡La Buena Nueva de Jesús en nuestro continente está siendo jalada desde abajo, por este pueblo creyente y oprimido! La

unión de su fe y de su realidad con la Biblia ha sido el detonante que les ha despertado y les ha puesto en marcha.

A partir de este despertar bíblico, el pueblo va imponiendo respeto a su fe y a su religiosidad, a su cultura, a sus comunidades y a su organización. Es más, en muchos casos este pueblo va imponiendo su ritmo a sacerdotes y a teólogos. Ellos están comenzando a señalar los temas a investigar y a marcar el ritmo a seguir.

Según mi parecer, tres son los temas bíblicos principales en los que se centra el despertar campesino: la hermandad, la tierra y Jesús. El primer impacto es el descubrimiento de la hermandad como exigencia de la fe. En segundo lugar, con frecuencia reciben un ánimo profundo muy gozoso cuando descubren que la Biblia tiene mucho que decirles sobre su realidad campesina. Sobre esta doble plataforma resulta mucho más profundo el encuentro personal y comunitario con Jesús. Conocer y seguir a Jesús es su meta. Se trata de un encuentro sencillo, gozoso, cuestionante, entre viejos amigos por largo tiempo distanciados. A partir de estas experiencias se va construyendo un nuevo modo de ser Iglesia y una nueva espiritualidad.

Acompañando este caminar a lo largo de los años me he visto forzado por ellos a devolverles sistematizado lo mucho que voy aprendiendo de ellos. Su deseo de hermandad me llevó a escribir *"Vivir como Hermanos"*. La exigencia de respeto de su religiosidad me obligó a investigar y escribir *"Religiosidad campesina y Liberación"*. El gozo de encontrar su realidad campesina en la Biblia produjo *"Luchar por la Tierra"*. El descubrimiento de un Dios distinto se plasmó en *"Dios es bueno"*. El encuentro con Jesús se ha ido jalonando en tres pasos: *"Cristo es Esperanza"*, *"Cristo Compañero"* y ahora *"El Dios de Jesús"*. Todos son libros salidos e inspirados en la fe campesina. Los problemas y el espíritu que todo este despertar suscita en los agentes de pastoral intento llevarlo a la oración en *"Consagrados a Cristo en los Pobres"*. Por último, he sentido también la necesidad de historiar parte de este proceso; así han nacido *"Liberación Campesina: Las Ligas Agrarias del Paraguay"* y *"En busca de la Tierra sin Mal: Movimientos campesinos en el Paraguay, 1960-1980"*.

Pero este libro que presento, *"El Dios de Jesús"*, tiene un nacimiento distinto. Ahora no parto tanto de la base, sino de los teólogos. Queriendo ayudar a este deseo creciente de encuentro entre Jesús y su pueblo, se me ocurrió organizar una "minga" de teólogos. Las dos grandes culturas sudamericanas, la quichua y la guaraní, saben organizar mingas para resolver sus problemas. Se trata de trabajos comunitarios, en los que todos juntan su fuerza, con alegría, gratis, al servicio de la comunidad. Algo así he querido hacer con los teólogos.

En los veinte últimos años se ha escrito mucho y muy lindo sobre Jesucristo. La mayoría de estos teólogos tienen sus ojos puestos en los pobres, pero su lenguaje no es el de los pobres. Por eso muchos de sus hermosos y caros libros no les sirven a los pobres, aunque cada vez los necesitan más. Fue así como se me ocurrió servir de puente entre la buena voluntad de unos y el hambre de los otros. Hacer como de traductor. Y para ello me he puesto a leer, resumir, simplificar, coordinar las muchas ideas lindas de tantos hermanos teólogos. Los he puesto a trabajar juntos, con la alegre libertad de las mingas.

El presente libro, pues, no tiene nada de original. Todo está copiado. Es puro plagio, con el mayor descaro. Se unen y se entremezclan unas citas con otras; se cambian sin empacho las palabras complicadas; otras veces se copia al pie de la letra. No se respetan los derechos de autor. Es que se trata de una minga de teólogos: todos juntos, trabajando gratis, alegremente, al servicio de la fe de este pueblo, de lo mejor de este pueblo: los animadores bíblicos de las Comunidades Cristianas. ¡Gracias, hermanos!

En estos nueve años el presente libro ha sido editado en diversos países. He recibido muchos agradecimientos porque estas páginas han ayudado a muchas personas a conocer, amar y seguir más de cerca a Jesús. Mucho le doy gracias a Dios por ello. Ahora presento una nueva edición popular paraguaya, en la que he suprimido las notas. Las personas que quieran consultarlas las pueden encontrar con facilidad en las otras ediciones: Paulinas de Colombia y Argentina, EDICAY de Ecuador, CRT de México y VOZES del Brasil.

JOSE L. CARAVIAS

Asunción, marzo de 1993

1

La fe de Jesús

Acabo de afirmar en la introducción que creo con todo mi ser que Jesús es Dios, y que esta es la fe de nuestro pueblo latinoamericano. Si Jesús no fuera Dios, perdería sentido todo lo que vamos a decir de él. Su vida, su predicación y su testimonio nos serviría de muy poco. Pero creyendo firmemente en su divinidad, toma una fuerza muy especial toda su humanidad. Este quiere ser el sentido de este primer capítulo sobre la conciencia y la fe de Jesús. A través de lo humano de Jesús llegar hasta Dios.

1. LA CIENCIA DE JESUS

Hasta no hace muchos años pensaban los teólogos que Jesús durante su vida terrena lo sabía todo, lo pasado, lo presente y lo futuro; conocía todas las ciencias, todas las técnicas, todos los inventos que se iban a realizar a través de la historia. Conocía personalmente a todas las personas del mundo, sus problemas y sus pensamientos. Decían que Jesús no ignoraba nada y que cuando durante su vida demostraba no saber algo era solamente porque él disimulaba para poder así enseñarnos.

Pero en estos últimos tiempos, en los que tanta gente se ha dedicado a estudiar en serio la Biblia, hemos sabido aceptar en su profundidad la realidad que muestran los Evangelios: que Jesús fue un hombre completo, y que, como todo hombre, él no lo conocía todo, y, por consiguiente, estuvo siempre en actitud de búsqueda y de aprendizaje, y tuvo dudas en su caminar, crisis y tentaciones.

Esto no dice nada en contra de su divinidad. Justamente el que Dios quisiera hacerse hombre completo, con todas sus consecuencias, es una de las asombrosas maravillas de su amor hacia nosotros.

La humanidad de Jesús no pudo ser una comedia o una farsa. Y ello sería así si Jesús lo hubiera conocido absolutamente todo. Jesús, como hombre, tenía que poder crecer en sabiduría y tenía que tomar sus propias opciones con libertad y dolor. El tomó sobre sí

todas las consecuencias de su encarnación, como, por ejemplo, la ley de la maduración humana; y todas las consecuencias de nuestro pecado, como la ignorancia y las tentaciones; sólo que él jamás pecó (Heb 4,15). Si no fuera así, su pasión y su muerte no hubieran sido verdaderas.

Pero Jesús vivió una humanidad con mucha más profundidad que cualquiera de nosotros. Y en su humanidad encontró como lo más íntimo de sí mismo al propio Dios. Jesús se sabe unido al Padre con una intimidad total y desconocida para nosotros. En su vida y en su conducta no hay otra razón de ser que el Padre. Hablaremos de ello largamente a través de todo el libro, y más concretamente, en seguida, sobre su actitud constante de búsqueda de Dios.

Fijémonos por el momento en cómo los evangelistas presentan a Jesús compartiendo el saber cultural de sus contemporáneos. No tienen miedo en afirmar que "*Jesús iba creciendo en saber, estatura y en el favor de Dios y de los hombres*" (Lc 2,52). Jesús pregunta con frecuencia para enterarse de lo que no sabe; ignora el día del juicio; sufre tentaciones; duda del camino a seguir; cambia de modo de proceder; pide que la muerte se aleje de él. Nada de ello se presenta como fingiendo, sino totalmente real. No hay razón alguna para negar que aprendió realmente de sus padres, de su pueblo, de su cultura. Aunque él transformará y dará una profundidad insospechable a toda la gran riqueza de su pueblo.

Según lo presentan los Evangelios, Jesús aprende continuamente nuevas cosas y hace nuevas experiencias que le sorprenden, siempre a partir de las ideas de la cultura de su pueblo. Sin duda alguna él pasó por un proceso histórico de aprendizaje.

Tiene además, a veces, como todo humano, crisis de identificación: dudas de quién es él y qué debe hacer; aunque todo ello envuelto en una profunda fe en la voluntad providente del Padre.

Hasta tuvo que reconocer que el Reino de Dios, por causa de la dureza del corazón de sus oyentes, no llegaría tan rápidamente como él había pensado al principio de su predicación.

Todo esto se explica algo dentro del misterio sabiendo que Jesús tenía una conciencia humana distinta a la conciencia del Verbo de Dios. Si las dos conciencias fueran la misma, el Verbo estaría dirigiendo siempre la realidad humana de Jesús, que se convertiría entonces en algo meramente pasivo. La conciencia humana de Jesús no era como un doble de la conciencia divina. En realidad su autoconciencia humana se relacionaba con Dios en una distancia de criatura, con libertad, obediencia y adoración, lo mismo que cualquier otra

criatura humana, aunque con una profunda conciencia de cercanía radical respecto a Dios.

Crear que el Jesús histórico conocía todo, sería confundir su vida terrena con su vida gloriosa de resucitado. No se pueden atribuir al Cristo terreno cualidades que son sólo del Cristo glorioso.

Pero sí podemos afirmar que Jesús tuvo durante su vida momentos de particular claridad y experiencias de profundidad inaudita y de una apertura única al misterio de la creación y la vida. Él recibió como regalo de Dios el conocimiento profético necesario para llevar a cabo su misión. Como revelador, tuvo un conocimiento totalmente único del misterio de Dios y de su plan de salvación. Jesús hombre, vivía con Dios en una proximidad y una amistad insospechadas hasta entonces.

Resumiendo: Cristo en su experiencia terrena tenía dos clases de ciencia: Un saber adquirido en relación con la cultura de su época, y un conocimiento profético, como don de Dios, que le capacitaba para cumplir a la perfección su misión de revelador del Padre. El campo del conocimiento profético estaba delimitado por el de esta misión suya.

2. LA FE DE JESUS

¿Tuvo fe Jesús? A algunos les cuesta admitir que Jesús tuviera fe, porque piensan que él veía siempre a Dios, como los bienaventurados del cielo. Sin embargo, la respuesta a esta pregunta nos va a llevar a un conocimiento más profundo del mismo Señor Jesús, y al mismo tiempo nos va a enseñar el valor de nuestra propia fe.

Vamos a ver cómo Jesús es el auténtico creyente en Dios, que promueve entre los hombres una nueva fe. Es el hombre total porque ha sido el creyente total.

Aunque en el Nuevo Testamento no se habla expresamente de la fe de Jesús, no hay duda de que en numerosos pasajes se le atribuye una actitud de fe.

Dice la carta a los hebreos: "*Corramos con constancia en la competición que se nos presenta, fijos los ojos en el pionero y consumidor de la fe, Jesús*" (Heb 12,2). Según este texto genial, Jesús es presentado como el modelo perfecto de los creyentes, el que ha llevado la fe a la plenitud de la perfección, experimentándola en su propia vida, en una situación humanamente muy dura, al tener que elegir entre el gozo y la cruz, pasando por

encima de la ofensa y el desprecio. Jesús es el modelo perfecto de la fe perseverante: él ha tenido que luchar hasta el final para dar toda su perfección a su actitud de creyente.

Jesús es el primero de los creyentes, "el pionero", en cuanto que los demás hemos de recorrer su mismo camino en la misma actitud. El recorrió nuestro camino de fe como modelo y precursor. Y lo recorrió como nosotros en la oscuridad de la tierra; y desde ella practicó la esperanza y la obediencia en medio de la contradicción y de súplicas y lágrimas. Pero su hastío y su miedo fueron superados por la fe y transformados en amor. Por eso él es el primero de los creyentes.

Así como Pablo considera a Cristo como el primero de los resucitados, el hermano mayor en la gloria, Hebreos lo considera como el primero que ha vivido ya como resucitado en la historia por haber vivido plenamente la fe.

De este modo, creer en Jesús es fundamentalmente creer en lo que él creyó y esperar la liberación que él esperó y alcanzó. La fe de Jesús enfrenta al hombre con la realidad "Dios" en la que creyó y con los dioses oficiales a los que se opuso tenazmente. Por su humanidad Jesús es el camino para llevar a los hombres a creer en Dios como él creyó y a ser de Dios como lo fue él.

Cuenta San Marcos que en cierta ocasión en la que los discípulos no habían podido curar a un niño epiléptico, Jesús protesta diciendo: "*¡Gente sin fe! ¿hasta cuándo tendré que estar con ustedes?, ¿hasta cuándo tendré que soportarlos?*". Y ante la petición del padre que le dice: "*Si algo puedes, ten lástima de nosotros*", Jesús le replicó: "*¡Qué es eso de 'si puedes'! Todo es posible para el que tiene fe*" (Mc 9,19.22-23). Y en seguida curó al niño.

Jesús, pues, fundamenta su "poder" en la fe que le anima. El es el que cree con fe ilimitada. Por eso puede curar al niño, porque "*todo es posible para el que tiene fe*". La fuerza con la que él actúa es la fuerza de Dios, que anida en todo hombre que tiene fe en él.

Fe aparece aquí en el sentido bíblico de confianza en Dios. Y en esta línea es la que podemos afirmar que Jesús tuvo fe, verdadera fe, la fe plena en el sentido total de la Biblia.

En efecto, en los Evangelios sinópticos aparece la fe como confianza absoluta en la omnipotencia de Dios en situaciones humanamente desesperadas (Mt 9,1-8; Mc 5,21-43; 10,46-52; 7,24-30; Mt 9,27-31; Lc 17,11-19; etc.). Para San Juan la fe es una entrega total confiada en la persona de Jesús. Según San Pablo la fe está íntimamente ligada a la actitud de obediencia (Rm 6,16-17; 15,18) y a la confianza (Rm 6,8; 2 Cor 4,18; 1 Tes 4,14). En la

carta a los Hebreos (c.11) la fe es la certeza de una realidad que no se ve, a la que va ligada la firme confianza en la promesa de Dios y la obediencia fiel del hombre a Dios.

Esta actitud fundamental, que en la Biblia se llama fe, es ciertamente la actitud fundamental que define lo más íntimo, lo más personal y típico de Jesús. Él se entrega incondicionalmente a su Padre Dios y acepta sus planes en absoluta docilidad, confianza y abandono, aun en los momentos de mayor obscuridad. Jesús superó siempre toda tentación de apoyarse en sí mismo o en los demás por medio de su fe-confianza, por su abandono total en el Padre.

De esta manera Jesús es el jefe de fila, el creador y consumidor de nuestra fe. Nuestra condición de creyentes tiene que estar calcada de la suya. La fe de cualquier persona, como la de él, se tiene que realizar en la confianza, en el abandono en manos de Dios y muchas veces en la oscuridad y en la soledad de la cruz.

Creer es lo mismo que aceptar a Jesús, pero no de cualquier manera, sino precisamente en su actitud de creyente en medio del dolor.

3. BUSQUEDA CONSTANTE DE DIOS Y DE SU REINO

Parece que Jesús no tuvo desde el comienzo una idea del todo clara acerca de la voluntad de Dios sobre él. No comenzaría sabiéndolo todo sobre Dios. Jesús pasó por un proceso de "conversión", no como elección entre el bien y el mal, sino como un ir descubriendo cada vez más cerca a Dios y cada vez más clara su voluntad.

En todo momento tuvo Jesús una actitud muy sincera de búsqueda de Dios. Poco a poco, desde sus más tiernos años, a partir de una actitud constante de oración, fue comprendiendo, cada vez más profundamente, quién era Dios para él y qué quería Dios de él. Desde las raíces culturales de su pueblo, desde la meditación constante del Antiguo Testamento, desde la observación de la realidad de la vida, iluminadas siempre por una fe sincerísima y profunda, Jesús fue comprendiendo cada vez mejor al Dios de Israel; se fue haciendo más transparente su actitud de hijo que se siente querido, hijo débil, agradecido y obediente a "su" Padre.

Toda la vida de Jesús estuvo centrada en Dios como Padre. Hablaremos de ello largamente en los próximos capítulos.

Intentemos por el momento, ahondar un poco más en su actitud de búsqueda constante de Dios. Esta búsqueda sincera es expresión profunda de su fe. La perfección histórica de esa búsqueda de Dios la va consiguiendo Jesús, por contraste, a partir de dos realidades profundamente humanas: la tentación y la ignorancia.

En los Evangelios sinópticos la escena de las tentaciones está centrada a nivel de la fe en lo más profundo de la actividad y la personalidad de Jesús: su relación con el Padre y su misión al servicio del Reino. Sus tentaciones nos dan la clave para comprender la fe de Jesús en su doble vertiente de confianza en el Padre y obediencia a la misión del Reino: El poder que controla la historia desde fuera o el poder que se sumerge dentro de la historia; el poder de disponer sobre los hombres o el poder de entregarse a los hombres. A Jesús se le presentan las dos posibilidades de afianzar su personalidad concreta a través del verdadero o el falso mesianismo.

En el huerto, la noche anterior a su muerte, Jesús parece sentir con fuerza la tentación del uso del poder, pues era lo único que parecía poder salvarle. La agonía del huerto no es sino la crisis absoluta de la idea del Reino que tuvo Jesús al comienzo de su predicación. Es la *"hora en la que mandan las tinieblas"* (Lc 22,53). Y supera la tentación no huyendo del conflicto, sino metiéndose en él y dejándose afectar por el poder del pecado.

En la pasión, la tentación toca más que nunca a la fe en Dios. Parece que el Dios que se acerca en gracia ha abandonado a Jesús (Mc 15,34). La fe de Jesús entra en una tentación radical: quién es ese Dios que se aleja y exige un total abandono en sus manos en medio de una absoluta obscuridad. Jesús supera la tentación con la misma actitud de siempre: *"No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú"* (Mc 14,36). Que la fe sea total entrega de sí mismo y que el amor liberador sea amor en el sufrimiento es una novedad para Jesús, novedad que acepta al vencer la tentación.

Jesús supera, pues, sus tentaciones históricas y con ello va madurando cada vez más su fe en el Padre y en el Reino.

Unas páginas atrás decíamos que Jesús no lo sabía todo. Pues bien, sus ignorancias se convierten desde el punto de vista de la fe en componentes de la perfección de esta fe.

A la fe le pertenece dejar a Dios ser Dios. Esto es lo que en el Antiguo Testamento se conoce como trascendencia o santidad de Dios. En Jesús aparece la absoluta familiaridad con Dios, su entrega absoluta al Padre, pero siempre en el contexto fundamental de dejar a Dios ser Dios. Por eso está dispuesto a hacer su voluntad hasta el fin, incluso en la agonía

del huerto. Y por esto también no quiere saber el día de Yavé: es un secreto que le pertenece a Dios. Jesús respeta la trascendencia de Dios, y de ahí que sus ignorancias no son ninguna imperfección, sino la expresión de sentirse criatura de Dios, hijo de Dios; son la expresión de un mesianismo que vive del Padre y no de su propia iniciativa.

La limitación del saber de Jesús es la condición histórica de hacer real la búsqueda y la entrega al Padre, en igualdad de condiciones y solidaridad con todos los hombres. Sólo así podía entregar Jesús su persona al futuro del Padre.

La fe de Jesús, o sea, su confianza y obediencia al Padre, para poder expresarse y crecer, necesitaban de situaciones históricas de conflictividad, de tentaciones y de ignorancias. Dejar a Dios ser Dios no es cuestión sólo de ideas, sino de actitudes históricas realizadas dentro de la historia. Por ello en el "no saber" sobre el día de Yavé, Jesús "sabía" del Padre, precisamente porque le dejaba ser Padre, es decir, el misterio absoluto de la historia.

4. JESUS SE SIENTE ENVIADO DEL PADRE

La actitud que tuvo Jesús desde sus primeros años de continua búsqueda de Dios y sumisión a él, fue cuajando en una conciencia cada vez más clara de que Dios le había mandado al mundo con una misión muy especial.

En sus años de predicación pública esta conciencia de enviado se manifiesta de continuo. *"Yo no estoy aquí por decisión propia; no, hay realmente uno que me ha enviado"* (Jn 7,28).

El "Enviado" puede ser un nombre muy propio para Jesús. *"Esta es la vida eterna, reconocerte a ti como único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesús"* (Jn 17,3). *"Tú me enviaste al mundo"*, dice Jesús al Padre (Jn 17,18).

Los discípulos lo reconocen en el momento en que llegan a saber que él fue enviado: *"Estos reconocieron que tú me enviaste"* (Jn 17,25). Y el testimonio de su predicación y su unión será *"para que el mundo crea que tú me enviaste"* (Jn 17,21).

Refiriéndose al Padre, Jesús casi siempre dice: *"el Padre que me envió"* (Jn 5,23.37). Otras veces no cita el nombre del Padre, sino simplemente dice: *"el que me envió"* (Jn 5,14.30; 6,38.39), o *"su enviado"* (Jn 5,38; 6,29).

Jesús no es simplemente un mensajero del Padre que trae un mensaje de parte de él: Jesús mismo es el mensaje. El Padre no decidió enviar regalos a los hombres por medio de Jesús: envía a su propio Hijo.

Jesús se identifica plenamente con su misión. No pretende ser nada en sí mismo. Toda su realidad consiste en desempeñar la función de intermediario, transmisor, comunicación entre el Padre y el mundo. El es en su totalidad, contacto, mediación, canal por el cual Dios se comunica con el mundo. Por él pasa el movimiento de comunicación. Jamás se encierra en sí mismo: es apertura al Padre y apertura al mundo. No tiene otra personalidad que el servicio del Padre y de los hermanos: ponerlos a los dos en contacto. Este es su modo de ser "misionero".

Jesús no tiene vida privada, no se concentra en sí mismo: siempre habla o escucha. O habla con los hombres sobre Dios o habla con Dios sobre los hombres; o escucha la voz de Dios en el mundo o escucha lo que dice Dios sobre el mundo.

Jesús es aquel que oye y ve, aquel que vive recibiendo y dando. Todo lo que tiene es recibido. *"Las palabras que tú me diste, yo se las entregué a ellos"* (Jn 17,8). El recuerda a sus discípulos: *"Les he comunicado todo lo que le he oído a mi Padre"* (Jn 15.15). *"Yo no he hablado en nombre mío; no, el Padre que me envió me ha encargado él mismo lo que tenía que decir y que hablar... Por eso, lo que yo hable, lo hablo tal y como me lo ha dicho el Padre"* (Jn 12,49-50).

Jesús es todo lo contrario a un ser egoísta, encerrado en sí mismo. *"Yo no puedo hacer nada de por mí; yo juzgo como me dice el Padre"* (Jn 5,30). *"Un hijo no puede hacer nada de por sí; primero tiene que vérselo hacer a su padre. Lo que el Padre haga, eso lo hace también el hijo"* (Jn 5,19). Su punto de referencia, su eje, siempre es el Padre.

La palabra de Jesús está dotada de una autoridad radical, justamente porque no procede de él, sino del Padre. Su ser misionero es la transparencia de la autoridad del Padre, la transmisión al mundo de la autoridad, de la fuerza, del amor del Padre. Jesús no tiene nada en sí, pero por él pasa todo.

La sumisión total de Jesús al Padre no es algo pasivo o cuadrado. El encuentra en la Biblia las instrucciones y las órdenes de Dios, pero sabe ir más allá de la letra de las Escrituras. El sabe interpretar el espíritu de los textos bíblicos, nunca por insubordinación, sino por una subordinación mayor al Espíritu de Dios. Su obediencia es activa y creadora. El encarna en su vida las líneas maestras del plan de su Padre Dios. Va descubriendo qué

caminar concreto es la tradición más fiel del ideal trazado en la Biblia.

5. AL PADRE LO CONOCE SOLO EL HIJO

Jesús se sintió enviado del Padre, y en esta su experiencia de hijo, fue conociendo cada vez más perfectamente a "su" Padre Dios. En ese sentirse amado y enviado, recibe el conocimiento de Dios. Se trata de un conocimiento vivido en el movimiento de su propia misión de hijo.

Dice el mismo Jesús: *"Mi Padre me lo ha enseñado todo; al Hijo lo conoce sólo el Padre y al Padre lo conoce sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar"* (Mt 11,27). Es como si dijera: lo mismo que un padre es el único que conoce de veras a su hijo, también el hijo es el único que conoce de veras a su padre. *"Igual que mi Padre me conoce, yo conozco también al Padre"* (Jn 10,15). Puesto que sólo un hijo conoce de veras a su padre, es él el único capaz de transmitir a otros ese conocimiento.

En San Juan hay otra afirmación de Jesús muy parecida: *"Pues sí, se lo aseguro: un hijo no puede hacer nada de por sí, primero tiene que vérselo hacer a su padre. Lo que el padre haga, eso lo hace también el hijo, porque el padre quiere a su hijo y le enseña todo lo que él hace"* (Jn 5,19-20). Jesús quiere decir, con una comparación familiar, que Dios le ha dado el conocimiento de sí mismo, y por eso él es el único que puede comunicar a los demás el verdadero conocimiento de Dios.

Estas afirmaciones de Jesús son de suma importancia para entender su misión y su fe. Esta conciencia de ser el enviado del Padre, aquel que de una forma única recibe y transmite el conocimiento de Dios, la encontramos también en otros muchos pasajes del Evangelio (Mc 4,11; Mt 11,25; Lc 10,23-24; Mt 5,17; Lc 15,1-32).

¿Cuándo y dónde ha recibido Jesús esta revelación, en la que Dios le ha concedido el conocimiento pleno de sí mismo, lo mismo que cuando un padre se da a conocer a su hijo? Los Evangelios no lo dicen, pero quizás fue en alguna experiencia concreta sucedida en algún acontecimiento especial. Así parecen sugerirlo algunos textos.

En este hecho de que Dios le ha abierto su propia intimidad, lo mismo que un padre a su hijo, se apoya precisamente la autoridad y el poder de Jesús.

Apoyados en este conocimiento de Dios que tiene Jesús, adentrémonos, a través de los próximos capítulos, a conocer también nosotros, siquiera un poco, la realidad del Dios de Jesús.

Bibliografía

1. JOSE IGNACIO GONZALEZ FAUS, *la Humanidad Nueva II, Razón y Fe*, Madrid 1979, pgs. 598-603: El problema de la Ciencia de Cristo.

KARL RAHNER, *Curso Fundamental sobre la Fe*, Herder, Barcelona 1979, pgs. 294-300: La autoconciencia fundamental del Jesús prepascual.

CHRISTIAN DUQUOC, *Cristología, Sígueme*, Salamanca 1978, pgs. 226-244: Problemas de la ciencia y de la conciencia de Jesús.

JON SOBRINO, *Cristología desde América Latina*, CRT, México 1976, pgs. 290-294: La conciencia de Jesús.

LEONARDO BOFF, *Pasión de Cristo, Pasión del Mundo*, Sal Terrae, Santander 1980, pgs. 110-118: Indicios de una toma de conciencia progresiva.

ANTONIO SALAS, *Biblia y Catequesis III, Biblia y Fe*, Madrid 1982, pgs. 384-405: Jesús ante sí mismo.

JOSE MARIA CASTILLO, *El Discernimiento Cristiano*, Sígueme, Salamanca 1984, pgs. 127-131: Un Jesús plenamente humano.

ALBERT NOLAN, *¿Quién es este Hombre?*, Sal Terrae, Santander 1981, pgs. 203-204.

BRUNO FORTE, *Jesús de Nazaret*, Paulinas, Madrid 1983, pgs. 192-211: La conciencia que tiene Jesús de su historia.

2. J. M. CASTILLO, *Oración y Existencia Cristiana*, Sígueme, Salamanca 1983, pgs. 119-133: La Fe de Jesús.

JOSE RAMON GUERRERO, *El Otro Jesús*, Sígueme, Salamanca 1978, pgs. 163-168: La fe de Jesús; 315-316.

J. SOBRINO, *Cristología desde América Latina*, pgs. 88-91: La expresión "fe de Jesús" en el NT.

J. GALOT, *La Conciencia de Jesús*, Mensajero, Bilbao 1977.

CLAUDE TRESMONTANT, *La Doctrina de Yeshúa de Nazaret*, Herder, Barcelona 1973, pgs. 203-218: La fe.

3. J. SOBRINO, *Cristología...* pgs. 95-102: La condición humana de la fe de Jesús.

J. M. CASTILLO, *El Discernimiento...*, pgs. 137-141: El discernimiento de Jesús.

B. FORTE, *Jesús de Nazaret*, pgs. 222-227: La opción fundamental de Jesús.

4. JOSE COMBLIN, *El Enviado del Padre*, Sal Terrae, Santander 1977, pgs. 9-22: Que el mundo crea que tú me enviaste.

J. COMBLIN, *Jesús de Nazaret*, Santander 1977, pgs. 69-71: El Hijo.

5. JOACHIM JEREMIAS, *Abbá*, *El Mensaje central del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1983, pgs. 59-62.

J. SOBRINO, *Jesús en América Latina*, Sal Terrae, Santander 1982, pgs. 158-162.

2

Jesús siente a Dios como Abbá querido

Para entender el mensaje y la práctica de Jesús es necesario partir de una singular vivencia de Dios.

1. UNA NUEVA EXPERIENCIA DE DIOS

Como acabamos de ver, Jesús hereda toda la rica tradición de la fe de Israel. Para el judaísmo antiguo, Dios es ante todo el Señor, el que siempre está por encima de nosotros, el Todopoderoso. Para Israel, Yavé es el único y verdadero Dios. Jesús tiene fe en todo ello. El es un verdadero israelita. Pero su fe se adentra de tal modo en el ser de Dios que toma características totalmente nuevas. Aceptando la fe israelita, Jesús muestra una imagen de Dios mucho más clara y concisa.

El respeto a Dios como Señor absoluto es un elemento esencial en la predicación de Jesús, pero no es su centro. Para él Dios es ante todo Padre.

Ya en el Antiguo Testamento se habla de Dios como Padre, pero con Jesús esta paternidad

recibe acentos nuevos. La experiencia de Jesús ante Dios es totalmente original. Cuando Jesús habla de Dios quedan superadas todas las creencias del Antiguo Testamento.

La vida de Jesús, sus actitudes, sus amistades, sus compromisos, todo en él se halla animado de tal manera por la realidad "Dios", que adquieren un estilo y originalidad que resultan sorprendentes para los que tratan con él: "*¿quién es éste?*" (Lc 8,25). Es imposible comprender a Jesús y su mensaje sin conocer al Dios en el que creyó y del que se dejó penetrar hasta las últimas consecuencias.

Para Jesús lo principal no es la palabra "Dios", sino los hechos que hacen presente al hombre la realidad "Dios". El nunca se enreda en "palabrerías" teológicas, ni en oraciones vacías de sentido (Mt 6,5-8). Jesús nunca se sirvió de teorías sobre "Dios" para adoctrinar a sus oyentes, sino que se refería a él en situaciones concretas, buscando siempre descubrir los signos de su presencia en el mundo.

No enseñó ninguna doctrina nueva sobre la paternidad de Dios. Lo original en él es que invoca a Dios como Padre en circunstancias nuevas. Lo que hay de nuevo en el caso de Jesús es que invoca a Dios como Padre metido en medio de una acción liberadora. El designa a Dios como el que rompe toda opresión, incluso la opresión religiosa: actuando él de este modo proféticamente, como destructor de toda opresión, es como se atreve a llamarlo Padre.

Porque siente así a Dios como padre, Jesús deja de cumplir ciertas normas de la ley, contrarias a ese proceso de liberación humana en el que él ve la presencia bondadosa del Padre.

Por ello su original experiencia de Dios le lleva a un enfrentamiento con los adoradores del Dios oficial. Para los escribas y fariseos Jesús era un blasfemo porque cuestionaba el Dios del culto, del templo y de la ley.

Jesús no ve a Dios encerrado dentro del templo, o sometido al cumplimiento exacto de los ritos del culto, o midiendo el cumplimiento detallado de todas las normas de las complicadas leyes judías. El abre nuevas ventanas, nuevos horizontes por los cuales descubrir la presencia de Dios.

El no anuncia al Dios oficial de los fariseos (parábola del fariseo y del publicano), ni al Dios de los sacerdotes del templo (parábola del buen samaritano), sino a un Dios que es cercano y familiar, al que se puede acudir con la confianza de un niño. Es el Dios que nos

sale al encuentro en todo lo que sea amor verdadero, fraternidad. El Dios que busca al pecador hasta dar con él. El Dios que prefiere estar entre los marginados de este mundo, y rechaza a los que ocupan los primeros puestos en esta vida. Jesús ofrece un Dios sin los intermediarios de la ley, el culto, las normas, los sacerdotes, el templo...

El Dios de Jesús es un Dios-Locho para los representantes del Dios oficial. Jesús sustituye la fidelidad al Dios de la ley por la fidelidad al Dios del encuentro, la liberación y el amor.

Siente profundamente a Dios como padre de infinita bondad y amor para con todos los hombres, especialmente para con los ingratos y malos, los desanimados y perdidos. Ya no se trata del Dios de la ley que hace distinción entre buenos y malos: es el Dios siempre bueno que sabe amar y perdonar, que corre detrás de la oveja descarriada, que espera ansioso la venida del hijo difícil y lo acoge en el calor del hogar familiar. El Dios que se alegra más con la conversión de un pecador que con noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse.

Toda la vida de Jesús se apoya en esta nueva experiencia de Dios. El se siente tan amado de Dios, que ama como Dios ama, indistintamente a todos, hasta a los enemigos. El se siente de tal manera aceptado por Dios, que acepta y perdona a todos.

Jesús encarna el amor y el perdón del Padre, siendo él mismo bueno y misericordioso para con todos, particularmente para con los desechados religiosamente y desacreditados socialmente. Así concreta él el amor del Padre dentro de su vida.

2. ACTITUD FILIAL DE JESUS ANTE DIOS

La experiencia que Jesús tiene de Dios se concreta en el nuevo sentido que da a su relación con "su" padre. La actitud filial de Jesús ante Dios Padre es fundamental. Es una relación única, no compartida en su profundidad por ningún otro hombre.

Jesús siente en su vida la presencia amorosa de Dios y la comunica llamándole "Padre". Siente que a "su" Padre le debe afecto y obediencia. Que lo que es del Padre es también suyo. Que el Padre le va entregando, sobre todo, su enseñanza.

Cumplir la voluntad del Padre se convierte en el núcleo central de la vida de Jesús. Su Padre le ha dado una misión, y él tiene que llevarla a cabo. Jesús se siente hijo de Dios

metiéndose en la marcha de la historia, allá donde él ve que está presente la acción de su Padre. Se siente hijo ocupándose de lleno en la construcción del Reinado de su Padre. Ve que la soberanía liberadora de Dios debe realizarse ya en la historia, tal como él mismo lo experimenta en su propia vida.

Jesús tiene una vivencia muy especial de Dios como Padre que se preocupa de dar un futuro a sus hijos; vivencia de un Dios Padre que da esperanza al que humanamente tiene ya todas las puertas cerradas.

Predica la esperanza al mundo a partir de su experiencia de Dios como Padre; un padre que abre un futuro de esperanza a la humanidad; un padre que se opone a todo lo que es malo y doloroso para el hombre; un padre que quiere liberar a la historia del dolor humano. Su experiencia de la paternidad divina es una vivencia de Dios como potencia que libera y ama al hombre.

Jesús durante su vida terrena invitó incesantemente de palabra y de obra, a creer en este Dios, para el que *"todo es posible"* (Mc 10,27). Basado en la experiencia de su Padre presenta y ofrece a los hombres una esperanza segura.

Si prescindimos de la vivencia que Jesús tiene del Padre Dios, su imagen histórica quedaría mutilada, su mensaje debilitado y su práctica concreta privada del sentido que él mismo le dio.

3. PARA JESUS DIOS ES ABBA

En tiempo de Jesús se había oscurecido bastante la imagen de Dios. La gente no se atrevía a pronunciar su nombre. Dios era "el Innombrable". Los contemporáneos de Jesús se dirigían normalmente a Dios en tono solemne, acentuando siempre la distancia entre él y los hombres.

Como acabamos de ver, Jesús supera y clarifica definitivamente la imagen de Dios. Esta superación alcanza su máximo punto en el hecho de que Jesús se dirige a Dios llamándole "Abbá".

En su oración, Jesús no llama "Dios" a aquel a quien se dirige, a no ser que citara palabras textuales del Antiguo Testamento, como en Mc 15,34. El siempre llama a Dios como Padre.

Y, según parece, lo hacía usando la palabra aramea "abbá".

Algunas veces en el Antiguo Testamento aparece la palabra "Padre" referida a Dios. Pero muy pocas veces. Y cuando los judíos la usaron, fue siempre en un clima de sumo respeto y majestad, añadiéndole títulos divinos ostentosos.

Además, en estos casos, cuando a Dios se le llamaba Padre, se referían siempre a la paternidad divina sobre todo el pueblo de Israel (Jer 31,9; Is 63,16). Pero no tenemos pruebas de la invocación a Dios como Padre de ninguna persona en concreto.

De ahí que la originalidad de la costumbre de Jesús es doble: Es la primera vez que encontramos una invocación al Padre hecha por una persona concreta en el ambiente palestino, y es también la primera vez que un judío al dirigirse a Dios lo invoca con el nombre de "Abbá". Este es un hecho de suma importancia. Mientras que en las oraciones judías no se nombra ni una sola vez a Dios con el nombre de Abbá, Jesús lo llamó siempre así.

Abbá era la palabra familiar que los niños judíos empleaban para dirigirse a sus padres. Más o menos corresponde al "papito" castellano o al "yaya" quichua.

Invocar a Dios como Abbá constituye una de las características más seguras del Jesús histórico. Abbá pertenece al lenguaje infantil y doméstico, un diminutivo de cariño, utilizado también por los adultos con sus padres o con los ancianos respetables. A nadie se le podía ocurrir usar con Dios esta expresión familiar; sería como una falta de respeto a Yavé. Y sin embargo, Jesús, en las oraciones llegadas hasta nosotros, se dirige siempre a Dios con esta invocación: Papito querido (Abbá). Nada menos que 170 veces ponen los Evangelios esta expresión en labios de Jesús.

La palabra "Abbá", así, en arameo, sólo aparece en los Evangelios en Marcos 14,36. Pero según los estudiosos creen, siempre que los evangelistas ponen en griego en labios de Jesús la palabra griega "pater", no están sino traduciendo la palabra aramea "abbá", pues está demostrado que esa era la costumbre constante de Jesús.

El Nuevo Testamento conserva la palabra aramea (abbá) para subrayar el hecho insólito del atrevimiento de Jesús (Rm 8,15; Gál 4,6-7). La familiaridad de Jesús con su Padre quedó tan grabada en el corazón de los discípulos, que la invocación "Abbá" se extendió rápidamente en el cristianismo primitivo. Los primeros cristianos adoptaron ellos mismos esta forma de orar de Jesús.

Abbá encierra el secreto de la relación íntima de Jesús con su Dios y de su misión en nombre de Dios. Jesús se dirigía a Dios como una criaturita a su padre, con la misma sencillez íntima, con el mismo abandono confiado.

Evidentemente Jesús conoce también los otros nombres dados a Dios por la tradición de su pueblo. No le asusta la seriedad, como muy bien puede verse en muchas de sus parábolas, donde Dios aparece como rey, señor, juez, vengador...; pero manteniéndose siempre bajo el gran arco iris de la inconmensurable bondad y ternura de Dios como Padre querido. Todos los demás nombres se le aplican a Dios. Abbá es su nombre propio.

A los contemporáneos de Jesús les resultaría inconcebible dirigirse a Dios con esta palabra tan popular, tan familiar. Era para ellos algo irrespetuoso. El que Jesús se atreviera a dar este paso, hiriendo la sensibilidad de su ambiente, significa algo nuevo e inaudito. El habló a Dios como un niño con su padre, con la misma sencillez, el mismo cariño, la misma seguridad, lleno de confianza, y al mismo tiempo de respeto y obediencia. Cuando Jesús llama a Dios Abbá nos revela el corazón de su relación con él; sus anhelos más íntimos. Esta invocación expresa el meollo mismo de la relación de Jesús con Dios. El uso de esta palabra es la mejor prueba de la total familiaridad de Jesús con Dios.

La invocación "Abbá" tiene, pues, un valor primordial, que ilumina toda la vida de Jesús. Todo en él es consecuencia de esta actitud de fe. Esta palabra resume también todo lo que Jesús quería decir.

Veamos algunos casos concretos en los que se manifiesta el gozo y la confianza que Jesús deposita en su Padre.

Digna es de destacar la escena en la que Jesús *"con la alegría del Espíritu Santo"*, bendice al Padre porque se ha *"revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, Bendito seas, por haberte parecido eso bien"* (Lc 10,21).

Otra escena que mueve a Jesús a decir "Abbá" es la acción de gracias por la resurrección de Lázaro, milagro debido a su súplica: *"Gracias, Padre, por haberme escuchado. Yo sé que siempre me escuchas"* (Jn 11,42).

Llenos de confianza están los ruegos de la oración sacerdotal, la noche de su prisión: *"Padre, ha llegado la hora... Ahora, Padre, glorifícame tú a tu lado... Yo voy a reunirme contigo. Padre santo, protege tú mismo a los que me has confiado... Que sean todos uno, como Tú, Padre, estás conmigo y yo contigo... Padre, tú me los confiaste; quiero que..."*

contemplan esa gloria mía que tú me has dado... Padre justo..., yo te conocí, y también éstos conocieron que tú me enviaste... Que el amor que tú me has tenido esté con ellos" (Jn 17,1.5.11.21.24-26).

Especial mención merece la oración del huerto; la cuentan todos los evangelistas (Mt 26,39.42; Lc 22,42; Jn 12,27-29). Marcos se siente obligado a mantener en su escrito la misma palabra aramea usada por Jesús: "*¡Abbá! ¡Padre!: todo es posible para ti, apártate de mí este trago, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*" (14,36). En este momento la confianza de Jesús en su Padre llega a su cumbre. Aquí no hay nada de un optimismo ideologizado. En esta hora dramática, el Padre es el supremo y definitivo refugio de Jesús: llamarle "Abbá" en medio de la amargura de su angustia es algo verdaderamente inaudito y audaz. Jesús se atreve a pedirle verse libre del trance de la pasión, a pesar de haber visto antes que estos sufrimientos eran parte integrante del plan divino (Mt 16,21; Mc 8,31; Lc 9,22; 17,25). Afirma su sumisión a la voluntad del Padre, pero dando muestras de que él desearía verse libre del dolor. Esta audacia, que consiste en pedir que el Padre cambie su plan, se basa en su inmensa confianza en él. Jesús tiene tanta familiaridad con Dios que aun en la angustia y en el peligro permanece al mismo nivel. Le pide que cambie sus planes; pero acepta la negación de su petición, sin perder por ello su actitud de confianza.

Ya en el suplicio sabe pedir con sinceridad el perdón de sus verdugos: "*Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*" (Lc 23,34). Y encomienda su espíritu en manos de su Abbá (Lc 23,46), pero no por ello sin dejar de preguntarle las causas de su aparente abandono (Mc 15,34).

En los capítulos siguientes seguiremos profundizando en la visión que tuvo Jesús sobre su Padre Dios.

Bibliografía

1. L. BOFF, Teología desde el Cautiverio, Indo-American, Bogotá 1975, pgs. 162-163: La experiencia del Padre de bondad.
- J. JEREMIAS, Teología del Nuevo Testamento, Salamanca 1980, pgs. 211-212.
- J. R. GUERRERO, El Otro Jesús, pgs. 169-170: El Dios de Jesús.

- C. DUQUOC, Dios Diferente, Sígueme, Salamanca 1978, pg. 50.
- PEDRO TRIGO, Salmos del Dios enteramente Bueno, Gumilla, Caracas 1983.
- 2..J. R. GUERRERO, El Otro Jesús, pgs. 176-177: El Dios de Jesús es Padre.
- EDWUARD SCHILLEBEECKX, Jesús la Historia de un Viviente, Cristiandad, Madrid 1983, pgs. 235-244: La experiencia de Dios en Jesús.
- MONTSERRAT CAMPS I GASET, El Dios de Jesucristo, Barcelona 1980, pg. 41: La relación filial de Jesús con el Padre.
- J. SOBRINO, La Oración de Jesús y del Cristiano, Paulinas, Bogotá 1981, pg. 44: Dios es amor y es Padre.
- NUEVO DICCIONARIO DE TEOLOGIA, Cristiandad, Madrid 1982, pgs. 812-814: Rostro filial de la persona de Jesús.
3. J. JEREMIAS, Abbá, pgs. 62-70: La invocación de Dios como Padre en las oraciones de Jesús.
- Teología del NT., pgs. 80-87: Abbá como invocación para dirigirse a Dios.
- L. BOFF, El Padre Nuestro, Paulinas, Madrid 1982, pgs. 41-42: La originalidad de la experiencia de Jesús.
- J. GALOT, La Conciencia de Jesús, Mensajero, Bilbao 1977, pgs. 97-105: Valor del vocablo "Abbá".
- JOSEPH DONDERS, Jesús el Ignorado, Lohlé, Buenos Aires 1982, pgs. 39-43: Abbá y amén.
- JUSTO ASIAN, Hemos creído en el Amor, Lohlé, Buenos Aires 1981, pgs. 25-27: El Padre ama a su Hijo.
- SANTOS SABUGAL, El Padrenuestro en la Interpretación Catequética Antigua y Moderna, Sígueme, Salamanca 1982, pgs. 57-118: Padre nuestro que estás en los cielos.
- NUEVO DICCIONARIO DE TEOLOGIA, pgs. 1.258-1.261 Dios Padre en el Evangelio del Reino.
- ERMANNANO ANCILLI, Diccionario de Espiritualidad, Herder, Barcelona 1983, pgs. 18-21: Abbá.

WOLFHART PANNENBERG, Fundamentos de Cristología, Sígueme, Salamanca 1974,
pgs. 284-288: La bondad paternal de Dios.

3

Jesús es imagen de la bondad del Padre

1. EL QUE ME CONOCE A MI, CONOCE AL PADRE

"A Dios nadie lo ha visto jamás" (Jn 1,18). Dios en sí es *"invisible"* (1 Tim 1,17). Pero para nosotros, sus criaturas, en un cierto modo, *"lo invisible de Dios... resulta visible a través de sus obras"* (Rm 1,20).

Desde que el mundo es mundo Dios se da a conocer a través de la creación. Además Dios se manifiesta también en los acontecimientos que ocurren a través de la historia en medio de los hombres. Y precisamente el acontecimiento más significativo de la historia humana es el paso de Jesús de Nazaret por los caminos de Palestina. Sabemos por la fe que este hombre Jesús es Dios. Ello no quiere decir que él tuviera una apariencia de Dios. Pero en él la divinidad ha manifestado plenamente su presencia a través de signos humanos.

En Jesús, Dios en cuanto tal no se hizo visible. Sin embargo, mostró el único camino que nos puede llevar con seguridad a él. El mensaje de Jesús consiste en afirmar que nada se adelanta en querer conocer a Dios en sí mismo, directamente. La única manera de saber algo con respecto de él, es a través de Jesús. Quien está en el camino de los discípulos

aprende a conocer a Dios.

Quien ve y contempla con ojos limpios a Jesús, entenderá todo lo que se puede entender de Dios en este mundo. *"El es imagen de Dios invisible"* (Col 1,15); el único que con toda verdad puede darlo a conocer (Jn 1,18).

La atrevida petición de Felipe: *"Señor, preséntanos al Padre; con eso nos basta"* (Jn 14,8), expresa la más profunda aspiración de la humanidad en busca de Dios. Y la respuesta de Jesús asegura que esta aspiración ya puede ser colmada: *"Quien me ve a mí, está viendo al Padre"* (Jn 14,9). Este es el único *"camino"* para poder conocer y llegar a Dios. Esta es la *"verdad"* de Jesús: *"Nadie se acerca al Padre sino por mí; si ustedes me conocen a mí, conocerán también a mi Padre"* (Jn 14,7). Esta es justamente la *"vida"* que él viene a darnos. El hombre Jesús es la imagen pura y fiel del Dios invisible. Toda su existencia humana tiende a hacer ver al Padre.

En Jesús se da a los hombres la manifestación plena e irrepitable de Dios. Si todo hombre es imagen de Dios, Jesús es de modo único la imagen de Dios. Por su medio Dios se ha hecho presente entre nosotros de un modo nuevo y único.

Jesús no es un hombre en quien se da una presencia de Dios distinta a él, como si estuviese poseído por Dios, sino que el mismo hombre Jesús es la presencia y revelación de Dios. En todas sus palabras y acciones tomamos conciencia de lo que Dios es para nosotros: amor y perdón, denuncia y exigencia, donación y presencia, elección y envío, compromiso y fuerza.

2. JESUCRISTO, SACRAMENTO DEL ENCUENTRO CON DIOS

Cristo es considerado con todo derecho como el sacramento primero de Dios, pues él es Dios de una manera humana y es hombre de una manera divina. Ver a Jesús es ver a Dios; oír y palpar a Jesús es oír y palpar a Dios (1 Jn 1,1); experimentar a Jesús es experimentar a Dios mismo. Por eso Jesús puede ser considerado verdaderamente como el sacramento por excelencia, puesto que él es la realidad única que puede expresar con verdad lo que es Dios y porque sólo él puede asumir totalmente lo que en el hombre hay o puede haber de experiencia de Dios.

En Jesús de Nazaret muerto y resucitado, Dios y el hombre se encuentran en unidad

profunda, sin división y sin confusión: por el hombre-Jesús se va a Dios y por el Dios-Jesús se va al hombre; Jesucristo es el camino.

Jesús es el sacramento vivo de Dios, que contiene, significa y comunica el amor de Dios para con todos. Sus gestos, sus acciones, sus palabras, son sacramentos que concretizan el misterio de la divinidad. Jesús hace visible a Dios a través de su inagotable capacidad de amor, su renuncia a toda voluntad de poder y de venganza, su identificación con todos los marginados del orden de este mundo.

El hombre Jesús es además el sacramento original porque fue destinado por Dios a ser el único camino por el que el hombre puede llegar a la realidad sorprendente de la salvación. *"Porque no hay más que un Dios y no hay más que un mediador entre Dios y los hombres, un hombre, el Mesías Jesús"* (1 Tim 2,5). Si los sacramentos son camino y encuentro de los hombres con Dios, es lógico concluir que Cristo, el Hijo de Dios, es el sacramento original, la fuente, la raíz misma de todo sacramento. Y cada sacramento tiene que ser revelación de Dios, el Dios que se nos ha revelado en Jesús. Por consiguiente, la celebración de un sacramento tiene que ser siempre manifestación de la presencia y la cercanía de Jesús a los hombres, porque sólo a través de él sabemos quién es Dios y cómo es Dios.

En Jesús se nos ha comunicado de tal manera la presencia amorosa y perdonadora de Dios, que hemos experimentado en él de una manera nueva y definitiva la concreta cercanía de Dios.

3. UN CORAZON BONDADOSO Y COMPASIVO

Poco a poco Dios se fue mostrando a los hombres a lo largo del Antiguo Testamento. La experiencia humana de ese Dios tuvo tres aspectos sucesivos:

a) Dios es un poder y una fuerza que está presente en el hombre, a la par que es Señor de todas las cosas (el Dios de los patriarcas). b) Su presencia y cercanía interpela continuamente al hombre en su existencia (Yavé). c) Su conocimiento tiene lugar en la práctica del derecho y de la justicia, en especial con el hombre marginado (Dios de los profetas).

¿Aporta algo nuevo Jesús de Nazaret al enriquecimiento de esta experiencia de Dios? Sí. En Jesucristo el Dios de Israel se reveló como Dios de todos los hombres, como Dios que

ante todo sabe amar y perdonar; se manifiesta en todo acto de amor y perdón: el Dios que es Padre.

Jesús experimenta en su vida la cercanía de ese amor de Dios y lo comunica con toda sencillez. El no multiplica sus palabras e ideas sobre Dios, sino que lo vive y lo da a conocer con sus actitudes concretas de amor y de perdón. Su experiencia es un continuo permanecer en el amor del Padre (Jn 15,10). Jesús recibe del Padre una participación plena de su vida, de su conocimiento y de sus obras (Jn 1,18; 5,19-20).

El se convierte en el portador del amor y perdón de Dios a todos los hombres. El hombre Jesús es la presencia amorosa y perdonadora de Dios en medio de nosotros. En su obrar podemos experimentar la concreta cercanía de Dios; por su medio el amor radical de Dios se modeló humanamente.

Con Jesús de Nazaret *"se hizo visible la bondad de Dios y su amor por los hombres"* (Tit 3,4). El mostró con su vida que Dios es ternura y solidaridad para con todos.

Entre los rasgos más característicos de Jesús está su compasión para con las miserias humanas. Al hacerse semejante a los hombres, como ya vimos en el capítulo primero, él se solidariza con sus debilidades. Los numerosos milagros de Jesús son resultado de una compasión que tiende a aliviar eficazmente los sufrimientos, reflejo de una actitud de compasión del Padre hacia los sufrimientos humanos. Son expresión de un amor que se acerca lo más que puede a los seres queridos, y desea participar en sus sufrimientos y remediarlos.

El Dios que se revela en Jesús es un Dios que se conmueve con la miseria de los hombres. La imagen inolvidable del Padre que nos ha dejado Jesús en la parábola del hijo pródigo lleva consigo este rasgo: con la vista de su hijo que vuelve a casa, el padre siente que se le enternecen las entrañas y que se apodera de él la compasión (Lc 15,20).

El Dios de Jesús no es insensible ante los dolores humanos. El ha querido libremente ser en realidad misericordioso y compasivo. Dios, por amor, participa del sufrimiento humano, sin perder nada por ello de su dignidad divina. Todo lo contrario. La enseñanza insistente de Jesús sobre la compasión divina hacia los hombres muestra que, en su omnipotencia, Dios tiene poder para exponerse libremente por amor a experimentar en sí un eco vivo del sufrimiento del otro. ¿Por qué motivo podríamos negarle este poder, estando como está en la línea del amor más grande y puro? Hablaremos más largamente de ello en el capítulo noveno.

Veamos algunos ejemplos de cómo Jesús sentía en su corazón las necesidades ajenas, y veámoslos sin perder la visión de que su comportamiento es reflejo del proceder del Padre.

Jesús se siente conmovido ante el entierro del hijo único de una viuda, y se acerca a consolarla de una manera muy eficaz (Lc 7,12-15).

Se compadece de los ciegos (Mt 20,34). Le duele el hambre de los que le seguían por los caminos (Mt 15,32), o el desamparo en que vivían: *"Viendo al gentío, tuvo compasión de ellos, porque andaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor"* (Mt 9,36).

Le llegan al alma las muchas enfermedades de su pueblo. *"Vio Jesús mucha gente, tuvo compasión de ellos y se puso a curar a los enfermos"* (Mt 14,14).

Siente profundamente el dolor de los amigos, hasta derramar lágrimas, como en el caso de la muerte de Lázaro: *"Al ver llorar a María y a los judíos que la acompañaban, Jesús se conmovió hasta el alma... Se echó a llorar... Y conmovido interiormente, se acercó al sepulcro"* (Jn 11,33.35.38).

Lloró también ante el porvenir oscuro y la ruina de su patria: *"Al ver la ciudad, le dijo llorando: ¡Si también tú comprendieras en este día lo que lleva a la paz! Pero no, no tienes ojos para verlo"* (Lc 19,41-42).

Se siente entristecido por los pueblos de Galilea que no aceptan la salvación que él les ofrece (Mt 11,20-24).

Jesús tiene un corazón sensible a todo dolor humano. Ante la miseria de sus hermanos no se hacía el fuerte, como si fuera alguien superior, a quien no llegan las pequeñeces diarias de los humanos. El nunca se presenta haciendo gala de superioridad ni humillando con su postura a nadie. Conoce y penetra con simpatía todos los corazones, especialmente los que sufren, los que se sienten pequeños o fracasados en la vida. Su corazón siempre tiende a mirar la mejor parte, a disculpar, a perdonar, a compartir. Mientras otros encuentran razones para condenar, él las encuentra para salvar.

Por eso todos los que sufren se sienten acogidos por él y las multitudes se le acercan confiadas. Los pobres, los niños, los pecadores ven en él un amigo que les entiende.

¡En verdad que en este hombre se manifestó la bondad y la compasión de nuestro Dios!.

4. SERVIDOR DE TODOS

Veamos algunos aspectos más concretos de la imagen de amor divino que nos ha dejado Jesús.

Fijémonos en primer lugar en su espíritu de servicio.

Jesús es el hombre-de-Dios constituido en el "Hombre-para-los-demás" por la fuerza y el poder de Dios que habita en él de un modo nuevo.

Parece claro que Jesús experimenta la convicción de que vivir es vivir para los otros, servir a otros. De esta manera corresponde a la realidad de su noción de Dios. Este servicio histórico a los otros aparece a lo largo de todos los Evangelios y está resumido en la frase *"pasó haciendo el bien"*.

La vida de Jesús nunca está centrada en sí mismo, sino en su Padre. Y justamente su vivencia del Padre Dios es la que le convierte en servidor incondicional de los hijos del Padre, sus hermanos. Ese ser para otros y la convicción de que en eso se corresponde a Dios es la experiencia fundamental de Jesús. Su vida está configurada por la decisión de servir a los otros y corresponder así al Dios del amor.

Jesús sirve al Padre sirviendo a sus hermanos. Por ello su actitud es muy clara: *"Este Hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos"* (Mt 20-28). *"Yo estoy entre ustedes como quien sirve"* (Lc 22,27).

Jesús es un hombre abierto a todos. No conoce lo que es el rencor, la hipocresía o las segundas intenciones. A nadie cierra su corazón. Pero a algunos se lo abre especialmente: los marginados de su época, los despreciados, social o religiosamente.

Jesús se deja comer por sus hermanos, hasta el punto de que a veces no le queda tiempo para el descanso (Mc 6,31-33), ni aun para comer él mismo (Mc 3,20).

Recibe y escucha a la gente tal como se presenta, ya sean mujeres o niños, prostitutas o teólogos, guerrilleros o gente piadosa, ricos o pobres. En contra de la costumbre de la época, él no tiene problemas en comer con los pecadores (Lc 15,2; Mt 9,10-11). Anda con gente prohibida y acepta en su compañía a personas sospechosas. No rechaza a los despreciados samaritanos (Lc 10,29-37; Jn 4,4-42); ni a la prostituta, que se acerca arrepentida (Lc 7,36-40). Acepta los convites de sus enemigos, los fariseos, pero no por eso deja de decirles la verdad bien clara (Mt 23,13-37). Sabe invitarse a comer a casa de un rico, Zaqueo, pero de manera que éste se sienta conmovido hasta el punto que reparte la

mitad de los bienes a los pobres y paga el cuádruplo a todo el que hubiera estafado (Lc 19,1-10). Procura ayudar a cada uno a partir de su realidad. Comprende al pecador, pero sin condescender con el mal. A cada uno sabe decirle lo necesario para levantarlo de su miseria. Sabe usar palabras duras, cuando hay que usarlas, y alabar, cuando hay que alabar; pero siempre con el fin de ayudar.

Todo esto tiene una fuerza muy especial, si pensamos que el que está sirviendo así es el mismo Dios. Es Dios que se vuelca en los hombres, sirviéndoles en todas sus necesidades.

Jesús no es nada para sí, sino todo para los otros. El es la verdadera semilla de trigo que se entierra y muere para dar la vida a los demás. Pasa entre nosotros haciendo el bien. Se mezcla sin miedo entre los marginados y los despreciados de su tiempo: enfermos de toda clase, ciegos, paralíticos, leprosos, ignorantes. Y se desvive por atenderles y cuidarles.

Esta actitud de servicio total de Cristo a los hombres está maravillosamente caracterizada en el hecho de ponerse de rodillas delante de sus discípulos para lavarles los pies. La trascendencia de este hecho es enorme; pues el pasaje evangélico subraya su divinidad:

"Jesús, sabiendo que el Padre le había puesto todo en su mano, y sabiendo que había venido de Dios y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto y se ceñó una toalla; echó agua en un recipiente y se puso a lavarles los pies a los discípulos, secándoles con la toalla que llevaba ceñida" (Jn 13,3-5).

Para sus propios amigos aquello era un escándalo. Pero es la imagen de Dios hecho hombre por amor a los hombres. Y es imagen también de lo que debemos hacer todos los que queramos seguir sus huellas. Así lo dijo él mismo:

"Pues si Yo, el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros" (Jn 13,14).

A ejemplo de Jesús, seremos más hermanos sólo en la medida en que sepamos servir y ser útiles al prójimo. En la medida en que nos vaciemos del egoísmo y dejemos sitio en el corazón para todo el que necesite de nosotros.

Solamente cuando se ha tenido una experiencia muy honda de Dios, como Jesús, sólo entonces el hombre es capaz de salir de su propio aislamiento de egoísmo, para abrirse, como él, hacia los otros.

5. LA ALEGRÍA DE UN DIOS QUE SABE PERDONAR

Jesús ha venido para conducir a la casa del Padre a los hijos descarriados de Dios. El invita a su mesa a los publicanos, a los pecadores, a los marginados, a los reprobados; él llama al gran banquete a las gentes de los caminos y las lindes (Lc 14,16-24). Incansablemente no cesa de repetir, precisamente a los devotos, que su propia justicia les separa de Dios.

A nosotros, a quienes nos es familiar el Evangelio desde la infancia, nos es imposible imaginar la revolución religiosa que representaba para los contemporáneos de Jesús la predicación de un Dios que quería tener trato con los pecadores. Cada página del Evangelio nos habla del escándalo, de la agitación, de la inversión de los valores que Jesús provoca llamando a la salvación precisamente a los pecadores. Continuamente se le pidieron las razones de esta actitud incomprensible, y continuamente, sobre todo por medio de sus parábolas, Jesús dio la misma respuesta: Dios es así.

Dios es el Padre que abre la puerta de la casa al hijo pródigo; Dios es el pastor que se llena de alegría cuando encuentra la oveja perdida; es el rey que invita a su mesa a los pobres y mendigos. Dios experimenta más alegría por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos. Es el Dios de los pequeños y de los desesperados. Su bondad y misericordia no tienen límites. Así es Dios.

Y Jesús añade: cuando se ha comprendido este mensaje, cuando los hombres construyan su salvación no sobre lo que ellos han hecho por Dios, sino exclusivamente sobre la gracia que viene de él, cuando vuelvan los descarriados sin esperanza, cuando comprendan que el amor del Padre sale al encuentro de los hijos perdidos, entonces la salvación dejará de ser una meta lejana que el hombre debe conseguir por sus propios medios, entonces, aquí y ahora se realiza el Reino de Dios... Y esta es la fuente de la alegría. Alegría de los invitados a las bodas, alegría del que ha encontrado la perla preciosa, el gran tesoro. Esta es la alegría de ser hijo, la alegría mesiánica, la unción con el aceite de la alegría. La alegría es tan grande que Dios mismo participa de ella: *"De la misma manera Dios se alegra por un pecador que hace penitencia"* (Lc 15,7; cf. 15,10). Junto a esta alegría por haber llegado el tiempo de la salvación en el mensaje de Jesús está además el amor: amor a los pobres, amor a los descarriados y a los que están cargados de culpas, amor incluso a los enemigos...

Jesús anuncia a los pobres, a los miserables, a los mendigos de Yavé el amor

incomprensible, infinito, de Dios; anuncia que ya está próxima la aurora del tiempo de la alegría donde los ciegos ven, los parálíticos caminan y los pobres son evangelizados.

Veamos algunos pasajes concretos referentes a este Jesús que vino a ofrecernos tan abiertamente el perdón de Dios. El mismo es el perdón visible de Dios, el cordero que voluntariamente murió para borrar nuestros pecados (Jn 1,29) y sanarnos con sus llagas (1Pe 2,24).

"Cuando aún nosotros estábamos sin fuerzas, entonces, en su momento, Jesús el Mesías murió por los culpables. Ciertamente, con dificultad uno se dejaría matar por una causa justa; con todo, por una buena persona quizá afrontaría uno la muerte. Pero el Mesías murió por nosotros cuando éramos aún pecadores: así demuestra Dios el amor que nos tiene" (Rm 5,6-8).

Con diversas parábolas se esfuerza Jesús para convencernos de que el Padre Dios goza con perdonar. Nada mejor para ello que la parábola del "Padre bueno" que tiene un hijo derrochador (Lc 15,11-32) o las de la oveja perdida y la moneda perdida (Lc 15,1-10).

Jesús presenta en estas parábolas una nueva imagen de Dios que contrasta con la ofrecida por la religión oficial judía.

En las tres comparaciones destaca Jesús la alegría por haber encontrado lo perdido: la oveja, la moneda, el hijo.

Así es Dios. Quiere la salvación de los perdidos, pues le pertenecen; su andar errante le ha dolido y él se alegra del retorno al rebaño.

La alegría y la generosidad del "padre bueno" son la alegría y generosidad del Padre Dios para con los pecadores que vuelven al hogar. Un padre primeramente preocupado por el hijo que vive lejos en la desgracia y que da rienda suelta a su gozo y emoción al recuperar al hijo perdido. Él encuentra más que justificadas sus expresiones de júbilo: *"porque este hijo mío se había muerto y ha vuelto a vivir; se había perdido y se le ha encontrado"* (Lc 15,24).

Así presenta Jesús el comportamiento de Dios hacia los pecadores que, oyendo su llamada, se encuentran a sí mismos y encuentran el camino para volver a él. Según Jesús el arrepentimiento parte de la fe en la bondad del Padre. Arrepentirse es escuchar la voz bondadosa del Padre dentro del propio corazón destrozado. Es encontrar en uno mismo a Dios. Es el retorno confiado a la propia casa, que es la casa del Padre.

En el caso del hijo mayor de la parábola Jesús intenta hacernos comprender el modo de pensar de Dios y el de los hombres. Los "justos" siempre temen que la gracia de Dios pueda destruir el "orden" que los hombres nos hemos establecido. Dios, por el contrario, es y actúa de un modo totalmente distinto.

El Dios de Jesús es como un padre inconsecuente en su conducta, que abraza y perdona al hijo bandido que vuelve a casa después de haber malgastado la fortuna familiar, sin exigirle ni siquiera unas promesas de arrepentimiento y corrección. Es el Dios "loco" que perdona a la mujer adúltera sin exigirle primero mil penitencias y promesas de enmienda. Es el Dios contrario a la religión oficial, pues no acepta al fariseo que llena su vida con piedades, limosnas y rezos, pero en cambio declara salvado al desgraciado publicano que, lleno de vergüenzas y pecados, a distancia se atrevía a repetir ante Dios la lista de sus propias miserias. Todo ello sólo se entiende si aceptamos que el Dios de Jesús es el Dios del amor. El sabe que con el perdón comienza a hacer germinar una nueva vida en sus hijos.

El perdón es la auténtica fuerza represiva del mal en el mundo. El perdón es el antídoto que impide que el mal se siga reproduciendo; es el cortocircuito del mal, que elimina su presencia destructora y que ofrece un nuevo espacio donde hacer germinar una nueva relación.

Jesús no sólo habló del perdón de Dios. El mismo supo dar ejemplo de perdón.

En primer lugar él confesó con toda claridad que no había *"venido a invitar a justos, sino a pecadores, a que se arrepientan"* (Lc 5,32).

Jesús perdonó los pecados de toda persona de corazón arrepentido que encontró a su paso; como a la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8,11), a un pobre paralítico que le llevaron para que lo curara (Mc 2,5-11), o a una pecadora pública (Lc 8,48).

A la hora de su muerte excusó y perdonó a los que tan injustamente le estaban torturando: *"Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen"* (Lc 23,34).

Jesús concedió el perdón no sólo de palabra, sino también por medio de acciones. Entre estas acciones la que más impresionó a los hombres de aquella época fue el hecho de compartir la mesa con los pecadores. *"Este acoge a los pecadores y come con ellos"* (Lc 15,2). Ciertamente Jesús comía tranquilamente con ellos (Mc 2,15-16). Y los fariseos se lo echan en cara y lo desprecian por ello (Mt 11,19).

Para saber medir exactamente qué es lo que hizo Jesús al comer con los "pecadores"

debemos saber que en su época el compartir una comida con alguien significaba una oferta de paz, de perdón, de confianza y fraternidad. La comunión de la mesa quería expresar comunión de vida. Y Jesús no solamente comía con gente mal vista, sino que además se hospedaba a veces en sus casas (Lc, 19,5).

Su perdón no fue sólo de palabras y de hechos. Llegó al máximo: Conscientemente derramó su sangre como signo evidente del perdón del Padre: *"Esta es la sangre de la alianza mía, que se derrama por todos para el perdón de los pecados"* (Mt 26,28). La muerte de Jesucristo es, por consiguiente, el sello del pacto definitivo de paz entre Dios y los hombres. *"Dios nos reconcilió consigo a través del Mesías"* (2 Cor 5,18). *"Por su medio reconcilió consigo el universo, lo terrestre y lo celeste, después de hacer la paz con su sangre derramada en la cruz"* (Col 1,20).

Desde entonces Cristo Jesús es esperanza para todos los que nos sentimos infieles al amor de Dios. Así lo entendió Juan, el amigo íntimo de Jesús: *"Hijos míos, les escribo esto para que no pequen; pero, en caso de que uno peque, tenemos un defensor ante el Padre, Jesús, el Mesías justo, que expía nuestros pecados, y no sólo los nuestros, sino también los del mundo entero"* (1 Jn 2,1-2).

6. JESUS ES EL SELLO DE LA FIDELIDAD DE DIOS

Como estamos viendo, Jesucristo es el sello definitivo de la fidelidad de Dios, tan largamente proclamada por los profetas en el Antiguo Testamento. El es el Siervo Fiel del *"Dios que no miente"* (Tit 1,2). Por él son mantenidas y llevadas a la práctica todas las antiguas promesas de Dios: *"Quiero decir con esto que el Mesías se hizo servidor de los judíos para demostrar la fidelidad de Dios"* (Rm 15,8).

"En él ha habido únicamente un sí" (2 Cor 1,20), *"porque juzgó digno de fe al que se lo prometía"* (Heb 11,11).

Por medio de Jesús ha llegado a la cumbre la fidelidad de Dios:

"Y la palabra se hizo hombre, acampó entre nosotros y contemplamos su gloria: gloria de Hijo único del Padre lleno de amor y fidelidad... Porque de su plenitud todos nosotros recibimos, ante todo un amor que responde a su amor."

Porque la Ley se dio por medio de Moisés, el amor y la fidelidad se hicieron realidad en Jesús el Mesías" (Jn 1,14.16-17).

Afortunadamente, como ya habían repetido tantas veces los profetas en el Antiguo Testamento, la fidelidad de Dios no depende de que nosotros le seamos fieles a él. *"¿Qué importa que algunos hayan sido infieles? ¿Es que la infidelidad de éstos va a anular la fidelidad de Dios? De ninguna manera; hay que dar por descontado que Dios es fiel y que los hombres por su parte son todos infieles" (Rm 3,3-4).*

"Si le somos infieles, él permanece fiel, porque negarse a sí mismo no puede" (2 Tim 2,13).

La fidelidad de Dios en el amor es el fundamento del optimismo a toda prueba que debe disfrutar el que tiene fe en Cristo. La fe en un Dios que nos quiere a todos los hombres por igual y nunca nos va a fallar, es la mayor fuerza que puede entrar en nuestro corazón para comprometernos en la empresa de construir la verdadera hermandad. Por muchos fracasos que haya de por medio, apoyados en su palabra, podemos reanudar siempre de nuevo el camino de la justicia, la unidad y la paz verdaderas. Si creemos en Cristo Jesús, él nos dará fuerzas para amar y triunfar con él:

"El por su parte los mantendrá firmes hasta el fin... Fiel es Dios, y él los llamó a ser solidarios de su Hijo, Jesús el Mesías, Señor nuestro" (1 Cor 1,8-9).

"Aferrémonos a la firme esperanza que profesamos, pues fiel es quien hizo la promesa" (Heb 10,23).

Bibliografía

1. J. R. GUERRERO, El Otro Jesús, pgs. 275-277: Jesús manifiesta a Dios.
- J. GALOT, Hacia una Nueva Cristología, Mensajero, Bilbao 1972, pgs. 104-106: La revelación del Padre en Cristo.
- J. COMBLIN, Jesús de Nazaret, pgs. 67-68: Conocer al Padre.
- JUAN MATEOS, El Evangelio de Juan, Cristiandad, Madrid 1982, pgs. 632-635: Jesús, uno con el Padre.
- J. SOBRINO, Cristología desde América Latina, pgs. 284-287: Sobre las "palabras" y los

"hechos" de Jesús.

J. ASIAIN, Hemos creído en el Amor, pgs. 39-46: Jesús es el amor del Padre entre nosotros.

2. L. BOFF, Los Sacramentos de la Vida y Vida de los Sacramentos, Indo-América, Bogotá 1975, pgs. 41-42: Jesús de Nazaret, el sacramento fontal de Dios.

J. M. CASTILLO, Símbolos de Libertad, Sígueme, Salamanca 1981, pgs. 431-435: Cristo, sacramento original.

DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD, III, pgs. 84-86: Padre celestial: Jesús revelador del Padre.

3. J. R. GUERRERO, Experiencia de Dios y Catequesis, PPC, Madrid 1979, pgs. 234-255: El Dios de Jesucristo.

J. GALOT, Hacia una Nueva Cristología, pgs. 110-113: Un Dios compasivo.

J. L. CARAVIAS, Cristo es Esperanza, Latinoamérica Libros, Buenos Aires 1984, pgs. 30-31: Jesús siente las necesidades ajenas.

J. JEREMIAS, Las Parábolas de Jesús, Verbo Divino, Estella 1981, pgs. 179-196: La gran confianza.

EDUARD LOHSE, Teología del Nuevo Testamento, Cristiandad, Madrid 1978, pgs. 56-60: La misericordia de Dios.

DONALD GRAY, Jesús, Camino de Libertad, Sal Terrae, Santander 1984, pgs. 51-59: Liberados para la compasión: el camino del amor.

HANS URS VON BALTHASAR, ¿Nos conoce Jesús? ¿Lo conocemos?, Herder, Barcelona 1982, pgs. 106-124: Jesús, exegeta de Dios.

4. J. M. CASTILLO, Oración y Existencia Cristiana, pgs. 181-192: Una existencia para los otros.

J. SOBRINO, Jesús en América Latina, pgs. 200-202.

J.L. CARAVIAS, Cristo es Esperanza, pgs. 22-23: El servidor de los pobres.

5. J. JEREMIAS, Abbá, pgs. 335-336.

J.L. CARAVIAS, Cristo..., pgs. 50-54: El amor sabe perdonar.

ALBERT NOLAN, ,Quién es este Hombre?, pgs. 63-71: El perdón.

6. J. L. CARAVIAS, Cristo..., pgs. 54-56: Jesús es el sello de la fidelidad de Dios.

4

Esta buena noticia de Jesús es para los pobres

Este capítulo está íntimamente unido al anterior. No es sino una amplificación de este punto especial.

1. LOS "MAL VISTOS" EN LA SOCIEDAD EN QUE VIVIO JESUS

Cada cultura crea sus inadaptados, gente a la que se mira con malos ojos, se le desprecia y se le margina.

La sociedad judía de los años 30 tiene también sus "mal vistos". En los Evangelios, en griego, se les llama en general "los pobres". Pero esta palabra seguramente es traducción de la palabra aramea "ama'arez" que en castellano traducido al pie de la letra significa "el-pueblo-de-la-tierra", o sea, "el pueblo común". Esta sería la palabra que usaría Jesús al traducir los evangelistas la palabra "pobres".

Palestina en tiempos de Jesús era una teocracia, lo cual significa que todas las normas sociales estaban dirigidas por ideas religiosas y los mismos gobernantes eran personas religiosas. La división de "clases" o grupos sociales dependían de la actitud religiosa de cada uno. Pero sólo una minoría conocía la Ley (religiosa) y la cumplía, por lo menos en sus exigencias externas. La "pureza" o "impureza" legales cumplían la función ideológica que en otras sociedades se atribuyen al prestigio, al dinero o al poder.

Por ello se llamaba despreciativamente "ama'arez" a la gente que no conocía ni practicaba con detalle todas las normas religiosas de la Ley, en contraposición a la sabiduría y a las prácticas de escribas y fariseos.

En tiempo de Jesús "el-pueblo-de-la-tierra", está constituido por los despreciados de la sociedad en la que el prestigio depende no del dinero o del poder político que se tenga, sino según criterios religiosos. Se despreciaba a toda esa multitud marginada en la que generalmente se combinaba pobreza económica y reprobación moral, pues no guardaban el sábado, ni cumplían las normas de pureza ritual. Son pecadores todos los que no pueden cumplir la Ley por la sencilla razón de desconocerla o no poderla cumplir. Son unos desgraciados ignorantes, pues en la sociedad judía el hecho de cumplir la Ley lo es todo. El que no la cumple "no es nada", es un desgraciado para el que no existe ninguna esperanza, porque no es digno de pertenecer al Pueblo Elegido.

Entre estos despreciados estaban los que practicaban ciertas profesiones cuyo trabajo les hacía difícil cumplir las minucias rituales de la Ley. Entre estos oficios infamantes se encontraban los pastores, los recaudadores de impuestos, usureros, rameras, curtidores de pieles, sastres y tejedores, médicos, barberos y carniceros, y toda clase de obreros asalariados. En aquel tiempo la lista de los malos oficios es tan larga, que no queda mucho sitio para los oficios "decentes". Todos los trabajadores con pocos ingresos eran despreciados como incultos pecadores por la casta de los escribas y los fariseos. Para ellos sólo cuenta el estudio de la Ley.

A la lista de trabajadores pobres hay que añadir una multitud de mendigos, ladrones y esclavos. Ellos eran doblemente despreciados. Entre los mendigos habían bastantes personas con defectos físicos, como ciegos, sordos y paralíticos, o enfermos, especialmente los que tenían alguna enfermedad de la piel, considerados como impuros.

Muchos de ellos, como los recaudadores y pastores, no podían tener ningún cargo, ni ser testigos en un juicio, pues ya de entrada se les consideraba mentirosos y ladrones.

El desprecio de la "gente bien" de entonces hacia los "ama'arez" era muy grande. En aquella sociedad teocrática lo civil y lo religioso habían llegado a ser una misma cosa. Por ello los escribas, los fariseos y los sacerdotes pensaban que aquellos desgraciados eran también mal vistos por Dios. El "pueblo-de-la-tierra" era marginado tanto en lo civil como en lo religioso: en todo eran "pecadores".

En los Evangelios se refleja esta mentalidad cuando se les llama "*descreídos y recaudadores*" (Mc 2,16), "*recaudadores y prostitutas*" (Mt 21,32), o sencillamente "*pecadores*". Los fariseos los miraban como "*ladrones, injustos y adúlteros*" (Lc 18,11). Los sacerdotes del templo lo inculcan de manera muy clara a su policía: "*Esa gente, que no entiende la Ley, está maldita*" (Jn 7,49). Están empecatados de arriba abajo (Jn 9,34).

Decían así algunas normas de los fariseos: "Un fariseo no se quedará nunca como huésped en la casa de esa gente, así como tampoco la recibirá en la suya". Otra lista de normas añade: "Está prohibido apiadarse de quien no tiene formación".

Los monjes esenios, los más observantes y piadosos de Palestina, tenían, entre otros, este compromiso: "No me apiadaré de los que se apartan del camino". Y así oraban acerca de los pecadores: "Maldito seas, que nadie tenga misericordia de ti: tus obras son tinieblas. Que seas condenado a la oscuridad del fuego eterno".

Los pobres con algún defecto físico eran considerados pecadores castigados por Dios (Jn 9,2). Por eso los piadosos esenios decían: "Los ciegos, los paralíticos, los cojos, los sordos y los menores de edad, ninguno de éstos puede ser admitido a la comunidad". "Ninguna persona afectada por cualquier impureza humana puede entrar en la asamblea de Dios... Aquel que tiene dañada su carne, que está tullido de pies y manos, que es cojo o ciego o sordo o mudo, aquel cuya carne está marcada por una tara visible, el viejo débil, incapaz de tenerse en pie en la asamblea, no puede entrar para tomar parte en el seno de la comunidad..."

2. JESUS SE SOLIDARIZA CON ESTOS MARGINADOS

Una vez entendida la actitud que tenía la gente piadosa hacia los pobres y pecadores, resaltará mucho más la actitud que toma Jesús hacia ellos.

En primer lugar, él mismo "*se hizo pobre*" (2Cor 8,9). Vivió una vida normal de artesano. Y nació y murió en la miseria. Durante su predicación a veces no tuvo ni "*dónde reclinar la cabeza*" (Mt 8,20).

Pero Jesús no fue un asceta aislado. Él quiso tener una cercanía especial respecto a las clases sociales oprimidas y desprivilegiadas, aunque no por eso dejó de tratar con todos.

La imagen global de Jesús en los Evangelios dibuja su especial amistad hacia recaudadores, prostitutas, samaritanos (considerados como herejes), leprosos (expulsados por la Ley de la sociedad), viudas, niños, ignorantes, paganos, enfermos en sábado...

El busca y se mezcla con el "pueblo-de-la-tierra", los pobres-pecadores: Está con ellos y los llama: a la gente con corazón roto, a los encorvados con el peso de sus culpas, a los tristes, a los desanimados; a los últimos, los simples, los enfermos, los perdidos. A todos los mal vistos. Con ellos se le ve comer. De ellos se rodea. Hacia ellos se inclina.

Jesús rompe con las convenciones sociales de su época. No respeta la división de clases. Habla con todos. Jamás teme a contraer "impurezas legales" por estar, tocar o comer con un pobre. Conversa y se deja tocar por una prostituta (Lc 7,37-38), acoge gentiles (Mc 7,24-30), come con un gran ladrón, Zaqueo (Lc 19,1-10). Llama a un cobrador de impuestos, Mateo (Lc 5,27-32). Acepta que las mujeres le acompañen en sus viajes, cosa inaudita en su tiempo.

No cabe duda, Jesús estuvo de parte de los pobres, los que lloran, los que pasan hambre, los que no tienen éxito, los insignificantes... Se preocupa de los enfermos, los tullidos, los leprosos y posesos. Y lo que es más, se mezcla con los moralmente fracasados, con los descreídos e inmorales públicos.

Recorre los lugares donde se encuentra la gente pobre, anunciándoles que Dios los quiere más que a los fariseos. Renuncia a ocuparse de aquellos cuyas cosas van bien y se une a los que han perdido todo (Lc 15,4-7). Son los enfermos y no los sanos, los pecadores y no los justos los que le necesitan (Mc 2,17). Por eso va hacia ellos, los cura, les dice que Dios los ama hasta perdonarlos y hasta querer ser su rey. Así, con su propia vida, Jesús

encarna una línea de fuerza importante del Antiguo Testamento, da rostro a Dios y lo revela.

Tan importante es esta opción de Jesús por los pobres, que hace de esta actitud suya el distintivo de su misión. A la pregunta por el valor de la esperanza en él, Jesús señala su acción entre ciegos, rengos, sordos y leprosos y el hecho de que los pobres están recibiendo la Buena Noticia (Mt 11,4).

Destaquemos dos casos especiales: los leprosos y los samaritanos.

Los leprosos eran los más marginados entre los marginados, hasta el punto que no podían ni conversar con el resto de la gente; ni siquiera podían entrar en las ciudades. Pues bien, sabemos que Jesús curó a varios leprosos (Lc 5,12-14; 17,11-19), reintegrando así a la convivencia a los que se tenían por totalmente marginados. A los discípulos de Juan les hace ver como señal mesiánica cómo ante él los "*leprosos quedan limpios*" (Mt 11,5). Es más, sabemos también que dio a sus discípulos la orden de curar leprosos (Mt 10,8). Y él mismo no tuvo ningún inconveniente en alojarse en casa de uno que había sido leproso (Mt 26,6).

Los samaritanos eran despreciados por los judíos como herejes. Las tensiones entre ellos eran tan fuertes que con frecuencia llegaban a enfrentamientos sangrientos. Cuando Jesús atraviesa Samaría, no encuentra acogida (Lc 9,52-53) y hasta se le niega el agua para beber (Jn 4,9). Pero a pesar de todo eso, Jesús pone a un samaritano como ejemplo a imitar, por encima del sacerdote y del levita (Lc 10,33-37), alaba especialmente al leproso samaritano (Lc 17,11) y se queda a pasar dos días en un pueblo de samaritanos (Jn 4,39-42). Por eso no tiene nada de particular cuando insultan a Jesús llamándole "*samaritano*" (Jn 8,48).

Algo parecido se puede decir del trato que da Jesús a otros dos grupos humanos despreciados en su época: las mujeres y los niños.

El Reino que viene Jesús a predicar ciertamente no tolera en modo alguno la marginación de nadie. Todo lo contrario: los marginados por los hombres son los primeros en el corazón de Jesús.

Jesús es la plenitud de la irrupción de Dios entre los pobres. La entrada de Dios entre los pobres y de éstos en la vida de Dios se convierte para Jesús en el camino de su fe, de su conciencia de Hijo, de su fidelidad al Padre, de su vida espiritual. Al interior de este dinamismo Jesús aprende a orar, a contemplar y a cumplir la voluntad de su Padre, a

gozarse en que el Padre sea así. El mismo Jesús como pobre recorrió ese camino y experimentó cuánto el amor de su Padre había penetrado en su vida y cuánto Dios se deja conocer, amar y revelar por los pobres.

3. JESUS ANUNCIA A LOS MARGINADOS LA BUENA NOTICIA DE DIOS

Acabamos de ver que los seguidores de Jesús eran principalmente los pobres, los incultos, a quienes su ignorancia religiosa y su comportamiento moral les cerraba, según la creencia de la época, la puerta de entrada a la salvación. Pero Jesús contempla con infinita misericordia a estos mendigos ante Dios. El los ve "*rendidos y abrumados*" (Mt 11,28) por el peso doblemente agobiador del desprecio público y de la desesperanza de no poder hallar jamás salvación en Dios.

Jesús se da cuenta que su Padre Dios muestra su paternidad hacia todos los hombres precisamente siendo parcial hacia los despreciados. Dios es amor porque ama a aquellos a quienes nadie ama, porque se preocupa de los que nadie se preocupa. Así entiende Jesús que Dios es amor.

Por eso dice Jesús a los pobres que ellos tienen una participación especial en el Reino de Dios (Lc 6,20). El les da esta Buena Noticia: los despreciados pecadores están especialmente invitados al banquete de Dios.

Es el conocimiento que Jesús tiene de su Dios el que le hace elegir a quiénes va a hablar de este Dios. Y elige a los marginados, a los enfermos, a los pecadores, a los que nadie quiere, para anunciarles que Dios los ama. La elección no tiene nada que ver con el valor moral o espiritual de los pobres pecadores. Está basada en el horror que Dios siente por el estado actual del mundo y en la decisión divina de venir a restablecer la situación en favor de aquellos para quienes la vida es más difícil. Con ello vemos que Jesús había penetrado muy hondo en el "corazón" de Dios, en el misterio de su voluntad sobre la tierra.

De aquí que Jesús anuncie el Reino de Dios a los marginados de toda esperanza humana y divina; los que no pueden caminar según la ley; los que no eran dignos de escuchar la palabra esperanzadora de la Alianza de Yavé; los que la sociedad y la sinagoga

consideraban muertos en vida, inútiles ante el mundo y ante Dios. A estos, más que a nadie, va dirigida la Buena Noticia; estos son los preferentemente invitados a participar del Reino.

Así resulta que los últimos se convierten en primeros. Los pobres de la calle entran en el banquete para ocupar el lugar de los que no comprendieron el corazón de Dios y prefirieron las falsas seguridades (Mt 20,1-16).

Jesús no opta por los pobres por demagogia. Nada más lejos que eso. Sino por fe viva en el amor del Padre. Porque todos somos sus hijos por igual, gratis, ninguno es un "desgraciado". Si una sola oveja se pierde o es despreciada, el corazón del pastor se inquieta, a pesar de tener muchas más (Lc 15,1-7). Por eso el regreso de un solo hijo perdido es motivo de fiesta y de banquete (Lc 15,32). Si los "justos" de Israel quieren excluir a alguien, Dios comienza por buscar y escoger a los que los hombres habían excluido. Todo hombre tiene derecho a la acogida gratuita y maravillosa del amor y de la bondad del Padre Dios ¡Dios es así! ¡Esta es su bondad de corazón de Padre!

Desde el comienzo de su vida Jesús había tenido esta misión. Así lo anunció un ángel a los más despreciados de Israel, los pastores: *"Les traigo una Buena Noticia, una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un salvador"* (Lc 2,10-11). Los pastores están representando a la gente despreciada y marginada por la sociedad; ellos son los elegidos para recibir la *"gran alegría"* de la *"Buena Noticia"* que trae Jesús. Así lo reconocería años más tarde el mismo Jesús cuando en la sinagoga de su pueblo se declaró a sí mismo enviado a dar *"la Buena Noticia a los pobres"*, Buena Noticia que es luz y libertad del Padre Dios (Lc 4,18).

Jesús actúa así porque sabe cómo es Dios: desbordante con los débiles, indefensos, desesperados, con los que quieren y no pueden, y con los que ni siquiera son conscientes de que quieren. El refleja en su propia humanidad la actitud de Dios para con los hombres.

La experiencia de conocer a Dios como el Dios de los sencillos y reconocer en la vida de los pobres a Dios como Padre, constituye, pues, la vivencia espiritual más original de Jesús; ahí conoce a Dios como Padre de bondad, de ternura, pronto al perdón, rico en misericordia; un Dios que convoca a todos a la fraternidad destruida por nuestros pecados.

La conversión a Jesús y su seguimiento pasa irremediabilmente por hacer de la irrupción de Dios en la vida de los desposeídos, y de la vocación de éstos al Reino, el camino diario de fidelidad evangélica.

4. EL GOZO DE QUE ASI LO QUIERE EL PADRE

Según la tradición evangélica, una sola vez Jesús dirige al Padre una oración de alabanza. La fórmula es breve y sencilla: *"Bendito seas, Padre, Señor de cielos y tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla; sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien"* (Mt 11,25-26).

Esta admiración de Jesús fue provocada por la nueva experiencia que estaba viviendo: los secretos de Dios estaban siendo entendidos por los ignorantes y los incultos, mientras permanecían escondidos a los sabios y doctores. El hecho fue tan novedoso para la gente, que mereció ser destacado como algo insólito. Esta era la obra de Dios más imprevista y notable, aunque ya estaba predicha en el Antiguo Testamento.

La oración de Jesús destaca que revelar los misterios a los sencillos es una obra plenamente de Dios. Más aún, el Padre revela en ella su "personalidad". Jesús conoce ahí el estilo del Padre. Un hecho de este tipo revela la mano de su autor. Sólo el Padre podía haber inventado aquello.

Jesús admira la "originalidad" del Padre, opuesta al sentido común humano. Los hombres intentamos casi siempre hacer lo contrario, aun en el caso de la preparación que hace la Iglesia a los que se sienten llamados a seguir las huellas de Jesús.

San Pablo se dio cuenta en Corinto de la renovación del hecho que tanto gozo dio a Jesús: los pobres artesanos recibieron la revelación de Dios, que los sabios de Atenas habían despreciado.

"La locura de Dios es más sabia que los hombres... Lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios..." (1Cor 1,25.27).

Santiago pregunta también con admiración: *"¿No fue Dios quien escogió a los que son pobres a los ojos del mundo para que fueran ricos de fe y herederos del Reino?"* (Sant 2,5).

En toda la historia de la Iglesia el retorno al espíritu evangélico ha partido siempre de los pobres, los marginados o los despreciados. Caso muy destacado fue el de Francisco de Asís.

En nuestra época, en las Comunidades Eclesiales de Base, de nuevo se puede ver la maravilla anunciada con gozo por Jesús. La Palabra de vida está encontrando eco en el

corazón de los marginados. El Evangelio está renaciendo entre los hombres y mujeres que la sociedad rechaza y desprecia.

La alegría de Jesús por este hecho sigue siendo un desafío abierto y público. Para la gente de buen corazón, es una llamada a adoptar su mismo punto de vista.

Cada vez que Dios es comprendido por los pobres, el corazón de Jesús salta de entusiasmo. Jesús se alegra de que los suyos sean reconocidos y promovidos. A los ojos de Jesús, el comportamiento del Padre hace resplandecer de nuevo la justicia. Es justo que los que siempre salen perjudicados, cuyos méritos nunca son reconocidos, sean salvados de la marginación y se les ofrezca un papel destacado en las obras de Dios. Esta obra de Justicia del Padre revela la grandeza de su corazón y brilla infinitamente más que todas las estrellas del cielo.

Dios regala su revelación no sólo "*a la gente sencilla*"; el Reino de Dios pertenece también a los "*niños*" (Mc 10,14) y a todos los que con espíritu filial son capaces de decir "*Abbá*" (Mt 18,3). Y así la sala de banquete de bodas se llena, aunque los invitados importantes rehusen venir (Mt 22,1-10); el hijo perdido es reinstalado en sus derechos (Lc 15,11-32); y los publicanos y las prostitutas "*llegan antes*" al Reino que los piadosos (Mt 21,31).

En la mirada de Jesús la revelación del Padre a los sencillos anticipa el juicio final. Ella no es solamente el anuncio, sino que es ya el principio del juicio y de la sentencia final. La alabanza y el agradecimiento de Jesús son la expresión anticipada del cántico de agradecimiento de la creación entera en el día del juicio final (Ap 2,17-18). Lo que se aclamará al final de todo, Jesús lo reconoce en el momento en que lo ve penetrar en la historia. Jesús percibe desde el principio la originalidad de las obras divinas, la autenticidad de su justicia.

Esta bondad de Dios sobrepasa toda comprensión, significa gozo y júbilo también para los mismos pobres. Ellos han recibido una riqueza ante la que palidecen todos los otros valores (Mt 13,44-46). Experimentan lo que jamás habían experimentado: Dios los acepta, aunque las manos de ellos estén vacías. Con ello se cumplen las antiguas profecías sobre la alegría que el Mesías debía de traer a los pobres (Ez 34,16; Is 29,19; Sof 3,17).

La madre de Jesús, María, poco después de la concepción de su Hijo, se alegró también y bendijo a Dios porque se había fijado en su "*pequeñez*" para hacer en ella "*obras grandes*". Y no sólo en ella: la misericordia del Señor "*desbarata los planes de los*

soberbios... y exalta a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos" (Lc 1,47-53). Este canto de alabanza de María es paralelo al grito espontáneo de alabanza de Jesús a su Padre por haber escogido a la gente sencilla como destinatarios de su revelación.

Es una constante bíblica el hecho de que Dios exalta a los insignificantes. Acordémonos de los precursores de María y Jesús: Abrahán (Gen 12-18), Moisés (Ex 3-4), Gedeón (Jue 6,14-16), Jeremías (1,5-19), David (1Sam 16,11), Samuel (1Sam 3,1-14), Amós, y toda la larga lista de los pobres de Yavé, que en medio de la pobreza pusieron su esperanza sólo en Dios.

5. JESUS EXPLICA A LOS ESCANDALIZADOS EL POR QUE DE ESTA ACTITUD SUYA

La predicación y el comportamiento de Jesús era ciertamente una Buena Noticia para los pobres y pecadores. Pero para algunos judíos "justos" aquella predicación era insoportable y blasfema: una mala noticia. El Dios en el que ellos creían no era como el que predicaba Jesús. Por ello buscan continuamente cómo criticar y desprestigiar a Jesús.

Cuando Jesús escoge a Mateo, un pecador, para ser uno de los doce, y va a comer a su casa, la reacción de los fariseos es fulminante: "*¿Se puede saber por qué comen y beben con los recaudadores y descreídos*" (Mt 11,9). Dicen de Jesús que es un criminal (Lc 22,37), un "*impostor*" (Mt 27,63), engañador del pueblo (Jn 7,47), "*un pecador*" (Jn 9,24), un blasfemo (Jn 10,33). Los dirigentes judíos dicen de él que "*está loco de atar*" (Jn 10,19-20); Herodes se burla de él como de loco (Lc 23,11); hasta sus propios parientes pensaron "*que no estaba en sus cabales*" (Mc 3,21). Es que su comportamiento con los pobres y los pecadores no era natural. La gente "bien", los "hombres de Dios" de la época no se comportaban así. Era un escándalo atreverse a afirmar que los pecadores, y hasta las prostitutas, eran mejor vistos por Dios que los piadosísimos fariseos (Lc 18,9-14; Mt 21,31). Por ello no es de extrañar que pensasen que sus actos y sus palabras estuvieran inspirados por el mismísimo Satanás (Mc 3,22.30).

Jesús era consciente de todo esto. Y buena parte de sus parábolas las dedicaba a explicar a sus enemigos la causa de su comportamiento. En efecto, las parábolas de la misericordia de Dios están dirigidas a los que no querían entender. Son una defensa y una

justificación contra los críticos y enemigos de la Buena Nueva de Dios. Y al mismo tiempo, un intento de hacerles ver y entender.

Veamos, un poco más en concreto, cómo justifica Jesús su Evangelio frente a sus críticos. Lo hace de una manera triple.

a) En primer lugar, en una serie de parábolas dirige la mirada de sus acusadores hacia los pobres a los que anuncia la Buena Nueva. Les quiere hacer ver que *"no necesitan médico los sanos, sino los enfermos"* (Mc 2,17). El llama a su seguimiento a los despreciados justamente porque están enfermos y necesitan ayuda.

Acerca de este tema pronuncia Jesús la parábola de los dos hijos, el buena gente que no obedece al padre y el respondón que obedece (Mt 21,28-32). La lección es clara y tajante: *"Les aseguro que los recaudadores y las prostitutas se dirigen, en lugar de ustedes, al Reino de Dios"*. Los pecadores están más cerca de Dios que los piadosos fariseos; pues aquéllos, aunque dijeron no a Dios, ahora están arrepentidos y cambian de vida, cosa que no quieren hacer los fariseos.

En otra parábola, la de los deudores (Lc 7,41-50), dirigida al fariseo Simón por su escándalo ante la pecadora, Jesús quiere hacerle entender que sólo los que saben lo que es una gran deuda pueden medir lo que significa la bondad de Dios: *¿No comprendes, Simón, que esta mujer, a pesar de la deuda de su vida, está más cerca de Dios que tú? ¿No notas que te falta lo que ella tiene: un gran agradecimiento? ¿Y que el agradecimiento que me muestra vale ante Dios? Aquella pecadora estaba ciertamente más cerca de Dios que el piadoso Simón, que se escandalizaba de la actitud de Jesús.*

b) Los que criticaban la Buena Nueva de Jesús deberían más bien fijar su mirada en ellos mismos para darse cuenta del error en que vivían. Jesús les dice que se parecen al hijo que servilmente dice que "sí" al mandato del padre, pero a la hora de la verdad no le obedece. Se parecen a los viñadores rebeldes y ofensivos contra el dueño de la viña (Mt 21,1-9). Se parecen ustedes, les dice Jesús, a los invitados distinguidos que rechazan la invitación al banquete: *¿de dónde se toman ustedes el derecho de burlarse y despreciar a los pobres que se sientan a mi mesa? (Mt 22,1-10).*

c) Donde más luminosamente justifica Jesús el anuncio de la Buena Nueva es en la parábola de la actitud del padre bueno frente al hijo derrochador (Lc 15,11-32). La parábola enseña en magnífica sencillez: Así es Dios, tan bueno, tan indulgente, tan lleno de

misericordia, tan rebotante de amor. Se alegra tanto del regreso del "perdido", que organiza una gran fiesta en su honor.

Es muy de notar cómo Jesús subraya en la segunda parte de la parábola la protesta del hijo mayor. Y es que la parábola fue dicha a hombres que se parecían a él, es decir, a hombres que se escandalizaban de esta actitud de Dios hacia los "perdidos". A ellos les dice Jesús: Así de grande es el amor de Dios para con sus hijos perdidos. Ustedes, en cambio, se muestran melancólicos, despiadados y desagradecidos. ¡Sean también ustedes misericordiosos! ¡No sigan insensibles! Los muertos de espíritu resucitan, los que andaban perdidos encuentran el hogar. ¡Alégrese, pues, conmigo!.

Con esta parábola Jesús justifica frente a sus críticos el amor ilimitado de Dios. Ellos tienen que decidirse: ¿aceptan o no aceptan la petición de Dios de alegrarse con él? Jesús no quiebra todavía la caña sobre ellos, aún tiene esperanza; quiere ayudarlos a superar su escándalo ante el Evangelio. Quiere ayudarles a reconocer lo que les separa de Dios, que es justamente la falta de amor y comprensión. Así la justificación de la Buena Nueva se convierte en reproche y en sollicitación para ganar el corazón de sus críticos.

La parábola del patrón generoso (Mt 20,1-16) justifica también la Buena Nueva frente a los que la critican. Pronunciada ante hombres que se parecen a los trabajadores gruñones, concluye con una pregunta llena de reproche: "*¿Ves tú con malos ojos que yo sea generoso?*" (20,15). Dios es como el que tuvo compasión de los desocupados y sus familias. Así obra él. Da parte de su salvación también a los pecadores, aunque no lo merezcan. Así de bueno es Dios. ¿Van ustedes a murmurar por eso?

En la parábola del fariseo y el publicano enseña de nuevo Jesús el "sí" de Dios al pecador humillado y el "no" al que se cree a sí mismo "justo" ante Dios (Lc 18,9-14). Así es Dios, dice Jesús. El es Dios de los desesperados, y su misericordia es inagotable para con todo el que tiene el corazón quebrantado.

Todas las parábolas de Jesús son defensas de la Buena Nueva. No están dirigidas directamente a los pecadores, sino a los que se escandalizan de su conducta con los pecadores. Los que piensan demasiado bien de sí mismos le preguntaban de continuo: ¿Por qué trabas relación con esa gentuza, con la que ninguna persona decente quiere saber nada? La respuesta de Jesús es constante: Porque están enfermos y me necesitan, porque no quisieran ser así, porque son agradecidos. Sobre todo, porque Dios es así, tan bueno con los pobres, tan lleno de alegría por encontrar lo perdido, tan lleno de amor con el hijo

degradado, tan clemente con los desesperados, los abandonados, los que están en la necesidad. ¡Por eso!

Muchas veces nos fijamos solamente en la dureza de ciertos ataques de Jesús en contra de escribas y fariseos. Pero no nos damos cuenta de la infinita dulzura que encierran estos intentos de hacerles comprender el por qué de su comportamiento y su predicación. Jesús antes de atacar a sus enemigos intentó repetidas veces dialogar con ellos para hacerles entender...

Bibliografía

1. JOACHIM JEREMIAS, Teología del Nuevo Testamento, Sígueme, Salamanca 1980, pgs. 134-138: ¿Quiénes son los pobres?
- Abbá, Salamanca 1983, pg. 334.
- Jerusalén en tiempos de Jesús, Cristiandad, Madrid 1977, pgs. 315-327: Oficios despreciados.
JUAN LUIS SEGUNDO, El Hombre de Hoy ante Jesús de Nazaret, Cristiandad, Madrid 1982, pgs. 171-177.
CVX, Jesucristo, Sal Terrae, Santander 1981, pgs. 53-55: Toda esa gente dejada de la mano de Dios...
CH. SAULNIER, Palestina en los tiempos de Jesús, Cuadernos bíblicos 27, Verbo Divino, Estella 1981, pgs. 40-43: El pueblo.
HOAC, Jesús de Nazaret, Madrid 1985, pgs. 17-24: Los pobres.
J. I. G. FAUS, Jesús de Nazaret y los ricos de su tiempo.
HOAC, Madrid 1983, pgs. 8-28: Ricos y pobres en tiempo de Jesús.
A. NOLAN, ¿Quién es este hombre?, Santander 1981, pgs. 39-51: Los pobres y los oprimidos.
LUISE SCHOTTROFF, Jesús de Nazaret esperanza de los pobres, Sígueme, Salamanca 1981, pgs. 21-41: Publicanos, pecadores, prostitutas, mendigos y tullidos.
2. J. L. FAUS, La Humanidad Nueva, pgs. 87-114: Jesús y los marginados.
J. L. SEGUNDO, El hombre de Hoy ante Jesús de Nazaret, pgs. 134-135, 174-175.
L. BOFF, Jesucristo el Liberador, Indo-América, Bogotá 1977, pg. 90.
HOAC, Jesús de Nazaret, pgs. 36-64: Jesús y las clases sociales.
J. JEREMIAS, Teología del Nuevo Testamento, pgs. 128-129.
L. SCHOTTROFF, Jesús de Nazaret esperanza de los pobres, pgs. 69-78: El amigo de los publicanos y los pecadores.
A. NOLAN, ¿Quién es este Hombre?, pgs. 53-62: Las curaciones.
J. M. CASTILLO, El Discernimiento cristiano, pgs. 141-150: Caminos de solidaridad.
GUSTAVO GUTIERREZ, Los Pobres y la Liberación en Puebla, Indo-América, Bogotá 1979, pgs. 26-36: El "Vindicador de los humildes".
ALAIN PATIN, La Aventura de Jesús de Nazaret, Sal Terrae, Santander 1984, pgs. 87-88: Jesús no es neutral.

- J. ANTONIO PAGOLA, ¿Qué podemos saber del Jesús histórico?, Fundación Santa María, Madrid 1984, pgs. 29-35: La actuación de Jesús.
3. J. JEREMIAS, Teología del Nuevo Testamento, pg. 137.
 J. L. SEGUNDO, El Hombre de hoy..., pgs. 162-163.
 CARLOS ESCUDERO, Devolver el Evangelio a los Pobres, Sígueme, Salamanca 1978, pgs. 291-294: Los pastores, destinatarios de la buena noticia.
 CVX, Jesucristo, pg. 57.
 J. R. GUERRERO, El Otro Jesús, pgs. 171-175.
 J. SOBRINO, Jesús en AL. pg. 199.
 -Evangélicación y seguimiento, en Diakonía 28, diciembre 1983, Managua, pgs. 246-249: La parcialidad de la buena noticia.
 G. GUTIERREZ, Beber en su propio Pozo, CEP, Lima 1983, pgs. 69-71: El Evangelio a los pobres.
 ALEJANDRO CUSSIANOVICH, Itinerario espiritual de Jesús, en Espiritualidad de la Liberación. CEP, Lima 1982, pgs. 9-11: Jesús, irrupción de Dios entre los pobres.
4. J. JEREMIAS, Teología del NT, pgs. 142-143.
 J. SOBRINO, Resurrección de la Verdadera Iglesia, Sal Terrae, Santander 1981, pgs. 156-173: La experiencia de Dios en la Iglesia de los pobres.
 -La Esperanza de los Pobres en América Latina, en Misión Abierta, nov. 1982, pgs. 120-123: La raíz teológica de la esperanza de los pobres.
 HUGO ECHEGARAY, Derecho del Pobre Derecho de Dios, en Anunciar el Reino, CEP, Lima 1981, pgs. 54-60.
 J. I. GLZ FAUS, Memoria de Jesús Memoria del Pueblo, Sal Terrae, Santander 1984, pgs. 209-214: El Dios de los pobres.
 IGNACIO ELLACURIA, Los Pobres, Lugar teológico en América Latina, en Misión Abierta, nov. 1981, pgs. 225-240.
5. J. JEREMIAS, Las Parábolas de Jesús, Verbo Divino, Estella 1981, pgs. 143-195: El mensaje de las parábolas de Jesús.
 C. ESCUDERO, Devolver el Ev..., pg. 293.
 J. COMBLIN, La Libertad Cristiana, Sal Terrae, Santander 1979, pgs. 132-144: La controversia con los fariseos.

5

Jesús enseña una nueva manera de orar

Todo hijo conversa con su padre. Jesús, por supuesto, hablaba con su Padre. Y como la visión que él tenía de Dios era nueva, su forma de orar tenía que ser también en cierto sentido nueva. La forma en que Jesús oró dependió en todo de su fe y de su experiencia de Dios. Así nos pasa a todos.

1. LA ORACION DE JESUS

Jesús y sus discípulos pertenecían a un pueblo que sabía orar. Su herencia litúrgica era muy rica. A pesar de ello, en tiempos de Jesús la oración en muchos casos se había vuelto bastante formularia y estaba dirigida a un Dios lejano, exigente y alejado de los problemas corrientes de la gente. En este mundo hace su entrada Jesús con una nueva manera de orar.

Veamos la oración de Jesús distinguiendo tres niveles: la oración litúrgica normal de todo judío piadoso, su oración personal en momentos de importancia y ciertas oraciones especiales que concentran lo más profundo de su vida.

a) La oración litúrgica ordinaria

Jesús tomaba parte normalmente en el culto sabático y oraba junto con la comunidad (Lc 4,16).

Por sus palabras se nota que conocía bien las Escrituras y las oraciones usadas en su época. En su predicación con frecuencia usaba frases inspiradas en ellas.

La oración de la mesa, antes y después de comer, parece cosa normal para él (Mt 14,19; 15,36; 26,26-27). Seguramente no hubo día en su vida en el que no observara los tres ratos de oración, según lo mandaban las costumbres piadosas de la época.

Varias veces le vemos participar en las romerías religiosas.

Sin duda alguna él participaba en la oración de su pueblo, pero, como vemos en el siguiente apartado, supo también denunciar y corregir todo tipo de falsificación de la oración.

b) La oración personal

Jesús no se contentó con la herencia litúrgica: su oración rompe los moldes de las costumbres piadosas de su época.

Toda la vida de Jesús se realiza en un clima de oración. Su vida pública comienza con una oración en el bautismo (Lc 3,21) y un largo retiro de oración en soledad (Mt 4,1-11). Y termina también con una oración (Mt 27,46; Mc 15,34; Lc 23,46).

Jesús aparece orando en los momentos de decisiones históricas importantes, como al elegir a los doce (Lc 6,12-13), al enseñar el padrenuestro (Lc 11,1), antes de curar al niño epiléptico (Mc 9,29). Ora por personas concretas, por Pedro (Lc 22,32), por los niños (Mc 10,16), por los verdugos (Lc 23,34).

A veces se retiraba de su actividad pública para dedicar largos ratos para conversar con su Padre. Para ello se le ve irse a un huerto apartado o a un descampado. Allá pasa horas enteras (Mc 1,35; 6,46; 14,32). E incluso noches enteras (Lc 6,12) *"El acostumbraba retirarse a lugares despoblados para orar"* (Lc 5,16).

Jesús no se apartaba de la costumbre ambiental solamente en lo referente a la frecuencia y a la longitud de sus ratos de oración. Las oraciones oficiales de su época se rezaban en hebreo, idioma que no entendía la gente sencilla. El rezaba en arameo, la lengua del pueblo, como nuestro guaraní. Ya vimos cómo se dirigía a Dios con la palabra familiar "Abbá". Y su oración típica, el padrenuestro, se la entrega a la comunidad en su lengua materna, el arameo. Con eso, Jesús saca a la oración del círculo exclusivo de la liturgia sagrada, y la pone en medio de la vida.

c) Oraciones en momentos decisivos

Pocas veces se nos habla en los Evangelios del contenido de la oración de Jesús. Pero hay dos casos especiales en los que nos vamos a fijar, la oración de acción de gracias y la oración del huerto, pues reflejan dos momentos importantes en su existencia.

En el capítulo IV ya hablamos de su oración de acción de gracias al Padre por haber revelado la Buena Nueva *"a la gente sencilla"* (Mt 11,25-26). Jesús termina diciendo: *"Sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien"*. Se trata de una oración expresada por Jesús en un momento decisivo de su actividad. Según las apreciaciones humanas, la predicación de Jesús estaba fracasando, ya que las personas influyentes de su país habían rechazado abiertamente su mensaje, y únicamente lo seguía un grupo de personas sin importancia. Y en estas circunstancias de fracaso humano, Jesús se regocija y da gracias porque el misterio del Padre ha sido entendido solamente por la gente sencilla, y los "sabios" en cambio siguen sin ver. Se ha hecho posible lo que parecía imposible: han comprendido sólo los que parecía que no podían entender. Así lo ha dispuesto la voluntad del Padre, bueno y clemente. Y al darse cuenta de ello, Jesús se alegra y da gracias, aceptando y alabando este designio del Padre, como algo inesperado y maravilloso.

La segunda oración a la que nos referimos es la del huerto:

"Adelantándose un poco, cayó a tierra, pidiendo que si fuera posible se alejara de él aquella hora. Decía: ¡Abbá! ¡Papá!, todo es posible para ti, aparta de mí este trago, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras tú" (Mc 14,36).

Es un momento serio de crisis, pues siente amenazado el sentido de la totalidad de su vida. Y en este momento decisivo, Jesús va a la oración. Así sucedió ya en las tentaciones del desierto (Lc 4,1-13), que no son otra cosa que un diálogo con el Padre sobre la esencia última de su misión y el modo de llevarla a cabo. Y vuelve a aparecer en la oración de Jesús en la cruz (Mt 27,46; Lc 23,46). Siempre que el sentido de su vida se ve amenazado, Jesús se pone en oración delante de su Padre.

La oración del huerto recoge la crisis de Jesús a lo largo de toda su vida. Jesús quisiera rehuir esa muerte que es consecuencia histórica de su vida. Pero por medio de la oración triunfa su decisión de ser fiel a la voluntad del Padre hasta las últimas consecuencias. A pesar de su intenso dolor sigue viva en él la confianza en su Abbá, en ese Padre que exige su muerte. En los momentos más difíciles de su vida Jesús busca la voluntad del Padre y confía en él, por más dura que sea su voluntad. Así como antes Jesús recogió en la oración la totalidad de su vida, expresada en un "gracias", ahora en una nueva crisis la recoge en un "hágase tu voluntad".

Resumiendo, podemos decir que la oración de Jesús es la expresión del "más" que va surgiendo en su propia historia. Ese "más" va apareciendo en la búsqueda de la voluntad de Dios, en la alegría de que llegue el Reino, en la aceptación fiel hasta el final de la voluntad de Dios y en la confianza incondicional hacia el Padre.

Para Jesús oración no es sin más "ponerse en contacto con Dios", sino ponerse ante un Dios bien determinado, que une íntimamente bondad y exigencia. Lo fundamental de su oración depende de quién era para él realmente el Padre. Ahí está lo más original de su oración.

El Dios de Jesús es un Dios de amor, y por ello el lugar central de la oración de Jesús es la praxis del amor; ahí él oye la voluntad de su Padre y la practica.

El contenido profundo de la oración de Jesús es muy simple: es mostrar la aceptación de la voluntad de Dios sobre el Reino y sobre su propia persona, y mostrar la alegría y el agradecimiento de que el Reino se extienda. Este contenido expresa la experiencia de sentido último de Jesús: que Dios se va haciendo presente en la historia a través del amor.

2. LAS ENSEÑANZAS DE JESUS SOBRE LA ORACION

Al modelo ofrecido por él mismo, Jesús añade especiales instrucciones acerca de la oración.

Jesús invita a sus seguidores a orar con frecuencia, y en concreto les exhorta a que hagan oraciones de súplica: "*Pidan y se les dará*" (Mt 7,7). "*Pidan y recibirán*" (Jn 16,24). "*Lo que pidan al Padre, alegando mi nombre, él se lo dará*" (Jn 15,16;14,13).

Insiste Jesús, con comparaciones tajantes, que siempre el Padre del cielo "*dará cosas buenas al que se las pida*" (Mt 7,11). "*Cualquier cosa que pidan en su oración crean que ya lo han recibido y lo obtendrán*" (Mc 11,24).

El deseo del Padre Dios de ayudarnos es muy superior al de un padre terreno (Mt 7,8-10) o al de cualquier amigo (Lc 11,5-13).

Nuestra petición fundamental al Padre Dios sólo puede ser un: "*Hágase tu voluntad*" (Mt 6,10). Y esta voluntad ha de concentrarse en la vivencia de los valores del Reino.

Las cosas buenas que Dios promete son ante todo el Espíritu Santo (Lc 6,13). Es "la alegría completa" (Jn 16,24) de poder vivir siguiendo las huellas que él dejó en este mundo: "Quien cree en mí hará obras como las mías" (Jn 14,12). Para ello la única condición es la fe en él (Mt 17,19-21), fe que es capaz de remover todo obstáculo que impida su seguimiento.

Jesús, pues exhortó a sus discípulos a orar, pidiendo los dones del Reino, con la seguridad de ser siempre escuchados. Este tema en su predicación es sencillo y claro.

Pero hay un segundo tema, más difícil de entender vivencialmente, que es el de las enseñanzas de Jesús sobre cómo debe ser la oración. Con estas enseñanzas Jesús quiere alertarnos sobre los peligros y desviaciones de una oración mal entendida. Para ello pone Jesús como telón de fondo su denuncia contra ciertas formas de oración que se realizaban en su tiempo. Jesús las desenmascara porque cada una de ellas se apoya en una idea falsa sobre Dios. Veamos en concreto estas enseñanzas:

a) *"Cuando recen, no sean palabreros como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán más caso. No sean como ellos, que su Padre sabe lo que les hace falta antes que se lo pidan"* (Mt 6,7-8).

Detrás de las oraciones largas y pesadas se halla la idea de que Dios sólo nos atiende si le acosamos con multitud de invocaciones y palabras, como si fuera alguien displicente y distraído, a quien no le interesan nuestros problemas. Pero el Padre de Jesús no es así. La fe en su amor nos libra de la necesidad de la palabrería, pues él sabe ya lo que nos hace falta y siempre está dispuesto a ayudarnos. De lo que se trata en la oración es de encontrar aquello que el Padre ya sabe. Eso es lo que hay que pedir que se nos vaya revelando y concediendo.

b) *"Cuando recen, no hagan como los hipócritas, que son amigos de rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas, para exhibirse ante la gente. Con ello ya han cobrado su recompensa, se lo aseguro. Tú, en cambio, cuando quieras rezar, entra en tu cuarto, echa la llave y rézale a tu Padre que está escondido; y tu Padre, que mira escondido, te recompensará"* (Mt 6,5-6).

La oración es una cosa demasiado seria para hacerla objeto de exhibición. Esta actitud que Jesús critica no es oración, pues lo único que buscan estos hipócritas es que la gente los vea; buscan tener buena fama presentándose ante los demás como gente piadosa,

pero sin preocuparse de una actitud auténtica de sinceridad y conversión ante Dios. Pretenden manejar a Dios en provecho de una falsa reputación. Y Dios no es así; él no se presta a estos manejos. Él escucha en la sinceridad de la soledad a todo el que derrama en su presencia la sencillez de su vida.

c) Un caso parecido, pero más grave, es el del fariseo que subió al templo a orar. En esta oración no sólo buscaba una buena fama; la oración, además, para él era motivo de orgullo y, por consiguiente, de desprecio hacia los que no eran tan buenos como él. Jesús dedica la parábola *"a algunos que, pensando estar a bien con Dios, se sentían seguros de sí y despreciaban a los demás"* (Lc 18,9). El fariseo lo único que busca es afirmarse en el buen concepto que él tiene de sí mismo; no le importa para nada lo que Dios pueda querer de él; ni siquiera siente necesidad de su ayuda. Jesús lo condena porque su Padre no es de los que fomentan falsos orgullos, ni autoengaños; menos aún, desprecios hacia nadie. En cambio alaba al publicano porque él sí se sentía pequeño ante Dios y sumamente necesitado de su ayuda.

d) *"Cuidado con los letrados..., esos que se comen los bienes de las viudas con pretexto de largos rezos"* (Mc 12,38.40).

Si antes Jesús criticó la separación entre oración y vida, ahora alerta contra la falsa oración que sirve de pretexto para oprimir a alguien. El presupuesto de la condena es la opresión de las viudas, símbolo bíblico de todo desamparado y oprimido. La oración en estos casos se degenera convirtiéndola en mercancía, en mecanismo de opresión. Ello encierra una gravísima ofensa al Padre Dios, pues en su nombre se aplasta precisamente a los predilectos de Dios. La oración que debiera servir para acercarse y encontrar a Dios, se convierte en camino para alejarse y ofender a Dios. Y ofende gravemente a Dios porque en el fondo se cree que Dios es patrón cruel, opresor él también de los débiles. Esta concepción de Dios no podía menos que enojar seriamente el corazón sensible de Jesús. De ahí su dura reacción ante los mercaderes del templo, porque la casa de su Padre (Jn 2,16), que debiera ser *"casa de oración"*, la habían convertido en *"cueva de bandidos"* (Mt 21,13).

e) *"No basta andar diciéndome: ¡Señor, Señor! para entrar en el Reino de Dios; hay que poner por obra la voluntad de mi Padre del cielo"* (Mt 7,21).

Jesús, siguiendo la línea de los grandes profetas, critica en este texto y en los versículos que siguen, la oración que no va acompañada de deseo sincero de cumplir la

voluntad del Padre. Hay algunos que rezan, que hablan en nombre de Jesús, y hasta hacen "milagros", pero *"practican la maldad"*, y por ello les dice Jesús que *"nunca los ha conocido"* (Mt 7,22-23). Son los *"necios que edificaron su casa sobre arena"* (Mt 7,26-27). Dios no es ningún tontito al que se pueda engañar con rezos. El sabe muy bien cuándo nuestra oración es sólo un tranquilizante de conciencia para no hacer nada, y cuándo la oración encierra un sincero deseo de llevar a la práctica la voluntad del Padre.

f) Terminemos estas enseñanzas de Jesús destacando una condición previa que él pone para que pueda ser escuchada por Dios una oración. Se trata del perdón de las ofensas. El estar dispuesto a perdonar a los hermanos es condición imprescindible para que nos escuche el Padre de todos. Toda oración supone la súplica del perdón de Dios; pero dice Jesús que Dios no perdona si uno mismo no está dispuesto a perdonar (Mc 11,25; Mt 6,14-15; 18,35).

El que ha pecado contra su hermano, antes de presentarse ante Dios, debe pedirle perdón al hermano (Mt 5,23-24). Jesús nos enseñó en el padrenuestro a reconocerlo así ante Dios (Mt 6,12). Y ordenó además que esta prontitud y buena voluntad para perdonar no ha de tener límites; debe llegar incluso al enemigo (Mt 5,44; Lc 6,28). Según Jesús, el camino hacia Dios pasa necesariamente por la reconciliación entre hermanos. Si no fuera así, estaríamos negando la paternidad universal de Dios.

3. ORIGINALIDAD DE LA ORACION CRISTIANA

La fe que Jesús tenía en el Padre le llevaba a estar en constante comunicación con él, buscando siempre conocer y cumplir su voluntad. Ello lo hacía con una total familiaridad y confianza en él.

Esta actitud de Jesús es el modelo a seguir para todo el que tenga fe en él.

El cristianismo no se distingue de las otras religiones porque tenga un objeto distinto (los cristianos adoran a Cristo, mientras que los judíos adoran a Yavé, los musulmanes a Alá), sino porque se basa en una forma radicalmente nueva de encuentro con Dios.

El cristiano se define por su fe en Jesucristo. Fe que no es ante todo un sistema de verdades, ni un conjunto de prácticas religiosas con las que se intenta influir en la divinidad. La fe cristiana es la aceptación sin condiciones de Cristo Jesús como norma decisiva de la propia existencia. Cree en Cristo la persona que se decide seriamente a vivir la vida de Cristo. Creer es vivir y hacer el Evangelio de Cristo en el mundo de hoy y para los hombres de hoy. Sin evasiones, ni componendas. *"El que quiera servirme, que me siga, y allí donde esté yo, estará también mi servidor"* (Jn 12,26).

Ante este supuesto, podemos ya entender en qué está la originalidad de la oración cristiana, y las consecuencias que se derivan de ello respecto a la relación que debe haber entre oración y vida.

La experiencia de la oración cristiana se diferencia radicalmente de cualquier otra experiencia de oración por dos motivos fundamentales. En primer lugar porque no se trata solamente de una búsqueda natural del hombre hacia lo divino, sino de la revelación de que es el mismo Dios el que toma la iniciativa y busca relacionarse con nosotros. En segundo lugar, y ante todo, se trata de una relación personal con Jesucristo. No hay oración cristiana si no hay un trato directo con Cristo. La oración cristiana no se puede quedar sólo en una bella contemplación histórica o afectiva de una escena evangélica, o en una linda celebración litúrgica, ni siquiera en una meditación de las verdades cristianas.

La oración no es verdaderamente cristiana, sino cuando el cristiano sale de ella con una fe, una esperanza y una caridad más intensas, es decir, decidido a vivir más sinceramente como hijo de Dios, con Cristo Jesús. Este contacto con Jesús y esta decisión distingue a la oración cristiana de toda otra oración, pagana o de cualquier otra religión.

Respecto a la relación que debe haber entre oración cristiana y vida: nuestra oración de creyentes en Jesús se distingue de cualquier otra forma de experiencia religiosa porque es inseparable de nuestra actitud de servicio a los demás. Si no hay una orientación de toda la vida, sea como sea, hacia los demás, la oración cristiana es sencillamente imposible.

Esto no quiere decir que a Dios se le encuentre solamente en el prójimo, en los pobres, en el servicio incondicional a los demás. Esta es la consecuencia, el sello, de la auténtica oración cristiana. Pero la oración no es la caridad. Ella conserva siempre su carácter específico de vivencia directa e inmediata de diálogo ante el Señor Jesús en una cierta soledad. O sea, que la oración cristiana no es la vida, pero no puede entenderse

separada de la vida. Las enseñanzas de Jesús de las que hablábamos en el apartado anterior dejan en su sitio este punto.

La oración cristiana siempre se dirige a Jesucristo, o a su Padre por medio de él y en su nombre (Jn 14,13-16). En ningún pasaje de la Biblia se encontrará ni un solo texto en el que el orador se dirija a alguien que no sea el Padre Dios o su Hijo Jesús. La oración tiene siempre una dimensión necesariamente vertical.

San Pablo hace una distinción importante, que ayuda a aclarar las tensiones que a veces tenemos entre oración y acción. El distingue entre Cristo, el Señor, y el cuerpo de Cristo (1 Cor 12,12-27; Rom 12,5, etc.). Cristo que es la cabeza del cuerpo, es distinto del cuerpo, aunque tiene una influencia decisiva sobre él (Col 1,18; 2,10.19; Ef 1,23; 4,15; 5,23).

Jesús no es una realidad difusa, más o menos diluida en los creyentes. El Señor conserva su personalidad, su distinción y su puesto distinto. Pues bien, la oración, o sea, esta actitud de adhesión personal no se dirige nunca al "Cuerpo", "que es la Iglesia" (Ef 1,23), por la que Pablo pide, se sacrifica y trabaja. Esto quiere decir que donación de servicio a los otros y oración no son la misma realidad. La oración conserva siempre su autonomía y su forma de ser bien definida; y no se la puede diluir confundiéndola, más o menos sutilmente, con los servicios que debe prestar todo cristiano.

Pero siendo distintos, oración y servicios, el único criterio válidamente definitivo para medir la autenticidad de nuestra oración es precisamente la actitud que tomamos ante los demás: *"Si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros... y esta prueba tenemos de que estamos con él"* (1Jn 4,12-13). *"Como cristianos... lo que vale es una fe que se traduce en amor"* (Gál 5,6). Esta es la norma para no engañarnos a la hora de valorar la autenticidad de nuestra oración. Si en realidad nos encontramos con Cristo, la Cabeza, necesariamente, como consecuencia lógica, nos encontramos con su "cuerpo": todo prójimo necesitado de nuestros servicios. Todo aprendizaje de verdadera oración cristiana ha de acabar descubriendo a Dios en el otro.

La verdadera oración de un cristiano lo lleva necesariamente hacia los demás. Pero no es posible el amor de hermanos al estilo de Jesús si no se da primero la experiencia del encuentro personal con Dios, el Padre. La existencia cristiana, que es existencia para los otros, se fragua solamente en la experiencia de Dios a través de Cristo Jesús. Esta es la expresión última más original de la oración cristiana.

Bibliografía

1. J. JEREMIAS, Teología del NT, pgs. 218-255: La nueva manera de orar.
J. SOBRINO, La Oración de Jesús y del Cristiano, Paulinas, Bogotá 1981, pgs. 25-33; 55-56: La oración de Jesús.
X. LEON-DUFOUR, Vocabulario de Teología Bíblica, Herder, Barcelona 1982, pgs. 615-616: La oración de Jesús.
AGUSTIN GEORGE, El Evangelio según San Lucas, Cuadernos bíblicos 3, Verbo Divino, Estella 1982, pgs. 43-49: La oración de Jesús.
HOAC, Jesús de Nazaret, pgs. 128-130.
DONALD GRAY, Jesús, Camino de Libertad, Sal Terrae, Santander 1984, pgs. 81-89: Jesús, el hombre piadoso.
2. J. JEREMIAS, Teología del NT, pgs. 225-227: Las enseñanzas de Jesús sobre la oración.
J. SOBRINO, La oración..., pgs. 19-25
X. LEON DUFOUR, VOCABULARIO... , pgs. 614-615: La oración tal como la enseña Jesús.
HOAC, Jesús de Nazaret, pgs. 130-143: Jesús critica determinadas prácticas de oración. Pedagogía de Jesús.
J. L. CARAVIAS, Cristo es Esperanza, Latinoamérica Libros, Buenos Aires 1984, pgs. 79-84: Orar en nombre de Cristo.
EDUARD LOHSE, Teología del Nuevo Testamento, Cristiandad, Madrid 1978, pgs. 60-62.
3. J. M. CASTILLO, Oración y Existencia Cristiana, pgs. 146-192: Originalidad de la oración cristiana.
G. GUTIERREZ, Beber en su propio Pozo, pgs. 112-136: La espiritualidad de un pueblo.
L. BOFF, De la Espiritualidad de la Liberación a la Práctica de la Liberación, Indo-América, Bogotá 1981.
JUAN HERNANDEZ PICO, La oración en los Procesos Latinoamericanos de Liberación, en Espiritualidad de la Liberación, CEP, Lima 1982, pgs. 181-185: La oración desde la noche oscura de la injusticia estructural.
E. SCHILLEBEECKX, Dios y el Hombre, Sígueme, Salamanca 1969 pgs. 255-261.
NUEVO DICCIONARIO DE TEOLOGIA, Cristiandad, Madrid 1982, pgs. 1178-1181: Oración III, Problemática religiosa de la oración cristiana y manifestación de su originalidad.

6

Padre nuestro

Jesús no sólo invoca a Dios como Padre suyo (Abbá), sino que además nos enseña también a nosotros a mirar a Dios como Padre de todos, con la misma confianza suya. Necesitamos crecer en la fe y en la esperanza para poder repetir con Jesús: "Padre nuestro". Si él no nos lo hubiera enseñado y pedido que rezásemos, jamás habiéramos podido exclamar: ¡Padre querido! Pero esta enseñanza de Jesús nos hace herederos del manantial inagotable de su esperanza, a pesar del mundo de injusticias que nos oprime.

1. JESUS ENSEÑA A SUS DISCIPULOS A INVOCAR A DIOS COMO ABBA QUERIDO

En nuestro mundo, como también lo era en la época de Jesús, a veces se hace difícil ver a Dios como Padre bueno. La injusticia, la marginación y la explotación reinan por todos lados. Pero justamente metido en medio de este mundo cruel, es donde Jesús quiere hacernos entender la bondad de Dios, su paternidad universal y las consecuencias a que nos debe llevar a todos la fe en esta paternidad divina.

Jesús entrega a sus discípulos la oración del padrenuestro como un resumen en pocas palabras del corazón de su predicación. Y al entregarnos Jesús esta oración suya nos da el poder de decir como él: Abbá. Esto significa que nos hace participar de su relación con Dios.

Este Padre no lo es sólo de los fieles, como decía el salmo 103 ("*como un padre siente cariño por sus hijos, siente el Señor cariño por sus fieles*"), sino que es Padre de todos indistintamente, "*porque él es bondadoso con los malos y desagradecidos*" (Lc 6,35), "*hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre malos y buenos, justos e injustos*" (Mt 5,45).

La enseñanza de Jesús sobre nuestro Padre Dios encierra una gran novedad. Ya hemos hablado de ello en capítulos anteriores. Pero nunca insistiremos lo suficiente.

La novedad está en la experiencia hecha por Jesús y transmitida a nosotros por los apóstoles de que Dios está aquí como Padre, cuidando de sus hijos, con un corazón sensible a nuestros problemas, con los ojos clavados en nuestros sufrimientos y con sus oídos atentos a nuestro clamor. El hombre no es un número sin nombre o una molécula perdida en los espacios, sino una persona, centro del amor entrañable de Dios. Con toda confianza podemos entregarnos a los cuidados de nuestro Abbá, hasta la entrega total de la vida y aun de la muerte, pues, gracias a Jesús, sabemos que él nos conoce y nos guarda en su corazón. Venga lo que viniere, él hará que todo sirva para nuestro bien (Rom 8,28-39).

La Iglesia primitiva, que hablaba el arameo, conservó la invocación "Abbá, Papa querido", y se la transmitió a las comunidades de lengua griega. Con esta sencilla invocación aquellos primeros cristianos recogieron el núcleo de su fe en el Dios de Jesús. Pablo indica con claridad lo que significaba esta invocación para aquellas comunidades:

"La prueba de que ustedes son hijos, es que Dios envió a su interior el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abbá! ¡Papá! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo" (Gál 4,6-7). "Recibieron un espíritu que los hace hijos y que nos permite gritar: ¡Abbá! ¡Papá! Ese mismo espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios" (Rom 8,15-16).

Que nosotros podamos llamar a Dios Papá es algo que supera todas las posibilidades humanas. Esto no es posible sino dentro de la nueva relación con Dios que nos ha dado su Hijo Jesús. Dios mismo, a través de su espíritu, hace brotar en nosotros esa invocación, en la que toma vida, siempre que resuena, nuestro ser de hijos suyos. Siempre que gritamos Abbá, Dios nos da esta seguridad: ustedes son realmente hijos míos; pueden estar plenamente seguros de ello.

Se trata de una filiación siempre animada a la libertad y a la responsabilidad del adulto, a semejanza del hermano mayor, Jesucristo (ver Ef 4,14-15; 1 Cor 14,20).

Decir Abbá, siguiendo el ejemplo de Jesús, es un privilegio, que hace cumplir de antemano la antigua promesa bíblica: *"Seré un padre para ustedes y ustedes para mí, hijos e hijas"* (2 Cor 6,18, citando a 2 Sam 7,14).

2. NO TODOS SON HIJOS DE DIOS

Dios es Padre de todos y con todos se comporta como buen Padre. Pero no todos los hombres merecen dar a Dios el nombre de Padre. Para ser considerados hijos de Dios tenemos siquiera que intentar vivir como hijos de Dios. Esta es una posibilidad que a todos nos brinda Jesús, pero no todo el mundo lo acepta en su vida.

Todos podemos llegar a ser hijos de Dios, pues el mismo Dios nos ofrece su Espíritu a través de Jesús, es decir, nos ofrece su misma vida.

Jesús nos llama a tener esta nueva relación con Dios. Se trata de una actitud básica de absoluta seguridad y confianza en el Padre. Una confianza que incluye la seguridad de sentirse comprendido y perdonado; esperanza en el futuro y certeza en el triunfo final.

Pero para vivir como hijos de Dios no es suficiente una actitud pasiva de confianza hacia él. Para ser hijos, en cierto sentido hay que tener una actitud parecida a la del Padre. Por eso dice Jesús: *"Amen a sus enemigos y recen por los que les persiguen, para ser hijos de mi Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos... Por consiguiente, sean ustedes buenos del todo, como es bueno su Padre del cielo"* (Mt 5,44-48). Porque Dios *"es bondadoso con los malos y desagradecidos"*, por eso sus hijos deben ser *"generosos como su Padre es generoso"* (Lc 6,35-36).

Dios no se venga de nadie privándole del sol o de la lluvia. Pues al igual que él, ningún hijo suyo puede pensar en tomarse una revancha contra alguien. El que se reconoce como hijo del Padre del cielo no es capaz de hacerle daño a nadie, ni siquiera a un enemigo.

Se trata de comprender que la bondad desconcertante del Padre del cielo tiene que manifestarse en sus hijos de la tierra con una bondad semejante a la suya. Sólo así podrán ser hijos de tal Padre. Y los que no quieren comportarse como su Padre del cielo, en realidad no son hijos suyos. Porque los hijos se parecen al Padre.

Jesús en una discusión con los fariseos, les dice que ellos no son hijos de Abraham, ni de Dios, porque no hacen las obras de sus padres. El mensaje de Jesús *"no les cabe en la cabeza"* (Jn 8,37) a aquellos fariseos; y por eso quieren matarle. Jesús les dice: *"Ustedes hacen lo mismo que su padre"* (Jn 8,41). *"Si Dios fuera su padre me querrían... Pero ustedes tienen por padre al diablo y quieren realizar los deseos de su padre. El fue un asesino desde el principio, y nunca ha estado con la verdad..."* (Jn 8,42-44).

Jesús enfrenta a los fariseos por su modo de obrar. Ser hijo no es algo pasivo, sino algo activo, que lleva a honrar al padre comportándose de una forma parecida a la de él. Si ellos no se portan como se portaba Abraham, no son hijos suyos; un hijo aprende de su propio padre (Jn 5,19). Si no imitan a Abraham es porque no tienen al Dios de Abraham, sino que son idólatras. Si no tienen los mismos sentimientos ni el mismo modo de actuar de Dios, es porque no son hijos de Dios. Y el que no es hijo de Dios es hijo del demonio: homicida y mentiroso.

Dice San Juan: *"Con esto queda claro quiénes son los hijos de Dios y quiénes los hijos del diablo: Quien no practica la justicia, o sea, quien no ama a su hermano, no es de Dios"* (1 Jn 3,10-11).

No todo el mundo, pues, tiene derecho a llamar Padre a Dios. El fariseo orgulloso, idólatra, al que le gusta vivir en la mentira, *"el que no practica la justicia"*, el que no quiere entender la buena nueva de Jesús, no es hijo de Dios, hasta que no cambie de actitud. En cambio, el pecador que acepta su condición y quiere buscar a Dios con sincero corazón, encontrará siempre en Dios un corazón de Padre, y podrá invocarlo siempre como Abbá querido.

3. EL DON DE SER HIJOS DE DIOS

Todo el que sinceramente quiera parecerse a su Padre, encontrará en él una continua ayuda para conseguirlo.

Los que comienzan a vivir los valores del Reino ya desde ahora tienen a Dios como Padre, y ya desde ahora están en la condición de hijos. Son los que en medio de sus pecados y sus limitaciones realmente quieren y buscan el Reinado de Dios. Ellos son los verdaderos discípulos de Jesús.

Este don de ser hijos de Dios marca un sello muy especial en la vida de los discípulos de Jesús. Lo podemos ver en tres aspectos:

a) El ser hijos da la certidumbre de que se es partícipe del triunfo futuro definitivo. Los hijos saben que es voluntad del Padre que ninguno de los pequeños se pierda (Mt 18,10.14). Con amor más que paternal, Dios les concede los dones del tiempo de salvación (Mt 7,9-11). Serán partícipes de la gloria real de Dios: *"Tranquilícense, rebaño pequeño, que es decisión de su Padre reinar de hecho sobre ustedes"* (Lc 12,32). Los discípulos de

Jesús saben que Dios ha de concederles gratis la salvación, aunque ellos estén ante Dios como mendigos, más aún, precisamente porque ellos están ante Dios como mendigos.

b) Sentirse hijos de Dios no sólo da confianza en el más allá; da también seguridad en medio de la vida de cada día. El Padre sabe qué es lo que sus hijos necesitan (Mt 5,45). Nada es demasiado pequeño para Dios (Mt 10,29-30). Precisamente a los más pequeños es a quien Dios más protege. Por ello no hay que angustiarse ante los problemas de cada día -comer, beber, vestir-: *"Ya sabe su Padre del cielo que tienen necesidad de todo eso. Busquen primero que reine su justicia, y todo eso se les dará por añadidura"* (Mt 6,32-33).

c) La fe en el Padre da valor para aceptar su voluntad en los momentos difíciles. Cuando uno se sabe hijo de Dios, el sufrimiento aparece con una luz nueva. Jesús se revela contra la idea judía de que todo sufrimiento era castigo de Dios (Lc 13,1-5; Jn 9,2). El sabe que el sufrimiento es un llamado a la conversión y que hay sufrimientos que sirven para la gloria de Dios (Jn 9,3;11,4). Sufrir por el Reinado del Padre es un motivo de gozo (Mt 5,11-12; Lc 6,23).

Hasta la muerte aparece con luz distinta para los hijos de Dios: *"¿No se venden un par de pajaritos por unos centavos? Y, sin embargo, ni uno solo caerá al suelo sin que lo disponga el Padre. Pues de ustedes, hasta los pelos de la cabeza están contados. Así que no tengan miedo, que ustedes valen más que todos los pajaritos juntos"* (Mt 10,29-31). Si ni siquiera un gorrión muere sin que el Padre Dios lo permita, ¡cuánto más estará en las manos de Dios la vida y la muerte de los suyos!

El Padre *"no es Dios de muertos sino de vivos"* (Mc 12,27). La fe en él encierra en sí la certeza de vencer a la muerte.

Para los que se sienten hijos de Dios, el enigma eternamente incomprensible del mal queda depositado confiadamente en sus manos. Nada sucede sin la permisión de Dios. Jesús así lo cree incondicionalmente. Hay en él una palabra que es más fuerte que todas las preguntas, que todos los enigmas y que todos los temores. Y esa palabra es "Abbá". El Padre está al tanto de todo.

Aunque no todos, pues, vivimos como hijos de Dios, y aunque hay gente que se porta como hijo del diablo, todos los humanos tenemos la posibilidad de mirar a Dios como Padre, esperando su comprensión y su ayuda bondadosa. Basta querer creer con humildad en este Padre bueno...

4. LA FE EN EL MISMO PADRE NOS HACE HERMANOS

Hemos visto ya cómo Jesús nos presenta el verdadero rostro del Padre, principalmente a través de su actitud de amor para con todos.

Para ahondar en la actitud de amor de Jesús hacia todos, es bueno comenzar haciendo notar que él no fue ningún ingenuo frente al corazón del hombre. No se pueden encontrar en Jesús huellas de romanticismo. El Evangelio de Juan afirma que Jesús no se dejaba impresionar fácilmente por rápidas muestras de adhesión, porque tenía una profunda experiencia, típica de su carácter de profeta, de la volubilidad humana: *"No necesitaba de informes de nadie; él conocía al hombre por dentro"* (Jn 2,25). El sabía muy bien que *"nadie es bueno más que uno, Dios"* (Mc 10,18). Todo lo que hay de bondad en los hombres viene de Dios. Ni siquiera el amor con que normalmente trata un padre a su hijo engaña a Jesús sobre el corazón humano: *"Si ustedes, malos como son, saben dar cosas buenas a sus niños, cuánto más su Padre del cielo se las dará a los que se las pidan"* (Mt 7,11).

Pero a pesar de todo ello, según Jesús el Padre Dios nunca deja de creer y de esperar en nosotros. El sabe muy bien lo que hace. Y si él, conociéndonos como nos conoce, sigue amando al hombre es porque el hombre merece ser amado. O mejor dicho: el hombre ha sido hecho digno de ser amado por Dios.

Puesto que Dios es verdadero Padre, él no quiere reclamar ningún derecho para sí que no sea el amor eficaz hacia sus hijos. El verdadero servicio a Dios tiene que ser servicio al hombre porque así lo quiere el mismo Dios. Quien se sabe amado por Dios y quiere corresponder a ese amor es llamado por Jesús a hacer lo que Dios hace: amar a la gente. La fe que predicó Jesús afirma que es imposible "amar a Dios" en directo, sin que ese amor pase por un amor histórico y concreto a los que Dios ama. Fue Jesús el que nos descubrió en su profundidad que cuando se habla de amor a Dios, entonces materialmente se está hablando de amor al prójimo, del amor histórico y real a los hombres y mujeres de nuestro mundo. Esta es una de las grandes novedades que trae Jesús con respecto a Dios. No hay, ni puede haber conflicto entre los "derechos de Dios" y los "derechos del hombre".

La realidad de Dios Padre nace cuando el hombre es capaz de descubrir en el otro un hijo de Dios y un hermano suyo. Este es un dato característico de la experiencia de Dios en Jesús. El no usa la palabra Dios sin unirla concretamente al hombre. Los judíos usaban la palabra Dios justificando con ella su odio a los enemigos (Mt 5,43) y las divisiones entre

"justos" y "pecadores". Pero para Jesús Dios emerge exactamente dentro de la vida y en relación con los otros. Cada hombre vale más que todo (Mt 6,26); es más importante que la observancia del sábado (Mc 2,27), más importante que el servicio del culto (Lc 10,30-37), que el sacrificio (Mt 5,23-24; Mc 12,33), que la piedad y la observancia de las leyes (Mt 23,23). Por eso San Juan une tan maravillosamente el amor al prójimo con el amor a Dios (1 Jn 4,19-21).

Dios está presente de tal manera en el misterio del hombre, que el amor al prójimo es también amor a Dios. Por perversa que sea una persona, no consigue destrozarse la belleza que encierra en sí misma por el hecho de que Dios siempre la quiere. Es ese amor divino el que hace amable incluso al enemigo, al ingrato y al pecador.

Esto no quiere decir que para Jesús, Dios no sea lo más importante de todo. Sino que, porque Dios es amor con todos, y de una manera especial para con los marginados y despreciados, es imposible llegar a él si no es respondiendo a esa realidad de amor. Puesto que Dios es para los hombres, no puede haber culto a Dios, ni puede haber "sábado", ni nada sagrado, que no sea para los hombres, para su servicio y su promoción integral. Así es la novedad de la revelación de Jesús.

Desde Jesús, para convertirse a Dios y a su Reino, es necesario convertirse, acá y ahora, al hombre y sus problemas. El amor a Dios se hace realidad en la lucha de la liberación del hombre (Mt 25). El que sigue a Cristo toma en serio los problemas concretos del prójimo.

Como consecuencia, pues, de esta fe en el Padre, nace un nuevo tipo de comunidades de los hermanos y hermanas en el Hermano mayor que es Jesús; todos somos hijos en el Hijo, animados con la misma exclamación del Hijo Jesús; ¡Abbá!, ¡Papá de todos nosotros!

Sólo se puede saber qué es realmente un padre cuando se acepta al otro como hermano. El hermano mayor de la parábola del hijo pródigo no entiende qué es un padre porque no reconoce al otro como hermano.

Sólo en el perdón y el amor fraterno se puede conocer al Padre Dios. Una relación con Dios que pretenda ser individual y separada de todo compromiso fraterno, por más piadosa que sea, será totalmente vana e inútil: Si llamamos a Dios Padre, debemos llamar hermanos a todos sus hijos.

En el Nuevo Testamento es tan clara esta enseñanza, que bastaría meditar unas cuantas citas, que se comentan por sí mismas y entre sí. No pretendo extenderme en ellas. Es un tema bastante conocido. Solamente quiero recordarlas.

En primer lugar está el mandamiento nuevo de Jesús. El, que amó a los suyos hasta el máximo (Jn 13,1), mandó a sus discípulos que el amor de hermanos fuera parecido a su propio amor (Jn 13,35; 15,12-14.17).

San Juan comenta estas palabras de Jesús, sacando de ellas unas consecuencias muy lógicas, ¡lógicas para el amor, claro!: *"Amémonos unos a otros, porque el amor viene de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor"* (1 Jn 4,7-8). *"Amigos míos, si Dios nos ha amado tanto, es deber nuestro amarnos unos a otros... Quien ama al que le dio el ser, ama también a todo el que ha nacido de él"* (1 Jn 5,1).

Las consecuencias de esta *"religión pura y sin mancha a los ojos de Dios Padre"* (Sant 1,27), son muy serias en nuestro continente creyente y oprimido. Acá *"los huérfanos y las viudas"*, los marginados y despreciados se cuentan por millones... ¡Y decimos todos creer en Dios! ¿En qué Dios?

Jesús nos trajo la capacidad de amar de una manera nueva (Rom 5,4-5; 15,5; Ef 5,2). En la medida en que nos dejemos llevar por esta novedad, el Padre Dios irá dejando de ser un desconocido para nosotros. Sólo con Cristo seremos capaces de ser realmente hijos de Dios, hermanos todos unos con otros. Estamos destinados a ser uno solo en él, un solo cuerpo, teniéndole a él por cabeza (Ef 4,15). El es el hermano *"mayor de una multitud de hermanos"* (Rom 8,29).

Nosotros, por ahora, *"gemimos en lo íntimo a la espera de la plena condición de hijos..., pues con esta esperanza nos salvaron"* (Rom 8,23). Se trata de una esperanza que no puede defraudar, pues se apoya en el amor de Dios a toda la humanidad. Sobre este amor, absolutamente fiel, experimentado en la oración, Jesús afirma que se puede afrontar con éxito, a través de la historia, la construcción de una verdadera fraternidad.

No se podrá construir la verdadera fraternidad si no es a partir del amor del Padre. El amor del que debe estar cargada toda acción verdaderamente revolucionaria-liberadora, no se sostiene sin la experiencia alegre y dolorosa de un diálogo explícito con el Padre de Jesucristo.

Bibliografía

1. J. JEREMIAS, Abbá, pgs. 52, 71-73, 227.
L. BOFF, El Padrenuestro, Paulinas, Madrid 1982, pgs. 35, 42-44.
SANTOS SABUGAL, El Padrenuestro en la Interpretación Catequética Antigua y Moderna, Sígueme, Salamanca 1982, pgs. 57-118.
ALBERTO INIESTA, Teopraxis I, Sal Terrae, Santander 1981, pgs. 47-63: Creer en Dios Padre.
JUSTO ASIAIN, Hemos creído en el Amor, Lohlé, Buenos Aires 1981, pgs. 29-38: El Padre nos ama.
NUEVO DICCIONARIO DE TEOLOGIA, Cristiandad, Madrid 1982, pgs. 1.261-1.264: Padre: En Jesús nos atrevemos a decir "Padre nuestro".
2. J. JEREMIAS, Teología del NT., pgs. 211-218: El Padre.
JUAN MATEOS, El Evangelio de Juan, Cristiandad, Madrid 1982, pgs. 414-421. El linaje de Abrahán no es libre sino esclavo.
J. M. CASTILLO, Teología y pobreza, en Misión Abierta, Madrid nov. 1981, pgs. 153-155: ¿Padre de todos?
3. J. I. GLZ FAUS, Acceso a Jesús, Sígueme, Salamanca 1979, pgs. 169, 172-173.
J. SOBRINO, La Oración de Jesús y del Cristiano, pgs. 48-53: Amar a Dios y al prójimo un solo mandamiento.
L. BOFF, Padre Nuestro, pg. 44.
- La Experiencia de Dios, CLAR, Bogotá 1983, pgs. 68-69: Dios Padre lleva a descubrir sus hijos como hermanos.
- El Rostro Materno de Dios, Paulinas, Madrid 1979, pgs. 104-111: Dios-Madre.
J. R. GUERRERO, Experiencia de Dios y Catequesis, PPC, Madrid 1979, pgs. 244-245.
G. GUTIERREZ, Teología de la Liberación, CEP, Lima 1984, pgs. 238-252: La conversión al prójimo.
J. HDZ PICO, La Oración en los procesos latinoamericanos de liberación, en Espiritualidad de la Liberación, CEP, Lima 1982, pgs. 165-171: Llamar a Dios Padre, experiencia de liberación.
MONTSERRAR CAMPS, El Dios de Jesucristo, Barcelona 1980, pgs. 29-30: La invocación del mismo Padre nos hace hermanos.
J. L. CARAVIAS, Cristo es Esperanza, pgs. 114-119: El mandamiento de Cristo.
JOSEPH DONDEERS, Jesús el Ignorado, Lohlé, Buenos Aires 1982, pg. 109.
MARCELINO LEGIDO, Fraternidad en el Mundo, Sígueme, Salamanca 1982, pgs. 198-208: Familia de hijos y de hermanos.
J. M. GONZALEZ RUIZ, Creer es Comprometerse, Marova, Madrid 1970, pgs. 37-56: La pregunta divina de la fe: ¿dónde está tu hermano?
J. ASIAN, Hemos creído en el Amor, pgs. 95-106: Amar a los demás como Jesús nos ama.
XABIER PIKAZA, Hermanos de Jesús y Servidores de los más Pequeños (Mt 25,31-46), Sígueme, Salamanca 1984.

7

Venga a nosotros tu Reinado

El ministerio público de Jesús se centra en la proclamación solemne y decisiva para la historia del Reinado de Dios. El centro mismo de la predicación y del mensaje de Jesús es su enseñanza sobre el Reino de Dios. Jesús habla de este tema con mucha frecuencia.

Desde el principio hasta el fin, Jesús fue testimonio de este anuncio y vivió para testimoniar esta esperanza: *"Se ha cumplido el plazo.; decía; "ya llega el Reinado de Dios. Cambien de vida y tengan fe en la Buena Noticia" (Mc 1,15). Desde el comienzo "empezó Jesús a proclamar: Cambien de vida, que ya llega el Reinado de Dios" (Mt 4,17). "Recorría todos los pueblos y aldeas proclamando la Buena Noticia del Reino" (Mt 9,35; 4,23).*

El era consciente de que el Padre lo había enviado para anunciar su Reinado (Lc 4,43-44). Y esta misma tarea dio él a sus discípulos (Lc 9,1-3).

1. EL DIOS DEL REINO

Hemos visto que Jesús se dedicó preferentemente durante su vida de predicador a anunciar la Buena Noticia de un Dios Padre, enteramente bueno para con todos, y de una manera muy especial para con los despreciados de este mundo.

Esta paternidad, según Jesús, ha de llegar a realizarse efectivamente sobre toda la humanidad. Todos hemos de llegar a vivir realmente como hijos de Dios. El Reinado de su amor es una realidad que ya se comienza a vivir, aunque aún le falta mucho para llegar a su plenitud. ¡Pero llegará!

El Reino de Dios y el Dios del Reino son los dos temas preferentes de Jesús, que en el fondo no son sino uno, pues todo el anuncio del Reino depende de la nueva imagen del Padre que presenta Jesús. El amor del Padre se concentra en la realidad incipiente pero ya en marcha del Reino. El "Abbá" de Jesús es el Dios del Reino.

El Reino da razón del ser de Dios como Abbá y la paternidad de Dios da fundamento y razón de ser al Reino. Jesús cree y predica que no se llega a Dios fuera de la búsqueda dolorosa del Reino y que no hay Reino posible sino en la paternidad de Dios.

La experiencia de la unión Abbá-Reino constituye toda la clave de lo que Jesús personalmente vivía, todo el horizonte de lo que Jesús predicó y todo el sentido del discipulado que, para Jesús, parece no ser más que una introducción a esta experiencia. El que quiera seguir a Jesús tiene que poner su corazón en la dualidad inseparable Abbá-Reino. Porque hemos aprendido a llamar a Dios "Padre nuestro", por eso confesamos y pedimos la venida de su Reino, pero no sólo de palabra, sino de una manera vivencial, comprometiéndonos en la construcción de ese Reinado. Compromiso que ha de ser como el de Jesús y con Jesús.

Jesús no predicó simplemente a "Dios", tomado en un sentido abstracto. Lo último para Jesús es Dios en su relación con la historia de los hombres, concretada como Reinado de Dios. El busca construir una historia que sea según Dios. Por ello podemos afirmar que lo que da sentido a la vida, actividad y destino de Jesús es el Reino de Dios. Lo último para Jesús es la voluntad realizada del Padre.

Lo más original del mensaje de Jesús es justamente la unión indisoluble entre el Abbá y el Reino. Un escrito muy antiguo conserva un dicho de Jesús que dice así: "Quien conozca a Dios encontrará el Reino, porque conociendo a Dios se conocerán a ustedes mismos y entenderán que son hijos del Padre". Ciertamente es imposible conocer a Dios sin el Reino. Quien no se esfuerza por entrar en el Reino no ha conocido a Dios, sino a un ídolo. Conocer a Dios como Padre es conocerse como ciudadano del Reino.

2. SIGNIFICADO DEL REINO DE DIOS

En primer lugar aclaremos que la palabra Reino no se refiere a ningún territorio concreto. Más exactamente deberíamos decir Reinado de Dios, pues a lo que Jesús se refiere es al poderío de la acción divina en este mundo, que va transformando lo viejo en

nuevo, lo injusto en justo y lo enfermo en sano, y que seguirá actuando así hasta que llegue a cumplirse su voluntad en todas las cosas.

El Reino de Dios no es, pues, algo estático, ya hecho, sino algo dinámico, que está sucediendo y que crece con fuerza (Mc 9,1-2).

a) El Reino de Dios es Buena Noticia para los pobres

Para entender lo que Jesús entendía por Reino de Dios hay que tener en cuenta que él predicó su mensaje a un pueblo que vivía de las ideas y tradiciones del Antiguo Testamento. Cada uno a su modo, todos esperaban la venida del Reino de Dios: los fariseos en la fiel observancia de la Ley; los esenios, en el retiro del desierto; los zelotes, por la violencia revolucionaria. Era una esperanza común, heredada del pasado, pero agudizada por la situación presente. En ellos el Reino de Dios tenía aspectos muy nacionalistas, políticos y un tanto interesados. Jesús, partiendo del Antiguo Testamento, le da al Reino un significado distinto.

Los "pobres de Yavé" deseaban la venida de un rey, que por fin implantaría en la tierra el ideal de la verdadera justicia (Sal 45;72; Is 11,3-5; 32,1-3. 15-18). La justicia de este rey esperado consistiría en defender eficazmente al que por sí mismo no puede defenderse. *"Que él defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador... El librárá al pobre que pide auxilio, al afligido que no tiene protector; él se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres; él vengará sus vidas de la violencia, su sangre será preciosa a sus ojos"* (Sal 72 4. 12-14).

Por eso, cuando Jesús dice que ya llega el Reino de Dios quiere decir que por fin se va a implantar la situación anhelada por los marginados y despreciados del mundo; por fin se va a realizar la justicia según Dios para todos los desheredados de la tierra, para los pobres, los oprimidos, los débiles, los indefensos. Por eso dice Jesús que el Reino es para los pobres (Lc 6,20), para los pequeños (Mt 5,19), para los niños (Mc 10,14), o sea, para todos los que la sociedad margina y desestima.

Cuando Jesús anuncia que el Reino de Dios se acerca para esos pobres (Mt 11,5; Lc 4,18), y no para los "justos", hace una primera afirmación importante sobre lo que significa que el Reino de Dios se acerca: Y este modo de acercarse el Reino es lo que produce escándalo (Mt 11,6): que Dios dé una esperanza a los que nunca la tuvieron.

Pero el Reino de Dios no es sólo una esperanza para los pobres, al saberse amados por Dios. Está claro que Jesús no se limitó a anunciar el amor escandaloso y parcial de Dios hacia los pobres, sino que trató también de liberarlos de su miseria real.

En primer lugar, Jesús ejerció una actividad liberadora con sus milagros y exorcismos. Ellos no son sino una *"señal de que ha llegado el Reinado de Dios"* (Mt 12,28). Son señales de la presencia del Reino. Son obras en favor de quien está en necesidad. El poder del bien triunfa sobre los poderes del mal; y eso justamente es el Reinado de Dios.

En segundo lugar, Jesús promueve la solidaridad entre los hombres, pero no de forma genérica, sino históricamente situada. Combate en concreto la falta de solidaridad en su sociedad y, como contrapartida, se acerca a aquellos a quienes la sociedad ha marginado: conversa con ellos, come con ellos, los defiende y los alaba. Así va creando una nueva conciencia colectiva de solidaridad.

En tercer lugar, Jesús denuncia toda acción, actitud o estructura que mantenga a los hombres divididos en lobos y corderos, en "orgullosos" y "despreciados". Condena a los ricos que sólo buscan consuelo (Lc 6,24). Llama "necio" al rico agricultor que se goza egoístamente en la abundancia de su cosecha (Lc 12,16-21). Condena al rico Epulón, que no sabe compartir con el necesitado (Lc 16,19-31). Y en nombre del Padre llama "malditos" a todos los que no se preocupan de las necesidades vitales del prójimo (Mt 25,41-45). *"¡Con qué dificultad entran en el Reino de Dios los que tienen el dinero!"* (Lc 18,24), pues *"nadie puede servir a Dios y al dinero"* (Mt 6,24). Según Jesús, la única forma de hacer justa *"la riqueza injusta"* (Lc 16,9), es dándola a los pobres (Mt 19,21; Mc 10,21; Lc 18,22).

Por último, Jesús vive él mismo y propone la práctica del amor como ley de vida en el Reino. De ello hemos hablado en capítulos anteriores. El Reino se construye en la medida en que vivimos el amor fraterno. Y amándonos como hermanos, nos sabemos amados por Dios mismo. Un mundo según Dios tiene que ser un mundo según el amor, pues *"Dios es amor"* (1 Jn 4,7).

El Reino de Dios es, pues, reino de justicia, de vida, de verdad y de amor. Por eso se anuncia a aquellos que menos tienen de estos valores. Y en esto consiste la novedad del anuncio de Jesús: en que los pobres vuelven a la vida, a la justicia y a la dignidad del amor fraterno. Sólo desde la parcialidad de Dios hacia los sin vida se garantiza que Dios sea un Dios de vida para todos.

La razón del privilegio de los pobres no se encuentra en ellos mismos, sino en la forma de ser de Dios y en la manera como él quiere ejercer su realeza en favor de los débiles y desamparados. Dios quiere garantizar a través del Reino el derecho de los hombres que son incapaces de hacerlo valer por sí mismos. Como Rey justo, Dios no puede ser otra cosa que el protector de los desvalidos.

b) Para entrar en el Reino de Dios hay que cambiar de vida.

Para que podamos creer en la Buena Noticia del Reinado de Dios, Jesús llama a conversión, o sea, a cambiar el modo de pensar y de actuar (Mc 1,15), pues según el modo de pensar del mundo es imposible entender, ni menos aún vivir, el Reinado de Dios. Es necesario un cambio profundo del corazón para poder conocer y encontrar al Dios verdadero, el Dios de Jesús. Convertirse es, pues, volverse al verdadero Dios.

El hijo perdido de la parábola se encontró a sí mismo cuando a partir de su miseria encontró en su propio interior la bondad del Padre (Lc 15,11-32). Sólo el calor de la casa del Padre, sólo el poder de su amor que anida en el corazón del hombre, nos puede dar coraje para enfrentarnos con nuestra vida, de manera que cambiemos de forma de pensar y de actuar.

Para participar, pues, en el Reinado de Dios, hay que hacer un gran esfuerzo personal; hay que hacerse violencia (Mt 11,12). "*Forcejeen para abrirse paso por la puerta estrecha*" (Lc 13,24). Esta es tarea difícil, pero posible, ya que nunca estaremos solos en este esfuerzo personal: El Espíritu de Jesús está siempre fortaleciendo nuestra debilidad (Rm 8,26). Pero a nadie se le perdona el esfuerzo de vencerse a sí mismo y llevar su cruz para poder seguir a Jesús. El que no lo haga no es digno de él (Mt 10,38).

Para entrar en el Reino hay que aprender a pensar y a actuar según Dios. Hay que convertirse a un nuevo modo de ser ante Dios y ante la novedad anunciada por Jesús. Y ello no se hace sin dolor: hay que aprender a cargar esta cruz. Hay que superar crisis muy reales para poder decidirse por el nuevo orden de cosas que trae Jesús y que ya comienza a estar dentro de nosotros mismos (Lc 17,21). Hay que estar dispuestos a perderlo todo con tal de adquirir esta piedra preciosa (Mt 13,45-46). El Reinado de Dios está antes que la propia familia (Mt 10,37). Es más importante que nuestros ojos, nuestras manos (Mc 9,43), y que nuestra propia vida (Lc 17,33).

La exigencia de conversión hecha por Jesús es sumamente dura y exigente: "*Si no cambian, todos ustedes perecerán*" (Lc 13,5). El desastre se aproxima y ésta es la última

hora para convertirse (Mt 24,37-44). El hacha está colocada en la raíz del árbol y si no da fruto, será cortado (Lc 13,9). Si no hay conversión, el dueño de la casa cerrará la puerta, y los atrasados habrán de oír estas palabras: *"No sé quiénes son ustedes"* (Lc 13,25); ya es tarde para abrirles la puerta del Reino (Mt 25,11).

El convite del Reino es para todos. La mayoría, sin embargo, se encuentra atareada de tal forma en sus quehaceres, que rechaza la invitación de Jesús para la fiesta (Lc 14,16-24). El que se decide por la novedad de Jesús sólo debe mirar hacia adelante; el pasado quedó atrás (Lc 9,62). La opción por seguir a Jesús no puede quedar a medio camino (Lc 14,28-32). La decisión es muy seria. Decir que "sí" de boca es cosa fácil; lo importante es realizar la voluntad del Padre (Lc 6,46). Caso contrario, la última situación del hombre es peor que la primera (Mt 12,43-45).

La conversión misma es como el traje de una novia, como la cabeza perfumada (Mt 6,17), como la música y la danza (Lc 15,25), como la alegría del hijo que regresa a la casa paterna (Lc 15,32).

c) En el Reino de Dios se construye una nueva sociedad

La predicación de Jesús sobre el Reinado de Dios no se dirige sólo a las personas exigiéndoles conversión. Se dirige también al mundo de las personas. El Reino de Dios busca la construcción de una sociedad digna del hombre, pues sólo así será digna del Padre de todos los hombres: Una sociedad en cambio hacia la verdadera fraternidad, la igualdad y la solidaridad entre todos. Una sociedad, además, en la que si alguien es privilegiado o favorecido, ese sea precisamente el débil y el marginado. De aquí que el Reinado de Dios, tal como lo presenta Jesús, representa la transformación más radical de valores que jamás se haya podido anunciar. Porque es la negación y el cambio, desde sus cimientos, del sistema social establecido.

El sistema actual, como sabemos de sobra, se basa en la competitividad, la lucha del más fuerte contra el más débil y la dominación del poderoso sobre el que no tiene poder (Mc 10,42). Frente a eso Jesús proclama que Dios es Padre de todos por igual, y por ello todos somos hermanos con la misma dignidad y los mismos derechos. En toda familia bien nacida, si a alguien se le privilegia, es precisamente al menos favorecido, al enfermo, al indefenso. Este es el ideal de lo que representa el Reinado de Dios en la predicación de Jesús.

Este proyecto de Dios no se puede implantar por la fuerza. Tiene que realizarse poco a poco mediante la conversión de las mentes y los corazones. El Reino de Dios se va haciendo realidad en la medida en que haya hombres y mujeres que cambien radicalmente su propia mentalidad, su escala de valores, su apreciación práctica y concreta por el dinero, el poder y el prestigio. Este proyecto sólo es realizable a partir de pequeñas comunidades, comunidades de base, que se ponen a vivir en concreto el ideal evangélico de una plena igualdad fraterna, impulsados por la libertad de sentirse hijos de Dios.

Pero Jesús no se contenta con vivir él y sus comunidades los valores nuevos del Reino de Dios. El, además, desenmascara y denuncia a todos y a todo lo que oprime al hombre. La comunidad de Jesús jamás se comporta como un grupo que se encierra en sí mismo para vivir aislados sus propios valores. Los seguidores de Jesús han de ser *"luz del mundo"* (Mt 5,14) y *"sal de la tierra"* (5,13). *"El Reinado de Dios se parece a la levadura... que acaba por fermentarlo todo"* (Lc 13,21). A todo ha de llegar el orden del Padre Dios, al mundo material, a todo lo humano, a todo lo espiritual. Con Jesús comenzó ya el fin de este viejo mundo actual y todas sus estructuras de pecado.

El Reino de Dios que Jesús anuncia y hace presente no coincide sólo con la liberación de éste o de aquel mal, de las injusticias, de la opresión o sólo del pecado. El Reinado de Dios tiene que abarcarlo todo: mundo, hombre, sociedad. Toda la realidad ha de ser transformada por Dios.

El Reino es como una pequeña semilla que se va desarrollando poco a poco, pero con firmeza (Mc 4,30-35); semilla buena, pero que por ahora crece junto a la mala hierba (Mc 13,24-30). Este crecimiento del Reino se realiza continuamente a través de los pequeños triunfos de liberación que se efectúan a través de la historia.

En el apartado 5 de este capítulo seguiremos profundizando en el futuro de la nueva sociedad, que ya se está construyendo a lo largo de la historia. El Reino de Dios es un proceso que empieza en la historia y que acabará en la escatología final. Jesús anuncia un triunfo final, pero ese triunfo se va anticipando en la historia concreta de cada día. Por ello a cada liberación parcial realizada en la historia se le abre el horizonte del triunfo total, cuando el Reinado de Dios haya llegado a su plenitud. El Reino de Dios "ya" está en medio de nosotros, pero "todavía no" se ha completado su construcción.

3. EL REINO DE DIOS NO ES ANUNCIADO A TODOS

El Reino no es proclamado a todos. No por decisión de Jesús, sino por la esencia misma del Reino. No se trata tanto de que Jesús establezca diferencias entre hacerse oír por unos o por otros, aunque a veces parece que sí hace estas diferencias (Mc 4,10-12). Pero lo básico está en que el Reino mismo no puede ser predicado indistintamente como Buena Noticia para todos. Según Jesús el Reino está destinado a los pobres; es de ellos; les pertenece. Sólo para ellos será causa de alegría. Y, de acuerdo con Jesús, la línea divisoria entre la alegría y la pena que habrá de producir el Reino pasa entre pobres y ricos.

Las bienaventuranzas de Jesús están dirigidas exclusivamente a los pobres, llorosos y hambrientos (Lc 6,22-23). Pero el Reino de Dios es una mala noticia -la causa de un "¡ay!"- para *"los ricos"*, *"los que ahora están satisfechos"*, *"los que ahora ríen"* (Lc 6,24-25). La venida del Reino significa el fin de estos privilegios. Para estas personas el Reino no puede ser una Buena Noticia si es que no están dispuestas a un cambio profundo de mentalidad y de vida. Por ello Jesús prevé que el anuncio del Reino había de ser motivo de escándalo para algunos. Con toda razón Jesús mismo concluye la cita de Isaías *"los pobres son evangelizados"* con *"dichoso el que no se escandalice de mí"* (Lc 7,23 y Mt 11,6). Los que se escandalizan y se indignan son los despreciadores de los pobres, pues están convencidos de que *"esa gente, que no entiende de la Ley, están bajo la maldición de Dios"* (Jn 7,49).

El Reino viene para los pobres y para hacerlos felices. Y esta noticia no puede sino ser mala para aquellos a quienes el Reino encuentre egoístamente apegados a "sus" riquezas. Sólo la conversión a la causa del pobre podrá hacer que los valores del Reino sean ocasión de alegría para ellos. Pero el caso es que muchos de ellos no quieren cambiar, ni quieren tampoco que cambien los pobres. *"Viendo no ven y oyendo no entienden"* (Lc 8,10). *"Escuchan sin oír ni entender"* (Mt 13,14), pues en el fondo no quieren *"ni convertirse, ni que yo los cure"* (Mt 13,15), dice Jesús.

Los opresores, los orgullosos, los ricos egoístas no sirven para el Reino. En Israel muchos de ellos se consideraban "justos" ante Dios. La actitud de Jesús le llevó a un serio conflicto con ellos, de tinte político-religioso. Hablaremos de esto en el capítulo octavo.

Pero digamos ahora que la exclusión es tan radical que Jesús previene a sus seguidores para que se cuiden de inficionarse del veneno de los excluidos del Reino. Jesús exige con insistencia a sus discípulos la comprensión del mecanismo de opresión ideológica y religiosa que aparta del Reino. Hay que conocer "los misterios del Reino" para aprender a desenmascarar y dismantelar todo mecanismo ideológico-religioso opresor.

Es necesario conocer "los secretos del Reino" para poder guardarse de una mentalidad opuesta y errónea, propia de los enemigos del Reinado de Dios. *"Atención, cuidado con la levadura del pan de los fariseos y con la de Herodes"* (Mc 8,15). Los discípulos han de estar atentos para no dejarse engañar por la mentalidad opuesta al Reino, por más que ciertos fariseos y gobernantes la pinten de lindos colores religiosos.

4. LO QUE NO ES EL REINO

De todo lo dicho hasta ahora se desprenden algunas consecuencias negativas importantes, pues a veces hay quienes llaman Reino de Dios a lo que nada tiene que ver con él y hasta a proyectos contrarios al Reino.

En primer lugar hay que afirmar que el Reinado de Dios, tal como lo presenta Jesús, no es el resultado de aplicar y vivir al pie de la letra la ley religiosa de Israel. Ni es el resultado de una práctica fiel y observante de obras religiosas: el culto, la piedad, los sacrificios... Jesús no se refiere a eso en su predicación. Con lo cual defraudó las ideas y aspiraciones de muchos hombres de su pueblo y de su tiempo.

Jesús no creó comunidades de puros y santones, sino de creyentes, conscientes de su pecado y del amor sin límites del Padre. Ellos no expresan su fe en obras legales, sino en una nueva mentalidad y en actitudes sinceras.

En segundo lugar: el Reino que predica Jesús no es el reino del poder. Cuando el diablo le ofreció el poder terreno, él rehusó en seguida (Mt 4,8-10). Cuando el pueblo quiso nombrarlo rey, él huyó hacia el monte (Jn 6,15). Cuando Pilato le preguntó si él era rey, Jesús contestó: yo no soy rey de este mundo como ustedes; mi poder es diferente (Jn 18,36). El poder de Jesús no es el de este mundo corrompido. En este mundo no se respeta a la gente porque sea gente; se les respeta por su plata, por su puesto, porque usa uniforme o lleva condecoraciones, o por el color de su piel. En cambio Jesús cuando le preguntaron quién era más importante, él abrazó a uno de esos niños malolientes y sucios de la calle y dijo: éste (Lc 9,46-48).

Jesús sufrió durante su vida la tentación del poder (Lc 4,1-13). La tentación consistía en reducir la idea del Reinado universal y total de Dios. Reducir el Reino a una forma concreta de dominación política: la tentación en el cerro desde donde el diablo le mostró los reinos del mundo. Reducir el Reino al poder religioso: la tentación en el

pináculo del templo. O reducirlo a la satisfacción de las necesidades fundamentales del hombre: el transformar las piedras en pan. Eran tres tentaciones del poder que correspondían a los tres modelos del Reino que esperaba la gente de entonces. De acuerdo con ellos, Jesús se vio tentado de usar su poder para imponer la transformación radical de este mundo. Pero nunca se dejó llevar de estos deseos, pues en ese caso hubiera manipulado la voluntad de los hombres y les habría quitado la responsabilidad de construir un mundo justo de hermanos.

Jesús se negó rotundamente a inaugurar un reino de poder. El encarna el amor y no el poder de Dios en el mundo; mejor dicho, hace visible el poder propio del amor de Dios, que consiste en construir un mundo fraterno sin tener que forzar a nadie y sin quitarle a nadie su responsabilidad. Jesús rechaza todo poder dominador como algo propio del diablo.

Por todo ello podemos concluir que el Reinado de Dios predicado por Jesús no coincidía con las ideas nacionalistas que tenían entonces algunos israelitas, como los zelotes. Y nadie podrá jamás identificar con justicia el Reino de Dios con ninguna situación socio-política determinada. Ningún partido político tiene derecho a llamarse "cristiano", pues el proyecto del Reino de Dios es mucho más grande que todos ellos. No hay proyecto político que se iguale al ideal predicado por Jesús. El Reino de Dios va mucho más lejos que ningún proyecto humano.

De aquí que sea absolutamente imposible implantar el Reino de Dios por medio de la fuerza de las armas o el poderío de los ejércitos. El Reinado de Dios no consiste en una especie de golpe militar, que por la fuerza haga que las cosas cambien. Todo eso no tiene que ver absolutamente nada con el Reinado de Dios.

Con toda razón dijo Jesús: "*Mi Reino no es de este mundo*" (Jn 18,36). No quiere decir Jesús que su Reino sea del "otro mundo". Lo que quiere decir es que su Reino no es de este "sistema", de este "orden establecido". Su Reino no tiene nada que ver con los medios, ni con los fines, ni con los intereses de este mundo, mundo de mentira explotación e injusticia. Su Reino es de la verdad, de la justicia, de la libertad, y está ya en esta vida, chocando contra los intereses y privilegios creados por este mundo que se resiste a desaparecer.

5. CONSTRUIR EL PRESENTE DESDE EL FUTURO

Para nuestra mentalidad el presente es siempre un resultado del pasado, y son el pasado y el presente los que determinan un futuro u otro. Para Jesús, por el contrario, el futuro de Dios tiene prioridad, y es la certeza del triunfo del futuro lo que determina el comportamiento humano.

Jesús habla del presente del Reino como de un futuro que se aproxima al hombre, de tal manera que presente y futuro están unidos íntimamente entre sí.

Lo que da sentido a la vida del hombre no es su situación actual, sino lo que está llamado a ser. Al afirmar que el Reino de Dios está ya en medio de nosotros, Jesús dice que el triunfo futuro está ya en condiciones de actuar en el corazón del hombre como una realidad presente salvadora.

El Reino de Dios está ya entre nosotros porque el futuro ha comenzado ya con Jesús. Los hijos de Dios tienen ya lo futuro en sus corazones, aunque el mundo visible parezca que no varía, porque el grano de mostaza es mínimo con relación al árbol frondoso que está llamado a ser. A partir del futuro la realidad presente adquiere todo su sentido. Jesús descubre la importancia del momento presente en relación con la plenitud final del Reino. Dios es para Jesús el poder del futuro actuando ya en el presente.

Jesús anuncia con toda decisión el triunfo final de la causa de Dios. El futuro pertenece a Dios. Su Reinado no ha de quedarse en el inicio actual: llegará a su implantación definitiva y total. Es desde esta esperanza desde la que el hombre debe luchar en el presente. Desde esta esperanza el mundo y la sociedad actuales deben ser interpretados y cambiados. Jesús no quiso dar enseñanzas sobre el fin. El nos enseña a abrirnos al futuro de Dios por medio de posibilidades siempre nuevas que florecen en el acontecer diario.

El hombre de fe no vive instalado en un presente que no cambia, temerosos siempre de un futuro que cuestione sus seguridades. El creyente en Jesús está en actitud constante de abertura hacia el futuro, viviendo el presente como liberación de sucesos que pertenecen al futuro del Reino. En la experiencia de su fe sabe que "Dios viene" (Ap 1,4), más, que "Dios existe". El hombre que se cierra frente al futuro aborda el sentido de su existencia, que está en "el poder del futuro", es decir, en Dios.

Es característico de Jesús su poco interés por el pasado pecaminoso de una persona. El no condena a nadie; solo le interesan las posibilidades de futuro que la conversión tiene en el presente.

Jesús anunció un Reino futuro, cosa que ya había hecho mucha gente. Pero lo original en él fue anticipar ya el futuro, convirtiéndolo en realidad comenzada.

El Reino anunciado por Jesús tiene un doble aspecto. Por un lado proclama la esperanza del triunfo absoluto de Dios; por otro, abre caminos en el presente. Si predicase sólo el triunfo futuro sin su anticipación dentro de la historia, estaría alimentando ilusiones vanas; si sólo buscara liberaciones parciales, sin perspectiva de totalidad y de futuro, frustraría esperanzas y caería en un inmediatez sin consistencia. Jesús mantiene esta doble tensión: por un lado, el Reino está ya en medio de nosotros, fermentando al viejo mundo; por otro, el Reino es todavía futuro, es objeto de esperanza y de construcción conjunta del hombre y de Dios. Por un lado anuncia la liberación total de la historia; por otro, anticipa la totalidad en un proceso de pequeñas liberaciones concretas, siempre abiertas a la totalidad.

El Reino de Dios jamás se identifica con las estructuras del mundo, pero está metido dentro de ellas y se desenvuelve en ellas como un proceso. No coincide totalmente con ninguna alternativa histórica concreta: se sitúa siempre adentro y siempre más allá, abierto hacia adelante. Dios está constantemente delante de nosotros llamándonos a más. Ello le da al cristiano una esperanza sumamente atrevida, audaz y valiente, y le pone más allá de todo cambio y de toda revolución.

La meta puesta por Dios a todo este proceso es *"llevar la historia a su plenitud: hacer la unidad del universo por medio del Mesías, de lo terrestre y de lo celestial"* (Ef 1,10). Todo ha de quedar sometido a Cristo (1 Cor 15,28). El mundo, aplastado por la fuerza del pecado, dejará de existir cuando en él todo pertenezca a Cristo, o sea, cuando el amor imponga por completo su ley. Entonces se habrá restaurado el orden de la creación, ocupando Dios su primacía absoluta. Ya no habrá sitio para el pecado. Siendo ya todo de Dios, el mundo presente, regido por el pecado, dejará de existir, para dar paso a un mundo nuevo, donde reine a plenitud la fuerza del amor. Dios reinará como Padre verdadero y Jesús resucitado, nuestro hermano, será todo en todos. Es esta una esperanza inquebrantable, incapaz de defraudarnos (Rm 5,4). La plenitud del Reino es *"una magnífica esperanza"* (2 Tes 2,17), pues *"estaremos siempre con el Señor"* (1 Tes 4,17), felices para siempre con él (Jn 16,22-24; 17,24).

"De acuerdo con su promesa, aguardamos un cielo nuevo y una tierra nueva en los que habite la justicia" (2 Pe 3,13).

6. UNA IGLESIA PARA EL REINO

Decir Iglesia no es lo mismo que decir Reino de Dios. No son dos realidades exactamente iguales, pero están íntimamente ligadas entre sí, pues la Iglesia tiene que anunciar y hacer presente el Reino de Dios entre los hombres. Según palabras del Concilio Vaticano II, ella *"constituye en la tierra el germen y el principio del Reino"* (L.G. 5). *"Este Reino, sin ser una realidad desligable de la Iglesia, trasciende sus límites visibles, porque se da en cierto modo dondequiera que Dios esté reinando mediante su gracia y su amor"* (Puebla 226).

Para comprender, pues, lo que es la Iglesia, es necesario haber comprendido previamente lo que es el Reino de Dios. La Iglesia tiene que acomodarse al Reino de Dios y hacerlo presente entre los hombres. Por lo tanto, la Iglesia es lo que tiene que ser en la medida en que ella misma vive la realidad del Reino y así lo hace presente en el mundo y en la sociedad. Y, por el contrario, una Iglesia que no viva el Reino de Dios no puede ser la verdadera Iglesia que Jesús quiso.

La misión de la Iglesia se realiza no sólo desde el Reino de Dios, sino más concretamente desde la cercanía de ese Reino. El único camino para aprender cómo se sirve históricamente a la cercanía del Reino es el seguimiento de Jesús, y no su mera imitación mecánica. De Jesús aprende la Iglesia que Dios es "mayor" que cualquier conflicto histórico de ella misma; y que Dios es también "menor", porque su rostro aparece en los más pequeños y oprimidos.

Siguiendo a Jesús aprende que el pecado tiene nombres concretos en la historia, y se manifiesta no sólo en el individuo, sino en la sociedad también. Siguiendo a Jesús comprende la Iglesia que la praxis del amor es lo más importante que tiene que realizar; y que ese amor tiene que ser eficaz, realmente transformador, y por ello debe llegar no sólo a las personas, sino a la sociedad como tal, a las mayorías oprimidas; es decir, debe ser justicia. El seguimiento de Jesús es parcial hacia los pobres y oprimidos; y para poderlo realizar al estilo de Jesús hay que estar dispuesto a cambiar, a convertirse, a pasar por una ruptura, a dejar a Dios ser Dios. Hay que estar dispuesto a la entrega, al sacrificio, a la persecución, a dar la vida propia y no guardarla para sí.

Dentro de este cauce del seguimiento de Jesús la Iglesia va aprendiendo desde su interior, con riesgos y equivocaciones, qué mediaciones concretas acercan hoy más al Reino de Dios; qué sistemas sociales, económicos y políticos hacen más iluminadora la cercanía del Reino; dónde aletea el Espíritu de Jesús, si en los centros de poder o en el rostro de los oprimidos; dónde comprender el misterio de Dios, o desde lo que sea poder o desde lo que sea pobreza. Se trata de aprender de Jesús cómo vivir, cómo ser Iglesia en la fe de que el Reino se acerca; y en esa cercanía se debe transformar el hombre y la sociedad. Y la cercanía del Reino se entiende en la cercanía a Jesús, en su seguimiento.

Bibliografía

1. J. R. GUERRERO, El Otro Jesús, pgs. 133-135.
J. M. CASTILLO, Iglesia Comunidad y Liberación, Cuenca del Ecuador 1984, pgs. 28-30: El centro de la predicación de Jesús.
J. JEREMIAS, Teología del N.T., pgs. 119-120: La "basileía" como tema central de la predicación pública de Jesús.
J. I. GLZ FAUS, Acceso a Jesús, pgs. 46-49: La inseparabilidad Abbá-Reino; pgs. 56-57.
J. SOBRINO, Jesús en AL., pgs. 132-136: ¿Qué es lo último para Jesús?
E. SCHILLEBEECKX, La Historia de un Viviente, Cristiandad, Madrid 1983, pgs. 128-141: Soberanía de Dios para los hombres.
C. H. DODD, Las Parábolas del Reino, Cristiandad, Madrid 1974, pgs. 42-82.
S. SABUGAL, El Padrenuestro, pgs. 157-215: Venga tu Reino.
GASPAR MORA, Praxis cristiana I, Paulinas, Madrid 1980, pgs. 114-116: Reinado de Dios - Dios Padre.
2. J. M. CASTILLO, Iglesia Comunidad y Liberación, pgs. 30-33: Significado del Reino; 35-39: La nueva sociedad.
J. SOBRINO, Jesús en AL., pgs. 144-151; 171-173; 226-230: El R. de D. es para los pobres y desclasados.
- Significado actual del Reino de Dios anunciado por Jesús, en Diakonía 26, Managua junio 1983, pgs. 94-110.
H. ECHEGARAY, La Práctica de Jesús, pgs. 168-188: El anuncio del R. a los pobres.
J. R. GUERRERO, El otro Jesús, pgs. 136-138: El R. de D. es universal.
L. BOFF, Jesucristo el Liberador, Bogotá 1977, pgs. 82-88: El R. de D. implica revolución en el modo de pensar y actuar.
- Jesucristo y nuestro futuro de liberación, Indo-American, Bogotá 1978, pgs. 24-25: La utopía de la absoluta liberación, Indo-American, Bogotá 1978, pgs. 24-25: La utopía de la absoluta liberación y sus anticipaciones históricas.
CLODOVIS BOFF, Libertad y Liberación, Sígueme, Salamanca 1982, pgs. 101-169: La sociedad y el Reinado.
A. NOLAN, ¿Quién es este hombre?, pgs. 75-83: El Reino de Dios.
E. LOHSE, Teología del NT., pgs. 41-48: El Reinado de Dios.

- HOAC, Jesús de Nazaret, pgs. 119-126: Qué es el R. de D. para Jesús.
- FRANCISCO LOPEZ - MELUS, Las Bienaventuranzas, Zaragoza 1982, pgs. 125-140: Las bienaventuranzas, ley del R. de D.
- G. GUTIERREZ, Teología de la Liberación, pgs. 216-222: Progreso temporal y crecimiento del R.
- J. L. SICRE, La esperanza de Jesús, en Misión Abierta, nov. 1982, pgs. 104-110.
- A. PATIN, La Aventura de Jesús de Nazaret, pgs. 109-115: El proyecto de Jesús.
- MILAN MACHOVEC, Jesús para Ateos, Sígueme, Salamanca 1976, pgs. 82-119: El mensaje de Jesús.
- MANUEL DIAZ MATEOS, Cristo y el Reino, en Cuadernos de Espiritualidad 17, Lima 1981, pgs. 11-18.
- J. H. PICO, La lucha por el Reino don del Padre, en Espiritualidad de la Liberación, pgs. 171-180.
3. J. L. SEGUNDO, El Hombre de Hoy ante Jesús de Nazaret, II/1, 127-133; 206-207.
4. J. R. GUERRERO, El otro Jesús, pgs. 136-137.
- J. M. CASTILLO, Iglesia Comunidad y Liberación, pgs. 37-38: Lo que no es el Reino.
- J. DONDEERS, Jesús el Ignorado, pgs. 44-47: El y su Reino.
- L. BOFF, Liberación de Jesucristo por el camino de la opresión, en la Nueva Frontera de la Teología en AL., pgs. 111-112: La tentación de Jesús: regionalizar el Reino.
- J. I. GLZ FAUS, La Teología de cada Día, Sígueme, Salamanca 1977, pgs. 53-57: El R. de D. y el poder.
- Cristianos en una Sociedad Violenta, Sal Terrae, Santander 1980, pgs. 185-194: La Buena Noticia de Jesús ante la mala noticia de un mundo violento.
- A. NOLAN, ¿Quién es este hombre?, pgs. 85-90: El R. y el dinero; 91-98: El R. y el prestigio; 113-119: El R. y el poder.
5. J. R. GUERRERO, el otro Jesús, pgs. 142-144, 173.
- HANS KUNG, 20 Tesis sobre Ser Cristiano, Cristiandad, Madrid 1977, pgs. 30-32.
- E. SCHILLEBEECKX, La Historia de un Viviente, pgs. 132, 139.
- HUGO ASSMANN, Teología desde la praxis de la Liberación, Sígueme, Salamanca 1973, pgs. 154-156: R. de D. y proyecto histórico de liberación.
6. J. M. CASTILLO, Iglesia Comunidad..., pgs. 27-40: La Iglesia y el Reino de Dios.
- La Iglesia y el Evangelio, Granada 1985, pgs. 89-98: El Evangelio no delimita a la Iglesia; 99-120: El amor a la Iglesia.
- J. SOBRINO, Jesús en AL., pgs. 152-155.
- J. I. GLZ FAUS, Memoria de Jesús..., pgs. 221-225: El R. que no es de este mundo.
- E. LOHSE, Teología del NT., pgs. 63-66: El pueblo de Dios; 162-166: La Iglesia.

8

Jesús desenmascara las falsas divinidades

Todo hombre o mujer de buena voluntad busca el rostro del verdadero Dios, el Dios viviente, que da vida. Pero la tarea no es fácil. Se trata de saber distinguir entre el Dios verdadero y los falsos dioses, en cuyo nombre multitud de idólatras dan muerte al hombre. Este es el problema que todos enfrentamos: ¿cuál es el Dios de Jesús, Dios de vida?; ¿cuáles son las falsas divinidades, en cuyo nombre se da muerte? Jesús no solamente predicó al Dios verdadero. También combatió y desenmascaró toda imagen falsa de Dios. Quizás nosotros muchas veces nos fijamos sólo en la primera parte, sin prestar atención a la segunda. Con lo que corremos el riesgo de intentar apoyarnos también nosotros en falsas divinidades. Al Dios verdadero se le conoce también por contraste con las falsas divinidades.

1. EL DIOS DE JESUS ES CONFLICTIVO

El Dios en el que creyó Jesús era muy distinto al Dios de la religión oficial de su tiempo. La experiencia de Dios que tuvo Jesús hacía saltar los esquemas religiosos de su época, los tabúes, las normas legales y los grupos sociales. Su revelación de Dios fue un escándalo tan grande para muchos de sus contemporáneos, que le llevó a la muerte; ellos creían que Jesús hablaba ignominiosamente de su Dios.

Más tarde, los primeros seguidores de Jesús no tendrían inconveniente en que se les llamase "ateos", porque verdaderamente ellos no creían en los dioses de la religión oficial. También en nuestros días el seguidor de Jesús sufre un choque cuando descubre la cercanía, la fuerza, la "debilidad", la libertad y la comprensión del Dios de Jesús, frente a la intransigencia, la lejanía, la severidad y el castigo del Dios de las religiones.

Jesús no habla de un nuevo Dios, sino del mismo Dios de Israel, pero entendido de forma nueva. Su modo de concebir a Dios y las relaciones del hombre con Dios son bien diferentes a las creencias judías de la época. El Dios que predica Jesús es distinto y mayor que el de los fariseos. Según Jesús el templo no es ya lugar privilegiado para encontrar a Dios; a Dios se le encuentra en los hombres, y más concretamente, en los pobres, en los despreciados y marginados, en los pecadores. Ellos son los auténticos mediadores para llegarnos a Dios. Acercándose al pobre se descubre el misterio de Dios.

El Dios de Jesús suprime mediante el amor, es decir, mediante el perdón, el servicio y la renuncia, las fronteras naturales entre compañeros y no compañeros, lejanos y próximos, hombres y mujeres, amigos y enemigos, buenos y malos.

El Dios de Jesús se pone de parte de los débiles, los enfermos, los no privilegiados, los oprimidos. No es el Dios de los observantes, sino de los pecadores; no es el Dios de los piadosos, sino el Dios de los alejados de Dios.

¡Verdaderamente Jesús revolucionó el concepto de Dios de una manera inaudita! Lo hemos sopesado ya a lo largo de los capítulos anteriores.

Por eso no es de extrañar su muerte violenta. Jesús murió por ser testigo fiel del verdadero Dios, en una situación en que los hombres no querían a ese Dios, sino a otro.

La condena de Jesús muestra que se entendió bien la alternativa que él presentaba: el Dios de la religión oficial, o el "Padre nuestro"; el templo o el hermano. La cruz de Jesús no es algo sucedido sin motivo, sino el último intento de justificarse los hombres. Quienes mataron a Jesús fueron los amantes de otro tipo de dioses, contrarios al Dios de Jesús. Aquí está el punto central del conflicto.

Jesús, su Dios y su Reino, son signos de contradicción. En nombre de Dios, Padre bueno de todos, Jesús pide a cada uno salir de los suyos, de sus seguridades, de su "religión", para acercarse a los despreciados de la sociedad. Y este proceso es en sí sumamente conflictivo, pues muchos no están dispuestos a aceptarlo. Por ello Jesús se convierte en centro de polémica: mientras unos ven en él a un hombre de bien, otros dicen que engaña al pueblo (Jn 7,12-13); unos lo miran como enviado de Dios, mientras otros juzgan que está loco y poseído del demonio (Jn 10,19-21). Ya había dicho de él el viejo Simeón: *"Mira: éste está puesto para que todos en Israel caigan o se levanten; será una bandera discutida... Así los hombres mostrarán claramente lo que sienten en sus corazones"* (Lc 2,34-35).

Ante Jesús no se puede ser neutral; hay que decidirse. El provoca división (Lc 12,51-53). *"El que no está conmigo, está contra mí"* (Mt 12,30). Por eso unos están pendientes de sus labios y otros buscan cómo quitarlo de en medio. La actitud que cada uno toma ante Jesús se convierte en su propio juicio. Para unos Jesús es la *"piedra viva"* (1 Pe 2,4), *"la piedra angular"* (Ef 2,20), sobre la que construir su vida; para otros es *"piedra de obstáculo"* (Rm 9,33), sobre la que *"se estrellarán... y se harán pedazos"* (Lc 20,18). Jesús es *"señal de contradicción"* desde el pesebre a la cruz.

Ciertamente, cuando leemos los Evangelios liberados de la imagen prefabricada del *"dulce Jesús de Nazaret"*, nos encontramos a cada paso con un conflicto consciente y voluntario entre grupos perfectamente determinados, conflicto que, lejos de disminuir, lleva al asesinato jurídico de Jesús.

La división radical que produce el mero anuncio de la proximidad del Reino, en cuanto a algo que hará felices a los pobres y desgraciados a los ricos, destruye por su base la más o menos habitual convivencia pacífica entre ellos. Jesús agudiza los principales conflictos latentes en la sociedad de Israel. De tal modo, que quienes no estaban de acuerdo con el grupo protegido por Jesús se sentían tan amenazados como para programar asesinarlo.

Jesús se colocó en la línea más pura del profetismo de Israel. Es un hecho que el pueblo reconoció en él rasgos de los profetas antiguos, especialmente de Elías (Mc 8,28; Lc 9,19) y de Jeremías (Mt 16,14). Y Jesús era consciente de que el profetismo entra siempre en conflicto con el poder establecido, y por ello el poder le responde con la violencia provocando la muerte del profeta (Mt 23,29-35; Lc 6,22-23).

Ciertamente las autoridades religioso-políticas del judaísmo se sintieron amenazadas por Jesús. Creyeron que él lesionaba sus intereses. De ahí procedió la envidia y el miedo primero, luego la calumnia, el complot y el apresamiento, más tarde la sentencia y, por último, la tentativa, coronada por el éxito, de poner públicamente al procurador romano Pilato en una situación sin salida si no accedía a sus intentos de ajusticiar a Jesús.

2. JESUS FUE CONDENADO POR BLASFEMO

Dos son los motivos históricos del asesinato de Jesús: los religiosos y los políticos; lo condenaron por blasfemo y lo ajusticiaron como rebelde político. Ambos motivos se fundamentaban en la idea de Dios y del Reino de Dios que predicaba Jesús.

Veamos en primer lugar la acusación de blasfemo.

Jesús ciertamente había presentado un Dios diferente al de la religión oficial de su tiempo. Aquellos profesionales de la religión habían querido encasillar a Dios, encerrándolo en el templo, en sus leyes cuadradas y minuciosas, en sus ritos y en sus fiestas. Así se imaginaban que tenían a Dios bajo su poder. Pretendían inmovilizar al que es la misma vida: Dios no debía trabajar en sábado. Dios tenía que desprestigiar y castigar a los que no conocían la ley; Dios debería contentarse con los sacrificios de animales y el incienso que ellos le ofrecían. Dios tenía que mirarlos a ellos como justos y a los que no eran como ellos como pecadores. Escribas y fariseos eran los constructores de lo sagrado: un espacio y un tiempo para Dios. Fuera de esas normas, fuera de lo sagrado, no se podía encontrar a Dios ni rendirle culto dignamente.

Jesús, en cambio, suscita una verdadera revolución en torno al concepto de Dios. Su Dios es distinto, imprevisible, desconcertante. No sabes de donde viene, ni a dónde va.

Según el Dios de Jesús, los que parecían buenos no lo son; los que parecían malos, son bendecidos. La pecadora que se arroja a los pies de Jesús queda justificada, mientras que el fariseo, dueño de la casa, queda desacreditado (Lc 7,36-50). No condena a la mujer adúltera, pero los presentes acusadores huyen avergonzados (Jn 8,1-11). Los despreciados publicanos y prostitutas son puestos por delante de los piadosos fariseos (Mt 21,31). No se nos pone como ejemplo al sacerdote ni al levita, sino al samaritano, siempre mal visto por los judíos (Lc 10,30-37). La alegría de los ángeles es mayor por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia (Lc 15,7). Así el hijo pródigo, que se va de la casa y malgasta la herencia, es preferido al "buenito" (Lc 15,12-32). El fariseo sale del templo sin justificarse, mientras que el publicano es bien visto por Dios (Lc 18,10-14). La viuda pobre agrada más a Dios con sus centavos, que los ricos que dan para el templo grandes sumas de dinero (Lc 21,1-4).

En definitiva, Jesús rechaza a los fariseos, a los observantes (Lc 11,39-54), mientras se hace amigo de los pecadores, de los despreciados, de los enfermos. Es que lleva dentro a un Dios desconcertante, muy distinto del Dios cuadrado en el que creen los piadosos de la época. No había manera de entenderse. Cuando Jesús hablaba de Dios, no se

refería al Dios que imaginaban los fariseos. El Dios de Jesús es un Dios de vida, de libertad, de amor.

Jesús desenmascaró el sometimiento del hombre en nombre de Dios; desenmascaró la manipulación del misterio de Dios con base en tradiciones humanas; desenmascaró la hipocresía religiosa, que consiste en considerar el misterio de Dios como alivio para desoír las exigencias de justicia. En este sentido los poderes religiosos entendían correctamente que Jesús predicaba un Dios opuesto al suyo.

Jesús les presentaba al Dios que se acerca en gracia; al Dios que se da porque es amor, porque él así lo quiere, gratuitamente. Los fariseos, en cambio, pensaban que Dios se les entregaba como justa recompensa por sus buenas obras.

Según Jesús, el lugar privilegiado para acercarse a Dios no es el culto, ni la ciencia, ni siquiera sólo la oración, sino el servicio al necesitado. Los fariseos, en cambio, despreciaban a los pobres en nombre de Dios, justamente porque no sabían ni podían darle culto según sus leyes minuciosas y exigentes.

La solidaridad de Jesús con los "impuros", que según los fariseos eran todos los pobres, era algo que la piedad oficial no podía tolerar: iba contra la ley...

Por ello parece que Jesús llegó a la conclusión de que escribas y fariseos, con todas sus teorías, no tenían ni idea de quién es Dios. El les dice: *"Es mi Padre quien me honra, al que ustedes llaman su Dios, aunque no lo conocen. Yo, en cambio, lo conozco bien"* (Jn 8,55). *"Ustedes nunca han oído su voz ni visto su figura; ni tampoco conservan su mensaje entre ustedes"* (Jn 5,38).

Esta diferencia radical de ideas sobre Dios lleva a los judíos a decidir matar a Jesús: *"No te apedreamos por nada bueno, sino por una blasfemia; porque tú, siendo un hombre, te haces Dios"* (Jn 10,33). Jesús fue mirado como blasfemo porque su concepción de Dios no sólo era distinta a la de los judíos, sino completamente opuesta. Lo que Jesús decía de Dios ofendía la sensibilidad religiosa de los fariseos.

Jesús es condenado por blasfemo (Mt 26,65-66), porque en vez de decirnos que miremos al cielo para descubrir a Dios, nos muestra a Dios en medio de los hombres, en la vida diaria y profana. En la vida de los hombres es donde se proyecta el amor de Dios. Pero los fariseos rechazan esa presencia de Dios; ellos creen que Jesús blasfema de "su" Dios (Mt 9,3) y se sienten en la obligación de acallarlo.

El conflicto de Jesús con los representantes de la religión judía era, pues, muy profundo. Ello lo llevó a la cruz. Pero la cruz como la consecuencia de la concepción de Dios que tenía Jesús mantendrá siempre en pie el problema de quién y cómo es el verdadero Dios. Es desde la cruz desde donde hay que preguntarse quién es el verdadero Dios, el de los fariseos o el de Jesús.

3. JESUS FUE AJUSTICIADO COMO REBELDE POLITICO

Como acabamos de ver, Jesús fue condenado como blasfemo porque su concepción de Dios era completamente distinta a la del Dios de la religión oficial. Y fue ajusticiado como agitador político porque su concepción de Dios incluía por esencia el anuncio del Reinado de Dios; por ello encontró necesariamente oposición y conflicto con el poder político.

Jesús constata la coexistencia entre opresores y oprimidos y afirma que esa situación no es querida por Dios, sino fruto de la libre voluntad de los hombres. A la manera profética, Jesús denuncia que si hay pobreza es porque los ricos no comparten sus riquezas; si hay ignorancia es porque los "maestros" se han llevado la llave de la ciencia; si hay opresión es porque los fariseos imponen cargas intolerables y los gobernantes actúan despóticamente. Jesús ataca duramente estas situaciones injustas como fruto de la unión de egoísmos personales. Y combate muy especialmente la hipocresía que pretende justificar el poder opresor en nombre del poder de Dios.

La muerte política de Jesús se explica por una diferente concepción de Dios como poder. Su poder, el del amor realista metido en situaciones concretas, y en este sentido amor "político" y no idealista, chocaba con el poder dominante, bien sea el religioso-político de los jefes del pueblo, bien el del emperador. Fue crucificado porque estaba socavando las bases de la concepción política de los dominadores de su sociedad y del imperio romano. Según Jesús el poder está en la verdad y en el amor; por ello destruye el esquema amigo-enemigo, y no llama a la venganza sino al perdón; incluso al amor al enemigo.

La concepción del poder que tenía Jesús se diferenciaba también de la de los zelotes, guerrilleros nacionalistas muy religiosos. Jesús comparte con ellos la necesidad de la instauración del Reino de Dios; pero se diferencia en la concepción de Dios, que no es

sólo poder, sino amor que se manifiesta en la debilidad. Dios se acerca gratuitamente y no con violencia, como pretendían los zelotes. Jesús presenta una nueva alternativa al zelotismo: el amor político.

Jesús opone a la concepción de la divinidad como poder, otra concepción de la divinidad como amor. Ello no significa que el amor no deba ser político; por ser un amor situado en un mundo de injusticia, el amor se desarrolla enfrentándose necesariamente con el poder opresor. Por eso el amor de Jesús no es idealista ni ilusorio. El amor universal de Jesús es "político", en el sentido de que quiere ser también efectivo en una situación determinada: busca tener repercusiones visibles para el hombre.

Por esta razón el amor universal de Jesús se manifiesta de diversas formas según la situación. Su amor hacia el oprimido se manifiesta estando con ellos, dándoles lo que les pueda devolver su dignidad y les pueda humanizar. Su amor hacia el opresor se manifiesta estando contra su comportamiento, intentando quitarles lo que les deshumaniza. Pero en ambos casos su interés es renovador, recreador de hombres nuevos. En este sentido el amor de Jesús es político: por estar situado dentro de la realidad es denuncia y condena, anuncio y esperanza. Y esa concepción del amor político le llevó necesariamente a la cruz.

No se puede comprender la cruz de Jesús sin tener presente este camino que le llevó a la cruz: su lucha contra las falsas divinidades del poder. Además, si la cruz es la consecuencia de la fe de Jesús y su amor histórico, la espiritualidad cristiana no puede reducirse a un sufrir por sufrir, sino que consiste en el seguimiento del camino de Jesús, que tiene como consecuencia la cruz. Si no se recorre el camino de Jesús, la cruz de la vida no es necesariamente cristiana.

4. ¿UN DIOS DIFERENTE?

Hemos afirmado repetidas veces que Jesús presenta un Dios diferente al Dios oficial de la religión judía de su época. Conviene aclarar en qué es y en qué no es diferente.

Jesús no se presentó ante sus contemporáneos como un pensador, un filósofo o un teólogo. El desempeña el papel de profeta y consiguientemente se mete dentro de esta tradición concreta y se relaciona con sus oyentes dentro de un horizonte común.

Por ello la oposición entre Jesús y los representantes de la religión oficial no se da en el plano doctrinal. En la teoría están los dos de acuerdo. Si él dice que Dios es bueno,

también lo dicen sus adversarios; si piensa que es único, también ellos; si cree que habló a Abraham, a Moisés y a los profetas, ellos están de acuerdo; si no duda de que Israel es el pueblo de la Alianza, ellos comparten esta misma convicción. Más aún, Jesús habla de Dios como de un Dios misericordioso, cercano a los humildes; los fariseos y saduceos no rechazan tampoco esta opinión. Los dos atribuyen a Dios las mismas cualidades.

Sólo queda, pues, un camino para comprender la base de la oposición entre Jesús y sus adversarios: su comportamiento.

Los adversarios de Jesús, escribas, fariseos y saduceos, nunca se habían imaginado que Dios no fuera bueno, que no fuera misericordioso, que no fuera libre. Pero si se abandona la teoría sobre Dios y se pasa a definir el comportamiento de Dios hacia los hombres, entonces la oposición entre fariseos y Jesús es evidente. En el combate de Jesús, se trata de Dios, no de una doctrina sobre Dios. Esto exige considerar como base de toda interpretación de las palabras de Jesús a su acción, ya que en ella es donde aparece un papel social distinto de Dios. El debate entre Jesús y sus opositores recae sobre la manera con que se mezcla a Dios en los asuntos humanos.

Veámoslo en un caso concreto. Pregunta Jesús a los fariseos delante de un paralítico: "*¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal; salvar una vida o matar?*" (Mc 3,4). Jesús nunca plantea una cuestión general. No pregunta si es lícito curar a un enfermo. En esa pregunta en general estarían todos de acuerdo. Como por ejemplo, están de acuerdo todos los movimientos políticos, en buscar la libertad y el bien del pueblo, así en general. Nadie está en contra de la bondad y misericordia de Dios. Los problemas vienen cuando los principios generales se aterrizan en cosas concretas: Curar "en sábado", día consagrado exclusivamente al honor de Dios.

Los fariseos y Jesús estaban de acuerdo sobre las cualidades de Dios. Pero aquéllos desconocían y despreciaban de hecho a Dios, porque lo querían honrar justamente como Dios no quiere ser honrado. Estar de acuerdo sobre las cualidades de Dios no significa estar de acuerdo sobre el conocimiento real de Dios. La honra de Dios no está en la perfección abstracta de la Ley. Honra a Dios aquél que, abofeteado, no trata a su enemigo como ofensor; lo honra aquél que no arrastra ante el tribunal al deudor pobre y no vacila en seguir haciéndole favores, lo honra el que atiende al pecador, el que comprende a la mujer adúltera. El conocimiento de Dios no puede comprenderse fuera del efecto liberador que produce. El conocimiento de Dios invocado por Jesús no puede separarse de su acción: "*Quien me ve a mí, está viendo al Padre*" (Jn 14,9).

Jesús combatió contra la "ideología" que organizaba y justificaba la dominación saducea y farisea. Combatió contra ella, no porque juzgase erróneos los principios doctrinales de los fariseos, sino porque consideraba intolerables los efectos destructores de su religión. En este sentido el Dios de la religión oficial de la sinagoga no era el Dios de Jesús. Jesús no atacó la idea de Dios que esa religión transmitía, sino que se rebeló contra el carácter opresivo que el uso concreto de esa idea producía en Israel. Si el Dios proclamado y venerado no libera, ese Dios no es el Dios de Abraham, de Moisés y de los profetas. A Dios se le honra en donde se hacen libres a los hombres de cualquier pecado.

El pecado contra el Espíritu (Mc 3,29) consiste precisamente en confundir el acto liberador de Dios con el acto esclavizador de Satanás.

A Jesús le apasiona el combate por la libertad de Dios. No le gustan las discusiones doctrinales. La doctrina abstracta sobre Dios puede servir de excusa para oprimir. Eso es lo que Jesús reprocha a escribas y fariseos: quieren encadenar a Dios a sus propios intereses y lo usan como razón para oprimir y despreciar a los demás. Jesús emprende el combate contra el carácter opresor de este tipo de religión.

Jesús se distinguió irremediamente de los maestros en religión porque implicaba a Dios en la sociedad y en la misma religión de una manera distinta. Era su acción, el comentario que hacía de ella, y su invocación al Padre en medio de ella, lo que comprometía a Dios. Jesús lo comprometió de tal manera que puso al descubierto su poder liberador hasta en donde se consideraba intocable la ley Divina. Jesús pagó con su sangre esta opción que había hecho por un Dios liberador. Y es preciso reconocer la lucidez de sus adversarios, que supieron comprender tan pronto sus consecuencias sociales y religiosas.

5. JESUS LUCHA CONTRA LAS DIVINIDADES DE LA MUERTE

Ya hemos visto cómo Jesús fue de hecho inconforme con respecto a la situación religiosa de su tiempo y de su pueblo. También hemos hablado algo sobre la raíz de ese inconformismo. Intentemos ahora ahondar un poco más en el punto concreto de su rebeldía: las falsas concepciones sobre Dios.

Jesús luchó decididamente contra cualquier tipo de fuerza social que de una u otra manera deshumanizara al hombre o le diera muerte. Él vio con claridad cómo el plan original de Dios, del Dios bueno, es que todos los hombres tengan vida, vida plena en todos

los sentidos. El "pan" como símbolo de vida debe existir para todos. Este fue un criterio claro en su conducta. El Reino que él predica es un reino de vida para todos.

Jesús se daba cuenta perfectamente que la mayoría de los hijos de Dios estaban privados de la vida de muy diversas formas: por eso optó por ellos. Y se daba cuenta también que la falta de vida tiene por causa la libre voluntad de grupos minoritarios que usan de su poder para sus propios intereses en contra de los demás: por eso lo condenan.

En esa lucha Jesús fue descubriendo que las fuerzas de la muerte se justificaban apoyándose en ideas religiosas y en diversas formas de concebir la divinidad. Por ello buena parte de su actividad se dirigió a desenmascarar las falsas divinidades. Privar al hombre de algo de vida en nombre de Dios tiene una maldad doble, porque Dios es el Dios de la vida.

Esta noción de Jesús de un Dios de vida enseguida entra en conflicto con los intereses privados de quienes no quieren dar vida a otros. Jesús afirma que los derechos de Dios no pueden estar en contradicción con los derechos del hombre. Cualquier supuesta manifestación de la voluntad de Dios que vaya en contra de la dignidad de los hombres es la negación automática de la más profunda realidad de Dios.

Jesús ve que los hombres tienen diversas y aun contrarias nociones de Dios. Pero se da cuenta también que en nombre de una manera concreta de imaginarse a Dios se justificaban acciones contrarias a la voluntad de Dios. Por ello se dedica no sólo a esclarecer la verdadera realidad de Dios, sino a desenmascarar las falsas divinidades en cuyo nombre se oprime al hombre.

El Dios de Jesús es un Dios único, que excluye a todos los otros dioses. *"Nadie puede estar al servicio de dos amos... No pueden servir a Dios y al dinero"* (Mt 6,24). Jesús presenta a su Padre, el Dios de la vida, como alternativa, y alternativa excluyente, de las falsas divinidades. Los dos se rechazan entre sí.

Hay que elegir. O con el Dios de Jesús o contra el Dios de Jesús. O el Reino de Dios por una parte o la teocracia judía y la paz romana por otra. O Jesús o el César. Los judíos eligieron, y mataron a Jesús en nombre de su Dios e invocando a su Dios. Los romanos lo ajusticiaron en nombre de los dioses del imperio que garantizaban "su" paz. Según la lógica de judíos y romanos Jesús debía morir.

El sumo Sacerdote Caifás "*le conjura por el Dios vivo*" para poder enviar a Jesús a la muerte (Mt 26,63). Pero aunque irónicamente sea invocado el Dios vivo, de hecho Jesús muere a manos de las falsas divinidades.

La última razón por la que Pilato le puede enviar a la muerte es la invocación de la divinidad del César. En nombre de esa divinidad se puede dar muerte.

Se trata de elegir una teocracia alrededor del templo y la paz romana, por una parte, o del Reinado de Dios, por otra. Se trata, por tanto, de totalidades de vida y de historia, radicalmente basadas y justificadas en una concepción distinta de Dios. Y por la invocación de esas divinidades Jesús es matado. Este es el hecho fundamental que revela el destino histórico de Jesús: las divinidades están en pugna, y de ellas se sigue la vida o la muerte.

La muerte de Jesús no se puede entender sin su vida; su vida no se puede comprender sin aquél para quien él vivía, es decir, su Dios y Padre; y sin aquello para lo que él vivía, es decir, el Evangelio del Reino para los pobres.

La vida de Jesús no se entiende si no se entiende el conflicto entre Dios y los dioses, entre el Dios a quien él predicaba como su Padre y el Dios de la Ley, como lo entendían los guardianes de la ley y los dioses políticos del poder romano de ocupación.

Los dirigentes judíos rechazaron a Jesús y su Dios: "*No tenemos más rey que el César*" (Jn 19,15). Con ello muestran cuál era el dios por el que ellos habían optado: su ambición de poder y gloria. Rechazan al Dios del amor y eligen al que, por ser opresor, permite y justifica la opresión que ellos ejercen. El Dios al que ellos profesan fidelidad, aunque siguieran llamándolo Yavé, era un dios que legitimaba la opresión. Revelaban así su ateísmo de hecho, su idolatría, pues pusieron sus intereses personales en el lugar de Dios.

Jesús, pues, siguiendo la más pura tradición bíblica, atacó toda concepción idólatra de Dios. En su tiempo no había ídolos en imágenes. Pero sí había cantidad de gente que creía en falsos rostros de Dios, y los usaban en provecho de sus intereses egoístas.

Bibliografía

1. H. KUNG, 20 Tesis sobre Ser Cristiano, pgs. 38-43.
ANTONIO C. HUALDE, Aquel Jesús, Paulinas, Bogotá 1982, pgs. 57-59: La actitud conflictiva de Jesús.
C. ESCUDERO, Devolver el Evangelio a los Pobres, pgs. 349-357: Jesús, señal de contradicción.

J. L. SEGUNDO, El Hombre de Hoy ante Jesús de Nazaret II/I, pgs. 105-125: Jesús y la dimensión política.
J. M. CASTILLO, El Discernimiento Cristiano, pgs. 131-136: Una conducta desconcertante.
A. NOLAN, ¿Quién es este Hombre?, pgs. 151-164: Política y religión: 165-174: El incidente del templo.
J. JEREMIAS, Palabras desconocidas de Jesús, Sígueme, Salamanca 1979, pgs. 56-57: El altercado de Jesús con un fariseo.

2. C. TRESMONTANT, La Doctrina de Yeshúa de Nazaret, pgs. 124-151: La religión establecida.
 E. SCHILLEBEECKX, La Historia de un Viviente, pgs. 268-273: El rechazo del mensaje y de la praxis de Jesús.
 J. SOBRINO, Cristología desde AL., pgs. 158-162; 295-297: La conflictividad de Jesús.
 MELITON BRUQUE, Dios compañero de luchas y esperanzas, Indo-América, Bogotá 1981, pgs. 73-75: Un Mesías desconcertante.
 CARLOS BAZARRA, Dios el Padre en quien creo, Paulinas, Bogotá 1981, pgs. 39-45: Condenado por blasfemo.
3. JOSE RAMOS REGIDOR, Jesús y el Despertar de los Oprimidos, Sígueme, Salamanca 1984, pgs. 305-309: ¿Blasfemo y agitador político?
 L. BOFF, J. C. y nuestro futuro de Liberación, pgs. 30-32: La muerte de Jesús: el precio a pagar por la liberación de Dios.
 J. L. SEGUNDO, El Hombre de hoy..., pgs. 138-150.
 HOAC, Jesús de Nazaret, pgs. 149-153: La condena de Jesús.
 JOSEPH FITZMYER, Catecismo Cristológico, Sígueme, Salamanca 1984, pgs. 65-70: ¿Quién fue responsable de la muerte de Jesús?
 MICHEL GOURGUES, Jesús ante su Pasión y Muerte, Cuadernos bíblicos 30, Verbo Divino, Estella 1982, pgs. 20-24: ¿Una muerte con significado político?
 OSCAR CULLMANN, Jesús y los Revolucionarios de su Tiempo, Studium, Madrid 1973, pgs. 43-64: La cuestión política.
 A. NOLAN, ¿Quién es este Hombre?, pgs. 205-217: El proceso.
 JOSE A. PAGOLA, El mito de Jesús líder revolucionario, en Hacia la Verdadera Imagen de Cristo, Mensajero, Bilbao 1975, pgs. 89-132.
 FERNANDO BELO, Una Lectura Política del Evangelio, Zero, Madrid 1975, pgs. 84-86: Jesús es asesinado políticamente.
4. CHRISTIAN DUQUOC, Dios Diferente, Sígueme, Salamanca 1978, pgs. 39-51: Jesús el no-teólogo.
 - Jesús Hombre Libre, Sígueme, Salamanca 1978, pgs. 98-99: Jesús libera del Dios imaginario.
 J. M. GLZ. RUIZ, Creer es Comprometerse, pgs. 26-29: ¿Un Dios de bolsillo?
 JOSE M. ROVIRA, Deformación de la Imagen de Jesús por la ideología burguesa occidental, en Hacia la verdadera Imagen de Cristo, Bilbao 1975, pgs. 47-86.
 J. I. GLZ FAUS, La Justicia que brota de la Fe, Sal Terrae, Santander 1983, pgs. 131-135: La praxis teofánica de Jesús.
 E. SCHILLEBEECKX, Dios Futuro del Hombre, Sígueme, Salamanca 1971, pgs. 191-218: La nueva cultura como ocasión para un nuevo concepto de Dios.
5. J. SOBRINO, Jesús en AL., pgs. 163-195: La lucha de Jesús contra las divinidades de la muerte.
 J. MATEOS, El Evangelio de Juan, pgs. 800-803: La opción por el César.
 J. I. GLZ FAUS, Jesús de Nazaret y los Ricos de su Tiempo, pgs. 38-44: Contra la utilización ideológica de la religión.

JOSE LUIS SICRE, Los Dioses Olvidados, Cristiandad, Madrid 1979, pgs. 164-169: La aportación del Nuevo Testamento.

HECTOR MUÑOZ, Nuevo Libro Rojo, La Buena Noticia para el Hombre Nuevo, Bonum, Buenos Aires 1974, pgs. 11-15: Los dioses de papel son tigres de papel.

J. M. CASTILLO, Teología y Pobreza, en Misión Abierta, nov. 1981, pgs. 157-159: Desenmascarar los ídolos.

L. BOFF, Mi Dios no es el de Reagan, en Comunidades Cristianas de Andalucía, Granada nov. 1984.

9

El sufrimiento como modo de ser de Dios

Hoy en día, subidos a las nubes rosadas de las teorías abstractas, hemos perdido la capacidad del asombro. Nos parece normal la visión de la imagen del Crucificado, y afirmamos con toda tranquilidad que ese crucificado es Dios que "murió por nuestros pecados". Necesitamos redescubrir la vivencia de la admiración y el asombro ante la verdad histórica de la muerte horrenda del Hijo de Dios a manos de los que se decían creer en Dios.

1. ¿PUEDE SUFRIR DIOS?

Por mucho tiempo, siguiendo los principios de la filosofía griega, casi todos los cristianos han creído que Dios no puede sufrir. La divinidad, según ellos, no puede padecer; si sufriera no sería Dios.

Pero en la Biblia se presenta Dios de una manera muy diferente. El núcleo del mensaje cristiano es la pasión y muerte de Jesús, y sabemos por la fe que el Crucificado es Dios. Además, el sacrificio del Hijo de Dios por la reconciliación del mundo se renueva cada día en la Eucaristía. La conmemoración de la pasión-resurrección de Cristo por la palabra y sacramento ha alimentado siempre la fe cristiana en Dios.

Pero, ¿de qué modo Dios está comprometido en la historia de la pasión de Cristo? ¿Cómo es posible que la fe cristiana considere la pasión de Cristo como revelación de Dios, si la divinidad no puede padecer? ¿Dios hace sufrir al hombre Jesús por nosotros o es que Dios mismo sufre en Cristo por nosotros?

Si Dios fuera incapaz de padecer, la pasión de Jesús sería meramente una tragedia humana. Es más, el que sólo vea en la pasión el sufrimiento de un buen hombre, llamado Jesús de Nazaret, corre el peligro de considerar a Dios como un poder celestial frío, antipático y cruel. Ello sería destruir la fe cristiana.

Por eso muchos teólogos actuales se ven obligados a implicar a Dios en la pasión de Cristo y a descubrir esta pasión en el seno mismo de Dios. La misma piedad cristiana tradicional siempre ha adorado al Crucificado como Dios y ha hablado sin problemas de la "pasión de Dios".

Hagamos algunas distinciones. Dios ciertamente no puede sufrir al estilo de los humanos. A él no le puede venir ningún sufrimiento inesperado, como fatalidad o castigo. El no está sujeto al dolor al modo de la criatura limitada y perecedera.

Pero esto no quiere decir que Dios no pueda padecer de ninguna manera. Si Dios fuera impasible en absoluto, seguramente sería incapaz de amar. Sería capaz de amarse a sí mismo, pero no a sus criaturas. Pero si Dios es capaz de amar a otros, está expuesto a los sufrimientos que le acarrearán este amor; aunque el mismo amor no le permite sucumbir al dolor. Dios no sufre, como la criatura, por faltarle algo. En ese sentido él es impasible. Dios padece por efecto de su amor, que es el desbordamiento de su ser. En este sentido Dios parece estar sujeto al sufrimiento.

Los judíos en el Antiguo Testamento se tomaron en serio el tema del sufrimiento divino. Dios es libre y no está sometido al destino. Pero, movido por el amor, se comprometió en una Alianza. El es "Dios de los dioses" y al mismo tiempo es el Dios aliado del pequeño pueblo de Israel. Reina en el cielo y vive a la vez entre los seres inferiores y humillados. En la Alianza Dios se vuelve vulnerable: vive las experiencias de Israel, sus triunfos, sus pecados, sus sufrimientos. Su existencia y la historia del pueblo están estrechamente ligadas. Dios tiene una relación libre y apasionada con sus criaturas.

El Eterno toma en serio a los hombres, hasta el punto de sufrir con ellos en sus luchas y de sentirse herido por sus pecados. Según cuentan los profetas, Dios siente amor por su pueblo como un amigo, como un padre (Os 11,1-9; Mal 3,17; Sal 102,13), o una

madre (Is 49,15-16; 66,13), y hasta como un amante decepcionado (Ez 16; Is 54,4-10; Os 2,6-7). El Dios del universo se comporta como padre *"paciente y misericordioso"* (Sal 102,8), que sabe sufrir a su modo. El sabe lo que es padecer el sufrimiento del amor: *"Cada vez que le reprendo... se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión"* (Jer 31,20). *"Me da un vuelco el corazón y se me revuelven todas las entrañas"* (Os 11,8), hacen decir los profetas al mismo Dios.

Decir que Dios es amor es decir que es vulnerable. Dios ama y, por tanto, puede ser correspondido o puede ser rechazado. Y la historia muestra duramente la gran capacidad del hombre para rechazar el amor. Eso no le es indiferente a Dios. El sufre por el rechazo del amor.

Sin embargo, el amor no quiere el sufrimiento. El amor quiere la felicidad del otro y sigue amándolo aunque él se niegue a amar. Asume su dolor porque lo ama y quiere compartirlo con él. Tal es el sufrimiento de Dios, fruto del amor y de su infinita capacidad de solidaridad.

Centrémonos en el próximo apartado y en los siguientes en el misterio de amor que es la cruz de Cristo.

2. EL ESCANDALO DE UN DIOS CRUCIFICADO

En el Antiguo Testamento descubrieron a Dios a través de la historia. Como acabamos de insinuar, Dios acompañaba a su pueblo en su marcha y en su sufrir. Pero con Jesús Dios viene a nuestro encuentro en la debilidad de una criatura, que puede sufrir, que sabe lo que significa ser tentado, llorar la muerte de un amigo, ocuparse de los hombres insignificantes; que puede ser calumniado e insultado, condenado y ajusticiado.

El rostro del Dios cristiano no es ya el de un todopoderoso, sino el de un tododébil, porque su amor, la omnipotencia de su amor, lo ha introducido en la debilidad. El Dios de Jesús es un Dios débil. El amor, que supone dar y darse, debilita. De ahí que el símbolo del amor de Dios no sea el trono sino la cruz. Al Dios cristiano se le juzga, se le escupe a la cara y se le ejecuta como a un cualquiera. Y para convertirse a este Dios es necesario convertirse aquí y ahora a los crucificados de este mundo. Pues el Dios llamado desde siempre omnipotente se ha convertido en omnidébil. La omnipotencia de Dios consiste en poder superarlo todo, no en poder evitarlo todo.

Hablar del misterio cristiano es hablar de la cruz del Mesías, *"la locura de Dios"* y *"la debilidad de Dios"* (1 Cor 1,25), que es aceptada y vivida por *"lo débil..., lo plebeyo... y lo despreciado del mundo"* (1 Cor 1,28).

La cruz de Cristo cuestiona y desautoriza nuestro conocimiento "natural" de la divinidad. La divinidad crucificada en Jesús se aparta y quiebra nuestras concepciones del Dios de la naturaleza o de las religiones espontáneas. El Dios de la cruz nos sorprende. Pone al revés las jerarquías de nuestros valores. Choca con nuestra imaginación. Es el escándalo de la cruz. El corazón inquieto, del que habla San Agustín, no es lo que nos hace encontrar a Dios: la cruz de Jesús es lo que inquieta nuestro corazón. La teología natural se mueve en la esfera de la pregunta por Dios. La cruz no es respuesta, sino inquietar, abrir el corazón a otro modo de preguntar, a otro modo de conocer, a otro modo de vivir.

La cruz no es respuesta, sino una nueva forma de preguntar, la invitación hacia una actitud radicalmente nueva hacia Dios. Desde la cruz no es tanto el hombre quien pregunta por Dios, sino que en primer lugar el hombre es preguntado acerca de sí mismo, de su interés en conocer y defender una determinada forma de divinidad.

El Dios de Jesús no es el Dios de los triunfadores. Es el Dios de los que entregan su vida a una causa y fracasan, el Dios de los torturados, el de los mártires, el Dios de los profetas asesinados, el de los dirigentes encarcelados, el de los pastores que entregan su vida por las ovejas. Sólo los que en la entrega total pueden dar un grito desesperado de esperanza revelan cómo es Dios.

El Dios de Jesucristo es el Dios que destruye y convierte en idolátricas todas las imágenes de Dios al estilo de los poderosos. El Dios de Jesús sufre la muerte de su Hijo en el dolor de su amor. Por tanto, en Jesús Dios es también crucificado y muere. Esto es verdaderamente una locura para los sabios, un escándalo para los piadosos y algo muy incómodo para los poderosos. *"De hecho, el mensaje de la cruz para los que se pierden resulta una locura"* (1 Cor 1,18). *"Nosotros predicamos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo y para los paganos una locura"* (1 Cor 1,23).

En la historia de la Iglesia y de la teología con frecuencia ha habido una tendencia a pasar por alto este escándalo de la cruz de Cristo. Muchas veces se presupone una concepción de Dios que no se deriva de la cruz. Sin embargo ahora y siempre, la muerte de Jesucristo en la cruz es la piedra de toque para la fe cristiana. ¡Pero cuán difícil es mantener el escándalo de la cruz!

Para que la cruz no escandalice, no cuestione, se le ha quitado su historia. Se considera la muerte de Jesús aislada de su vida, sin tener en cuenta las causas que le llevaron al patíbulo. Se ignora la relación íntima que existe entre el anuncio del Dios de Jesús y su Reino, la denuncia de toda opresión y la muerte de Jesús. Se presupone que la salvación consiste en el perdón de los pecados solamente, sin mencionar la más amplia concepción bíblica de salvación como Reino de Dios.

Es horrendo que hablemos de la cruz más que del Crucificado. Nos quedamos en el "culto" a la cruz, sin preocuparnos de seguir realmente a Jesús crucificado: Así la cruz de Jesús queda desvirtuada, sin valor alguno; le quitamos su fuerza. Se convierte en un adorno, en una alhaja y hasta en una señal de poder.

El mecanismo fundamental para quitar su fuerza a la cruz de Cristo consiste en olvidar que quien muere en la cruz es el Hijo de Dios, y en este sentido en ignorar cómo le afecta la cruz al mismo Dios.

En la cruz de Jesús el mismo Dios está crucificado. El Padre sufre la muerte del Hijo y asume en sí todo el dolor de la historia. Así, en esta íntima solidaridad con el hombre se revela como el Dios del amor, que desde lo más negativo de la historia abre un futuro y una esperanza.

La única omnipotencia que Dios posee y que revela en Cristo es la omnipotencia del amor doliente. Dios no es otra cosa que amor; por eso el Calvario es la revelación ineludible de su amor en un mundo de males y sufrimientos. Dios es amor; el amor capacita para el sufrimiento, y la capacidad de sufrimiento se consume en la entrega y en la inmolación.

En Jesús se manifestó el Padre paciente y doliente, no el omnipotente; Dios Padre con la congoja y la impotencia de todo Padre, que oculta la fuerza del amor; el Dios generoso, doliente, crucificado: Cristo desnudo, llagado, ensangrentado, pero invencible.

El Dios vivo es el Dios amante, que demuestra su vitalidad en el sufrimiento. Dios se nos revela porque sufre y porque sufrimos; porque sufre exige nuestro amor, y porque sufrimos nos da el suyo y cubre nuestra congoja con su congoja eterna e infinita.

Este fue el escándalo del cristianismo entre judíos y griegos, y éste, que fue su escándalo, el escándalo de la cruz, sigue siéndolo aún entre cristianos: el de un Dios que se hace hombre para padecer y morir, y resucitar por haber padecido y muerto; el de un Dios que sufre y muere. Y esta verdad de que Dios padece, ante la que se sienten aterrados los

hombres, es la revelación de las entrañas mismas de Dios. Es la revelación de lo divino del dolor...

3. EN LA CRUZ DIOS REVELA LA FORMA MAS SUBLIME DEL AMOR

Sin la cruz, Dios estaría por una parte y nosotros por otra. Pero por la cruz Dios se pone al lado de las víctimas, de los torturados, de los angustiados, de los pecadores. La respuesta de Dios al problema del mal es el rostro desfigurado de su Hijo, "crucificado por nosotros".

La cruz nos enseña que Dios es el primero que se ve afectado por la libertad que él mismo nos ha dado: muere por ella. Nos descubre hasta dónde llega el pecado, pero al mismo tiempo nos descubre hasta dónde llega el amor. Dios no aplasta la rebeldía del hombre desde fuera, sino que se hunde dentro de ella en el abismo del amor. En vez de tropezar con la venganza divina, el hombre sólo encuentra unos brazos extendidos.

El pecado tiende a eliminar a Dios; Dios se deja eliminar, sin decir nada. En ninguna parte Dios es tan Dios como en la cruz: rechazado, maldecido, condenado por los hombres, pero sin dejar de amarlos, siempre fiel a la libertad que nos dio, siempre "en estado de amor". En ninguna parte Dios es tan poderoso como en su impotencia. Si el misterio del mal es indescifrable, el del amor de Dios lo es más todavía.

Cristo en cruz logra poner en el mundo un amor mucho más grande que todo el odio que podemos acumular los hombres a lo largo de la historia. La cruz nos lleva hasta un mundo situado más allá de toda justicia, al universo del amor, pero de un amor completamente distinto, que es misterio, porque está hecho "a la medida de Dios".

La cruz de Cristo y la muerte de Dios son el colmo de la sinrazón; la victoria más asombrosa de las fuerzas del mal sobre aquél que es la vida. Pero al mismo tiempo es la revelación de un amor que se impone al mal, no por la fuerza, no por un exceso de poder, sino por un exceso de amor que consiste en recibir la muerte de manos de las personas amadas y en sufrir el castigo que se merecen con la esperanza de convertir al amor su amor rebelde. La omnidebilidad de Dios se convierte entonces en su omnipotencia. *"Las aguas torrenciales no podrán apagar el amor, ni anegarlo los ríos"* (Cant 8,7).

Dios Padre no destroza a los hombres que atacan a su Hijo porque los ama a pesar de todo. Y por eso el Nuevo Testamento dice que el Padre *"no se reservó a su propio Hijo,*

sino que lo entregó por todos nosotros" (Rm 8,32). A pesar de los pesares, Dios está de tal forma de parte de los hombres, que el mismo gesto que el hombre realiza contra él, la misma mano que el hombre levanta contra él, las convierte en bendición para el mismo hombre.

Por eso la cruz de Cristo nos enseña que no se trata de cerrar los ojos a la realidad negativa del mundo, sino de negar la realidad con los ojos bien abiertos. Porque, en definitiva, la sabiduría de la cruz enseña simplemente esto: que el objeto del amor de Dios no es el superhombre, sino estos hombres concretos y pobres que somos nosotros. El mundo nuevo no lo crea Dios destruyendo este mundo viejo, sino que lo está haciendo con este mundo y a partir de él. El hombre nuevo no lo realiza creando a otros hombres, sino con nuestro barro de hombres viejos. Es a este hombre así desenmascarado a quien Dios ama. Y el realismo de la cruz lleva entonces a no extrañarse de nada, pero nunca lleva a rendirse. La desconfianza nos hace críticos, pero nos hace igualmente tesoneros.

La seguridad de la aceptación de nuestra miseria por parte de Dios facilita la salida de ella, porque nos la pide la experiencia del amor de Dios: *"Ninguno te ha condenado" porque "tampoco yo te condeno"; por eso "en adelante no vuelvas a pecar" (Jn 8,10-11).*

En la cruz no sólo aparece la crítica de Dios al mundo, sino su última solidaridad con él. Dios se deja afectar por lo negativo, la injusticia y la muerte. *"Abandona"* a su Hijo (Mc 15,34) pero no abandona a la humanidad. En la cruz de Jesús Dios estaba presente (2 Cor 5,19-21), estando al mismo tiempo ausente. Estando ausente para el Hijo, estaba presente para los hombres. Y esa dialéctica de presencia y ausencia explica en lenguaje humano que Dios es amor; un amor no expresado idealísticamente, sino bajo condiciones históricas muy concretas.

En la muerte del Hijo la muerte le afecta a Dios mismo, no porque él mismo muera, sino porque sufre la muerte del Hijo. Pero Dios sufre para que viva el hombre, y esa es la expresión más acabada del amor. En la resurrección de Jesús se revelará Dios como plenitud de gozo, pero en la cruz el amor se hace creíble.

La cruz es el lugar en el que se revela la forma más sublime del amor; donde se manifiesta su esencia. Amar al enemigo, al pecador, poder estar en él, asumirlo, es obra del amor, es amar de la forma más sublime.

En la cruz aparece la estructura interna de Dios mismo. El amor eterno entre el Padre y el Hijo se ve mediado históricamente en presencia del mal y por ello toma forma

paradógica del abandono. Pero de ese amor trinitario, hecho historia, surge la fuerza para que la historia externa pueda ser historia de amor y no de dominación. Por eso el Espíritu, que en Dios mismo es el fruto del amor entre el Padre y el Hijo, se hace presente como Espíritu de amor para liberar en la historia como la forma histórica del amor.

La obra del Espíritu es introducir a los hombres en la misma actitud de Dios hacia el mundo, que es actitud de amor, pero en un mundo dominado por el pecado, y por ello conflictivo. Obra del Espíritu es hacernos participar en la vida misma de Dios, siguiendo el camino de Jesús; es hacer real en la historia el amor de Dios manifestado en la cruz.

El Espíritu se hace historia de liberación, que es la forma histórica que toma el amor. Este Espíritu incorpora a los hombres al Hijo y los hace como él. Es decir, pone en el hombre la misma actitud de Dios hacia el mundo, que es actitud de liberación y amor. Pero como el mundo está en conflicto, participamos históricamente en la lucha contra la injusticia desde dentro, es decir, en solidaridad con los explotados y golpeados por el mal.

El seguimiento de Jesús, el tomar "su camino", es estar en el proceso trinitario. Lo que nos hace hijos de Dios es el participar en el proceso de Dios por el seguimiento de Jesús. Por eso se dice justamente que "por la cruz hemos sido salvados". Esto no se puede entender sólo por las ideas. Es necesario conocerlo desde dentro. El amor salvífico de Dios se conoce solamente participando históricamente en la cruz de Cristo. Ahí conocemos la vocación a que hemos sido llamados. No se conoce a Dios fuera del proceso de liberación. El hombre que participa en la praxis por la justicia ese es el seguidor de Cristo.

Dios permitió el pecado para que su amor apareciera y superara todo lo previsible. *"Así demostró Dios su amor al mundo: dando a su Hijo único"* (Jn 3,16). Este amor se comprende desde la cruz. En la solidaridad de Dios con el dolor humano. Así se comprende que *"Dios es amor"* (1 Jn 4,8). Al interior del proceso liberador. Ahí es donde se comprende la gratuidad del don de Dios. Gratuitamente tomó nuestra debilidad y pobreza para enriquecernos. Una gratuidad y don que se capta cuando el hombre se hace donación; cuando el hombre participa en el sufrimiento del explotado. En esa donación está el don gratuito de Dios.

4. LA ESPIRITUALIDAD DE LA CRUZ EN EL SEGUIMIENTO DE JESUS

Lo que solemos llamar "la cruz" o "las cruces" no es otra cosa que los sufrimientos y contradicciones de la vida. Cruz es lo que limita la vida (las cruces de la vida), lo que hace sufrir y dificulta el caminar a causa de la imperfección o la mala voluntad humana.

De suyo, las cruces no tienen ningún valor en sí. Son una experiencia humana negativa, de la que nadie se puede escapar. Pero con Jesús el sufrimiento humano ha encontrado sentido. No es que él nos haya enseñado a eliminar la cruz o le haya dado un valor a la cruz en sí misma, sino porque le ha dado un valor santificante liberador. Desde Jesús toda cruz puede encontrar un lugar en la construcción del Reino de Dios.

Gracias a Jesucristo, el hecho de la cruz puede ser tomado como una dimensión de la espiritualidad. Por eso su llamado a "*cargar la cruz*" (Mt 10,38) para poder seguirle: "*Quien no carga con su cruz y se viene detrás de mí, no puede ser discípulo mío*" (Lc 14,27). Sólo siguiendo a Cristo, la cruz nos hace crecer en la vida según el Espíritu. Por eso podemos afirmar que no existe propiamente una espiritualidad de la cruz, sino una espiritualidad de seguimiento del Crucificado. La espiritualidad de la cruz no es meramente la aceptación de la tristeza, del dolor; no es pasividad y resignación. La cruz no se busca en sí misma; pero se la encuentra ciertamente en la medida en que seguimos a Jesús. Nuestras cruces no tienen sentido si no nos incorporamos por ellas a la cruz de Cristo. No todo sufrimiento es específicamente cristiano, sino el que nace del seguimiento de Jesús.

Por eso es de suma importancia entender cómo soportó Jesús la cruz.

El no buscó la cruz por la cruz. Buscó el espíritu que hace evitar que se produzca la cruz para uno mismo y para los demás. Predicó y vivió el amor. Quien ama y sirve no crea cruces para los demás con su egoísmo. El anunció la Buena Nueva de un Dios que es amor para todos, especialmente para con los despreciados. Se comprometió por el Reinado de este Dios. Y el mundo se cerró a él; puso cruces en su camino y acabó alzándolo en el madero de la cruz. La cruz fue la consecuencia de un anuncio que cuestionaba y de una acción liberadora. El no huyó, no contemporizó, no dejó de anunciar y testimoniar, aunque eso le costase ser crucificado. Siguió amando a pesar del odio. Asumió la cruz en señal de fidelidad a Dios y a los hombres.

Según el ejemplo de Jesús, ¿en qué, cosiste, pues, la espiritualidad cristiana de la cruz?

a) En primer lugar se trata de comprometerse, siguiendo a Jesús, a fin de que se vaya construyendo un mundo en el que sea menos difícil el amar, la paz, la fraternidad, la

apertura y la entrega a Dios. Esto implica la denuncia de situaciones que engendran odio, división y ateísmo en términos de estructuras, valores, prácticas e ideologías. Implica también el anuncio y la realización, con hechos concretos, de la justicia, la solidaridad y el amor en la familia, en las escuelas, en el sistema económico, en las relaciones políticas. Este compromiso acarrea como consecuencia crisis, confrontaciones y sufrimientos. Aceptar la cruz proveniente de esta lucha y cargar con ella lo mismo que cargó con ella el Señor, forma parte integral del compromiso cristiano. La cruz que hay que soportar en este empeño, la cruz con la que hay que cargar en ese camino, son un sufrimiento y un martirio por Dios y por los hermanos.

b) Cargar con la cruz tal como lo hizo Jesús significa, por consiguiente, solidarizarse con los crucificados de este mundo: los que sufren violencia, los que son empobrecidos, deshumanizados y ofendidos en sus derechos. Defenderlos, ayudarles a abrir los ojos y organizarse, atacar todo lo que los convierte en infrahombres, asumir la causa de su liberación, sufrir por ella: en eso consiste cargar con la cruz de Jesús. La cruz de Jesús y su muerte fueron consecuencia de ese compromiso a favor de los desheredados de este mundo.

Sólo en la solidaridad con los crucificados se puede luchar contra la cruz; sólo desde la identificación con los atribulados por la vida se puede efectivamente liberar de las tribulaciones. No fue otro el camino de Jesús, la vía del Dios encarnado.

El cristiano solidario con los pobres es el que como Pablo ama la cruz de Cristo, es decir, la lucha por la justicia a través del amor sufriente. Amor sufriente que entraña la radicalidad de un dar la vida por el otro. La praxis de liberación tiene sabor de cruz y de eficacia que sólo conoce el que ama al prójimo.

c) La solidaridad con los crucificados de este mundo, en los que está presente Jesús, lleva consigo la necesidad de dar vuelta a lo que el sistema opresor considera como bueno. El sistema dice: los que asumen la causa de los pobres son gente subversiva, enemigos de la "justicia y del orden", maldecidos por la religión y abandonados por Dios. Los que cargan la cruz de Cristo se oponen tenazmente a este sistema y denuncian sus falsos valores y prácticas, que no son sino un ordenamiento del desorden. Lo que el sistema llama justo y bueno, en realidad es injusto, discriminatorio y malo.

El que sigue a Jesús desenmascara el sistema y por eso sufre violencia de su parte. Sufre a causa de una injusticia mayor, sufre en razón de otro orden: la justicia y el orden de Dios. Sufre sin odiar; soporta la cruz sin huir de ella. La carga por amor a la verdad y a los

crucificados por los que ha arriesgado la seguridad personal y la vida. Así hizo Jesús. Su seguidor sufre también como "maldito", cuando en realidad está siendo bendecido; muere "abandonado", cuando en verdad ha sido acogido por Dios. De este modo Dios confunde la sabiduría y la justicia de este mundo.

d) La cruz tiene una significación particular para los sufrientes, los oprimidos y sufridos. Para ellos, el mensaje de la crucifixión consiste en que Jesús nos enseña a sufrir y a morir de una manera diferente, no a la manera de la resignación, sino en la fidelidad a una causa llena de esperanza. No basta cargar la cruz; la novedad cristiana es cargarla como Cristo, llevando el compromiso hasta el extremo: *"No hay amor más grande que dar la vida por los amigos"* (Jn 15,13).

Las dos palabras que quizás más utiliza el Nuevo Testamento cuando habla de la vida práctica son audacia y aguante. Aguante a prueba de bomba, como del que ya no espera nada. Audacia también a toda prueba, como del que ya ha pasado todo lo malo. La cruz, efectivamente, lleva a la resignación, pero es la resignación del que no se resigna.

e) No se puede cargar la cruz de Cristo si uno no se domina a sí mismo. *"El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga"* (Mt 16,24). Porque estamos arraigados en el egoísmo y la tendencia al pecado, el camino para seguir a Jesús es un camino de superación, de *"muerte al hombre viejo"* (Rm 6,6), de renunciar a vivir *"según la carne"* (Mt 18,8). No es posible la cruz del compromiso, sin esta otra forma de cruz que es la renuncia a nosotros mismos. No es posible un amor extremo a los demás si uno no está totalmente descentrado de sí mismo. El centro ha de ser Dios, y no uno mismo; y eso no se consigue sin *"negarse a sí mismo"*.

f) Sufrir y morir siguiendo de este modo al Crucificado es ya vivir. Al interior de esta muerte en cruz existe una vida que no puede ser aniquilada. Está oculta en la muerte. No es que venga después de la muerte, sino que está ya dentro de la vida de amor, de la solidaridad y de la valentía para soportar y morir. Por eso la elevación de Jesús en la cruz es también su glorificación. Vivir y ser crucificado de este modo por la causa de la justicia, que es la causa de Dios, es vivir. Por eso el mensaje de la pasión va siempre unido al mensaje de la resurrección. Los que murieron por la insurrección en contra del sistema de este mundo y se negaron a entrar *"en los esquemas de este mundo"* (Rm 12,2), son los que experimentan la resurrección. Pues la insurrección por la causa de Dios y del prójimo es ya resurrección.

Predicar hoy el seguimiento de Jesús en la cruz es anuncio de que se acerca la resurrección, la victoria que llegará por hacer cada vez más imposible el que unos hombres continúen crucificando a otros hombres. Es vivir a partir de una Vida que la cruz no puede ya crucificar. Lo único que la cruz puede hacer es convertirla en más victoriosa.

Predicar la cruz, pues, significa seguir a Jesús. Y seguir a Jesús es per-seguir su camino, pro-seguir su causa y con-seguir su victoria.

5. LA CERCANIA DE LA CRUZ HACE CREIBLE EL PODER DEL RESUCITADO

Los crucificados de la historia esperan la salvación. Y saben que para ello es necesario el poder; pero desconfían de lo que sea puro poder, ya que éste siempre se les ha mostrado contrario a lo largo de la historia. Lo que desean es un poder que sea realmente creíble. Ellos no creen en simples promesas: no les dan esperanza.

¿Es creíble el poder de Dios para el pueblo crucificado? Para responder a esto es necesario volver de nuevo a Jesús crucificado y reconocer en él la presencia de Dios y la expresión del amor de Dios que entrega a su Hijo por amor.

En la cruz de Jesús aparece en primer lugar la impotencia de Dios. Esa impotencia, por sí misma, no causa esperanza, pero hace creíble el poder de Dios que se mostrará en la resurrección. La razón está en que la impotencia de Dios es expresión de su absoluta cercanía a los pobres y de que comparte hasta el final sus sufrimientos. Si Dios estuvo en la cruz de Jesús, si compartió de ese modo los horrores de la historia, entonces su acción en la resurrección es creíble, al menos para los crucificados. El silencio de Dios en la cruz no es escándalo para los crucificados, pues a ellos lo que realmente les interesa saber es si Dios estuvo también en la cruz de Jesús. Si así es, ha llegado a su cumbre la cercanía de Dios a los hombres, iniciada en la encarnación. La cruz es la afirmación tajante de que nada en la historia ha puesto límites a la cercanía de Dios a los hombres. Sin esa cercanía, el poder de Dios en la resurrección correría el peligro de no ser creíble para los crucificados de este mundo. Pero con esa cercanía pueden realmente creer que el poder de Dios es Buena Nueva, porque es amor.

Dios asume la cruz en solidaridad y amor con los crucificados, con los que sufren la cruz. Les dice: aunque absurda, la cruz puede ser camino para la liberación, con tal que la asuman en libertad y amor. Entonces liberarán a la cruz de su absurdo y se liberarán a

ustedes mismos. La libertad y el amor son mayores que todos los absurdos y más fuertes que la muerte; podemos hacer de ellos otros tantos caminos hacia Dios.

La cruz de Jesús es la demostración más acabada del inmenso amor de Dios a los crucificados. La cruz de Jesús dice, de un modo creíble, que Dios ama a los hombres, y que él mismo se dice y se da como amor y como salvación. En la cruz Dios ha pasado la prueba del amor, para que después podamos también creer en su poder, el poder triunfador de su resurrección. Así la resurrección de Jesús se puede convertir para los crucificados en símbolo de esperanza.

La identificación entre el Crucificado y el Resucitado alimenta la esperanza de que el futuro no está al lado de los opulentos, de los que no tienen corazón, de los criminales, sino del lado de los humillados, de los ofendidos y de los crucificados injustamente.

La resurrección dice en último término a los crucificados que su esperanza es sólida, que está bien cimentada; y lo dice porque es manifestación no sólo del poder, sino del amor de Dios. Sólo el poder no genera necesariamente esperanza, sino un optimismo calculado. El amor, sin embargo, transforma las expectativas en esperanza. El Dios crucificado es lo que hace creíble al Dios que "*da vida a los muertos*" (Rm 4,17), porque lo muestra como un Dios de amor y, por ello, como esperanza para los crucificados.

Bibliografía

1. JURGEN MOLTMANN, Trinidad y Reino de Dios, La Doctrina sobre Dios, Sígueme, Salamanca 1983, pgs. 35-44: ¿Impasibilidad o pasión de Dios?
-Experiencia de Dios, Sígueme, Salamanca 1983, pgs. 78-84: El dolor de Dios.
- El Dios crucificado, Sígueme, Salamanca 1977, pgs. 275-399: El "Dios Crucificado".
L. BOFF, Pasión de Cristo Pasión del Mundo, pgs. 244-246: El Dios sufriente, ¿Cómo sufre Dios?
KAZOH KITAMORI, Teología del Dolor de Dios, Sígueme, Salamanca 1975, pgs. 57-59: El dolor como la esencia de Dios.
J. L. CARAVIAS, Dios es Bueno, HOAC, Madrid 1977, pgs. 33-40: Amor de Dios a su pueblo.
M. GOURGUES, Jesús ante su Pasión y su Muerte, pgs. 5-19.
J. I. GLZ. FAUS, La Teología de cada Día, pgs. 250-254: El concepto de dolor de Dios.
KARL LEHMANN, Jesucristo resucitado, nuestra Esperanza, Sal Terrae, Santander 1982, pgs. 23-43: Dios en la pasión.
ALFONSO ORTIZ, La Teología de la Cruz en la Teología de Hoy, en Teología de la Cruz, Sígueme, Salamanca 1979, pgs. 9-19.

2. L. BOFF, Jesucristo el Liberador, pg. 250: Jesús, Dios de los hombres y Dios con nosotros.
 J. R. GUERRERO, Experiencia de Dios y Catequesis, pgs. 253-254.
 J. M. CASTILLO, Símbolos de Libertad, Sígueme, Salamanca 1981, pgs. 431-435: Cristo, sacramento original.
 J. MOLTMANN, Trinidad y ..., pgs. 45-57.
 MIGUEL DE UNAMUNO, Del Sentimiento Trágico de la Vida, Madrid 1980, pgs. 180-184.
 ENDO SHUSAKU, Jesús, Sal Terrae, Santander 1980, pgs. 93-184.
 J. SOBRINO, Cristología desde AL., pgs. 147-152.
 ANDRE FEUILLET, El significado fundamental de la agonía en Getsemaní, en Teología de la Cruz, pgs. 110-131.
 J. I. GLZ FAUS, La Teología de cada Día, pgs. 94-95: Meditación ante un crucifijo 2.000 años después.
 - El Jesús testigo y el Dios crucificado, en Hacia la Verdadera Imagen de Cristo, pgs. 155-168.

3. RENE LATOURELLE, El Hombre y sus Problemas a la Luz de Cristo, Sígueme, Salamanca 1984, pgs. 351-355: El Dios crucificado, única respuesta.
 J. I. GLZ FAUS, Este es el Hombre, pgs. 288-290: Sabiduría de la cruz: amor al hombre.
 L. BOFF, Pasión de Cristo Pasión del Mundo, pgs. 246-248: la cruz como muerte de todos los sistemas.
 J. SOBRINO, Cristología desde AL., pgs. 175-179: En la cruz de Jesús el mismo Dios está crucificado.
 A. NOLAN, ¿Quién es este Hombre?, pgs. 183-189: La función del sufrimiento y la muerte.
 J. MOLTMANN, Experiencias de Dios, pgs. 67-78: La angustia de Cristo.

4. L. BOFF, Pasión de Cristo Pasión del Mundo, pgs. 271-283: ¿Cómo predicar hoy la cruz de Nuestro Señor Jesucristo?
 - La Vida más allá de la Muerte, CLAR, Bogotá 1981, pgs. 132-137: Saborear a Dios en la fragilidad humana y festejarlo en la caducidad del mundo.
 - Liberación de J. C. por el camino de la opresión, en la Nueva Frontera de la Teología en AL., pgs. 131-132: La situación de cautividad como actualización de la cruz de Cristo.
 - El Camino Sagrado de la Justicia, Indo-American, Bogotá 1979.
 SEGUNDO GALILEA, El Camino de la Espiritualidad, Paulinas, Bogotá 1982, pgs. 189-195: El camino de la cruz.
 - El Seguimiento de Cristo, Paulinas, Bogotá 1978, pgs. 67-74: Seguir a Jesús fiel hasta la cruz.
 - El exilio como "noche de la liberación", en Oración Cristiana y Liberación, Desclée, Bilbao 1980, pgs. 41-52.
 J. I. GLZ FAUS, Este es el Hombre, pgs. 284-290: Sabiduría de la cruz.
 ROBERTO OLIVEROS, Teología y Liberación, CEP, Lima 1977, pgs. 431-435.
 J. SOBRINO, Cristología desde AL., pgs. 167-169: La cruz es consecuencia del camino histórico de Jesús; 172-175: Conocer a Dios es permanecer con él en la pasión.
 K. KITAMORI, Teología del Dolor de Dios, pgs. 97-117: La mística del dolor.
 C. DUQUOC, Actualidad teológica de la cruz, en Teología de la Cruz, pgs. 21-29.
 J. MOLTMANN, Ecumenismo bajo la cruz, en Teología de la Cruz, pgs. 170-178.
 G. GUTIÉRREZ, Beber en su propio Pozo, pgs. 139-202: Libres para amar.
 - Teología de la Liberación, pgs. 253-260: Una espiritualidad de la liberación.

- JOSE M. RAMBLA, Espiritualidad cristiana en la lucha por la justicia, en La Justicia que brota de la Fe, Sal Terrae, Santander 1983, pgs. 179-199.
- JORGE ALVAREZ CALDERON, Descubrir la espiritualidad del pueblo, en Acompañando a la Comunidad, CEP, Lima 1982, pgs. 169-189.
- ALOYSIUS PIERIS, La espiritualidad en una perspectiva de liberación, en Vida y Reflexión, CEP, Lima 1983, pgs. 179-199.
- PEPE JUAREZ, Profetismo y causa del pueblo, en Misión Abierta dic. 1984, pgs. 124-128: Criterios proféticos y de seguimiento de Jesús.
- NUEVO DICCIONARIO DE TEOLOGIA, pgs. 266-283: Cruz.
5. J. SOBRINO, Jesús en AL., pgs. 241-243: La credibilidad del poder de Dios a través de la cruz.
- K. LEHMANN, Jesucristo resucitado..., pgs. 105-118: Luz desde la última profundidad de las tinieblas.
- L. BOFF, La Fe en la Periferia del Mundo, pgs. 42-43.
- J. I. GLZ FAUS, La opción por el pobre como clave hermenéutica de la divinidad de Jesús, en La Justicia que brota de la Fe, pgs. 201-213.
- IGNACIO ELLACURIA, El pueblo crucificado, en Cruz y Resurrección, CRT, México 1978, pgs. 49-82.

10

La victoria de Dios en Jesús

Jesús había mostrado, con su vida y con su palabra, el amor sin límites del Padre Dios. Cumplir la voluntad de su Padre había sido el ideal de su vida. El Reinado de Dios fue el centro de su predicación. Pero contrariamente a lo que se podía esperar de él (Lc 24,21), murió ajusticiado, preguntando: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*" (Mc 15,34). ¿Abandonó verdaderamente Dios a Jesús? ¿Fue la muerte más fuerte que su fe y su amor? ¿Sería la muerte y no la vida la última palabra de Dios sobre el destino de Jesús de Nazaret? ¿Qué queda de esa pretensión suya de conocer al Padre y de ser reconocido y amado como Hijo?

1. DIOS RESUCITO A JESUS DE ENTRE LOS MUERTOS

A pesar del fracaso humano, desde su radical, brutal soledad, Jesús clamó la más impresionante fórmula de fe desnuda: "*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*" (Lc 23,46). Moría, pues, esperando en Dios, esperanzado más allá de cualquier posible esperanza y desesperanza. Fue entonces cuando el Padre dijo la última palabra, la definitiva: un "sí" rotundo y absoluto a la vida y a la predicación de Jesús. Jesús siempre había confiado en Dios; tenía la conciencia de que, pasara lo que pasara, estaba en manos de su Padre. Suceda lo que suceda, el "tercer día", está en manos de Dios. Jesús contaba con que, antes de su muerte, en ella o después, su vida sería renovada: "al tercer día", o sea, al final de todo, el Dios de la salvación tendría la última palabra. Y así fue.

La muerte había puesto fin a la comunión de vida entre los discípulos y el Jesús histórico. Los discípulos se desanimaron en extremo y en cierto modo abandonaron al Maestro. Pero unos días después, ellos mismos anunciaron con todo descaro, sin miedo, que Jesús había resucitado de entre los muertos: *"Ustedes, por manos de paganos, lo mataron en una cruz. Pero Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte"* (Hch 2,23-24). *"Mataron al autor de la vida, pero Dios lo resucitó"* (Hch 3,15).

Los mismos apóstoles, antes temerosos, se ofrecen a sí mismos como testigos de este hecho inaudito: *"Lo mataron colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó al tercer día, e hizo que se dejara ver, no de todo el pueblo, sino de los testigos que él había designado, de nosotros, que hemos comido y bebido con él después que resucitó de la muerte"* (Hch 10,40-41). Hasta hacen curaciones en nombre del Resucitado y lo justifican con toda claridad: *"Quede bien claro... que ha sido por obra de Jesús Mesías, el Nazareno, a quien ustedes crucificaron y a quien Dios resucitó de la muerte"* (Hch 4,10).

La realidad de que Jesús está vivo llena a plenitud la vida de los primeros cristianos. Son numerosas las manifestaciones de esta fe. Las encontramos con frecuencia a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Algunos de estos actos de fe son anteriores a la misma redacción del Nuevo Testamento. Veamos algunos de ellos.

Las palabras que dicen los discípulos a los que vuelven de Emaús, seguramente son sacadas por Lucas de una fórmula tradicional conocida por todos: *"¡Es verdad!: ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón"* (Lc 24,34).

Aproximadamente unos diez años después de la ejecución de Jesús, corría ya por las comunidades cristianas un "credo" oficial en el que confesaban la resurrección. Lo encontramos así en San Pablo: *"Lo que les transmití fue, ante todo, lo que yo había recibido: que el Mesías murió por nuestros pecados, como lo anunciaban las Escrituras..."* (1 Cor 15,3-5). El ritmo de la fórmula denota que se trataba de un canto o un rezo habitual, ya antiguo, pues Pablo escribe hacia el año 55 haciendo alusión a su visita anterior que fue el 51. La fórmula podría ser del 40, o quizás del 35. Pablo no trata de demostrar que Jesús ha resucitado; sólo les recuerda esta buena nueva en la que han creído y les razona a partir de esta fe.

La formulación más antigua del mensaje pascual podría resumirse así: "Dios resucitó a Jesús de entre los muertos". Tal vez esta es la voz de la fe pascual en estado naciente. Se piensa que así expresaban los cristianos su fe desde los orígenes y de forma unánime. Veamos algunos textos más: *"Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del*

Padre..." (Rm 6,4). "Tenemos fe en el que resucitó de la muerte a Jesús Señor nuestro..." (Rm 4,25). "Si tus labios profesan que Jesús es Señor y crees de corazón que Dios lo resucitó de la muerte, te salvarás" (Rm 10,9). En otro texto para decir en qué consiste la conversión cristiana, Pablo utiliza una antigua confesión de fe, que recoge la misma fórmula que la anterior: "Servir al Dios vivo y verdadero, y aguardar la vuelta desde el cielo de su Hijo Jesús, al que resucitó de la muerte..." (1 Tes 1,10).

Además de las fórmulas de fe existen en los textos neotestamentarios diversos himnos en los que se aclama en Jesús al Señor glorificado por Dios. Veamos el más importante de ellos.

*"Por eso Dios lo encumbró sobre todo y le concedió el título que sobrepasa todo título;
de modo que a ese título de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en el abismo, y toda boca proclame que Jesús, el Mesías, es Señor, para gloria de Dios Padre" (Flp 2,9-11).*

2. EL HECHO DE LA RESURRECCION

¿En qué se fundamenta esta fe tan firme de los primeros cristianos? Nadie vio directamente el hecho de la resurrección de Jesús, pues se trata de un hecho que está más allá de la historia, tras la muerte, en la eternidad. Es un hecho sólo captable en la fe. Jesús no volvió a la vida espacio-temporal que tenía antes, como Lázaro o el joven de Naín.

Lo que sucedió no fue la reanimación de un cadáver, sino la radical transformación de la realidad terrestre de Jesús. Al resucitar, no recibe ya la misma vida de la que disfrutó durante su existencia terrena. Resucitar no equivale a recobrar la vida perdida, sino a disfrutar la vida en plenitud, la vida plena, que se sustenta con la fuerza de Dios. En ese momento Jesús recibió, sin ninguna limitación, la vida que le correspondía en cuanto Dios. Al morir, Jesús "pasa al Padre", se sumerge en la vida del Padre, libre ya de toda limitación que hasta ese momento lo circunscribía a un solo lugar y a un solo tiempo.

La resurrección de Jesús pertenece, pues, a los dominios exclusivos de la fe, no constatable en sí misma por la experiencia humana. No existe ojo humano capaz de percibir directamente la vida plena que fluye de Dios, que es la vida nueva del Resucitado.

La resurrección de Jesús tiene una conexión con la historia. Se trata de algo realmente acontecido, cuyo protagonista fue Jesús muerto. Sin embargo, el suceso rebasa por todas partes el puro plano histórico. La fuerza divina infundida a Jesús muerto jamás podrá ser controlada por las ciencias experimentales. Supera los horizontes de la historia, está más allá de la historia, aunque ciertamente tiene una influencia decisiva en el proceso de la historia humana. Pero para captar su contenido no basta apoyarse en datos históricos; es preciso recurrir a la fe, fe que se nos da precisamente gracias al Resucitado.

La fe, pues, nos hace afirmar que Jesús vive hasta hoy y para siempre. Para ser fieles al Nuevo Testamento esta afirmación ha de extenderse también a la resurrección corporal de Jesús. El ser de Jesús ha sido devuelto personalmente y por entero a la vida sin fin. El Resucitado es el mismo Jesús de Nazaret, pero un Jesús plenamente realizado en la gloria. El alma inmortal de Jesús volvió a tomar su cuerpo, con la particularidad de que, aunque parezca tener una supervivencia que presenta analogías con la vida terrestre, este cuerpo está dotado de propiedades que le hacen escapar a la condición material y mortal.

Ciertamente Jesús fue glorificado en su cuerpo histórico; por ello Cristo glorioso asumió su cadáver, como parte que era de su cuerpo histórico. El modo preciso como lo recuperó escapa a nuestro entendimiento. Tras la resurrección este cuerpo de carne y hueso se transformó por completo en puro instrumento para su persona, sin limitación de espacio, de tiempo, ni de materia. El cuerpo puesto en el sepulcro no volvió al universo físico-químico al que pertenecía; fue asumido plenamente por Cristo vivo que transforma el universo integrándolo en él. Querer precisar más es aventurarse en el terreno de la hipótesis, olvidando que la resurrección es objeto de fe y no de ciencia. El interés de la fe en Cristo resucitado va por otro camino.

¿De dónde nació la fe en Jesús resucitado? Ningún evangelista apoya esta fe en el hecho del sepulcro vacío. El sepulcro vacío no era más que una invitación a la fe. Pero nunca fue presentado como una prueba.

Lo que realmente dio origen a la fe fueron las apariciones. Cuántas fueron las apariciones del Resucitado, su lugar exacto y quiénes fueron los privilegiados es difícil de determinar históricamente. En cuanto al modo de estas apariciones, los Evangelios nos transmiten los siguientes datos: Son descritas como una presencia real y carnal de Jesús. El come, camina con los suyos, se deja tocar, oír y dialoga con ellos. Su presencia es tan real, que puede ser confundida con la de un viajero, con un jardinero o con un pescador. Pero al mismo tiempo su presencia tiene algo de nuevo, pues no se le reconoce a primera vista,

atraviesa paredes, aparece y desaparece de pronto. El resumen de este mensaje podría ser: es él mismo, está vivo, pero de otro modo.

La fe, pues, en la resurrección, es el fruto del impacto recibido por los apóstoles ante las apariciones del Señor vivo. Esos hombres, torpes y acobardados, no podrían haber inventado aquello. Los discípulos de Jesús son sinceros cuando nos aseguran haber tenido la certeza realmente de haber visto a Jesús después de su muerte pleno de nueva vida. Sin la realidad de las apariciones y la fe que nació de ellas, jamás hubieran podido predicar la resurrección del Crucificado. Sin "ese algo" que aconteció en Jesús, jamás hubiera existido la Iglesia, ni culto, ni alabanzas a este profeta ajusticiado; no hubiera existido esa multitud de hombres y mujeres que en aquel tiempo derramó su sangre por la fe en el Resucitado. No es la fe de los discípulos la que resucitó a Jesús, sino que es el Resucitado quien provoca la total e inesperada sorpresa, y quien les lleva a creer en él tan plenamente que no dudarán en morir afirmándolo. Era algo superior a ellos: *"Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído"* (Hch 4,20).

3. LA RESURRECCION CONFIRMA LA VERDAD DEL DIOS DE JESUS

El misterio pascual pone al descubierto la alternativa de las divinidades. Los dioses de la opresión dan muerte a Jesús y el verdadero Dios lo resucita, lo devuelve a la vida, a la vida en plenitud.

Del escándalo de la cruz ha surgido la novedad de lo imposible. Los discípulos entendieron la absoluta novedad que tenía para ellos el hecho de que Dios hubiera resucitado a Jesús de entre los muertos. Esa absoluta novedad experimentada en ellos hace que se formule en la Iglesia primitiva la fe en Dios, su aceptación de Jesús y su esperanza del Reino de Dios. Lo que hay de imposible en esa novedad hace que desde la resurrección de Jesús acepten la suprema e irrevocable revelación de lo que es Dios, lo que es Jesús, y lo que son ellos mismos. De ahí que paulatinamente fuesen formulando esa novedad como Dios Padre, Hijo y Espíritu, como veremos en el próximo capítulo.

Los discípulos afirman que la cruz no fue el final de Jesús: él "vive" y ha sido "exaltado" a la gloria del Padre. De esta forma afirman que la vida y la causa de Jesús fue verdadera, y que aquello de lo que Jesús hablaba, Reino de Dios y Dios del Reino, no pueden ser entendidos sin Jesús. Puesto que Cristo triunfó, ha de triunfar también el

proyecto por el que entregó su vida. La resurrección habla de la verdad del "camino" de Jesús; de la verdad del amor sufriente, del amor servicio. Autentifica la cruz. Realiza el triunfo del amor.

Por la resurrección Dios se muestra fiel a Jesús. Es realmente el Padre que no abandona definitivamente al Hijo, sino que lo acoge en absoluta cercanía. Dios triunfa sobre la injusticia, pues resucita a quien *"ustedes asesinaron"* (Hch 2,23); por una vez, y plenamente, la víctima triunfa sobre el verdugo. Dios muestra su poder no ya sólo sobre la nada, como en la creación; sino también sobre la muerte. Desde aquel momento Dios adquiere una nueva definición: Dios es *"el que resucitó de la muerte a Jesús"* (Rm 4,24); y, universalizando la definición: *"El que da vida a los muertos y llama a la existencia a lo que no existe"* (Rm 4,17).

En el misterio pascual aparece la dialéctica dentro de Dios: fidelidad a la historia entregando a Jesús y poder sobre la historia resucitándolo; un amor eficaz en la resurrección y un amor creíble en la cruz.

Lo que revela a Dios no es ni sólo el abandono de Jesús en la cruz, ni sólo su acción en la resurrección, sino la fidelidad de Dios a Jesús en estos dos acontecimientos unidos. Lo que revela a Dios es la resurrección del Crucificado, la cruz del Resucitado. Esta dualidad de aspectos es la que permite conocer a Dios como proceso abierto, y la que permite dar, sin banalizarlo, el nuevo y definitivo nombre de Dios: *"Dios es amor"* (1 Jn 4,8.16). Sin la resurrección el amor no sería el auténtico poder: sin la cruz el poder no sería amor.

Dios se sigue revelando en la historia a través de esta dialéctica y por ello no desaparece su misterio, ni su nombre es todavía absolutamente definitivo. Sólo al final, cuando haya desaparecido el último enemigo, la muerte, *"Dios lo será todo para todos"* (1 Cor 15,28); cuando aparezca *"un cielo nuevo y una tierra nueva"*, donde *"ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, pues lo de antes ha pasado"* (Ap 21,1.4). Dios sigue presente en la historia y a la manera histórica; pero a través de la resurrección de Jesús ha inaugurado ya la realidad definitiva y ésta se ha convertido en promesa irrevocable para todos.

En la resurrección de Jesús aparece la verdad del mismo Jesús: ¡El es verdaderamente el Cristo y el Hijo! Esto es lo que afirma el Nuevo Testamento de muy diversas formas. Durante su vida terrena Jesús aparece íntimamente relacionado con el Padre y con su Reinado; en su resurrección se revela hasta lo más profundo lo que es Dios y

el Reino. Esa profundidad es tan nueva y tan radical, que no puede ser ya pensada ni existir sin Jesús. Jesús pertenece absolutamente a Dios y al Reino. Pertenece realmente a Dios (divinidad) y Dios se manifiesta realmente en Jesús (humanidad).

4. EL QUE RESUCITA ES EL CRUCIFICADO

Queremos insistir en una verdad fundamental para nuestra fe: el Resucitado no es otro que Jesús de Nazaret crucificado. Esta es una verdad fundamental porque fundamenta la realidad de la resurrección y, de ahí, cualquier interpretación teológica de ella.

Ya vimos al comienzo de este capítulo cómo los discípulos unen casi siempre la doble realidad muerte-resurrección. Dios resucita al Crucificado. Dan gran importancia a la identificación de quién ha sido resucitado por Dios. El Resucitado es precisamente el hombre que predicó la venida del Reino de Dios a los pobres, denunció y desenmascaró las falsas divinidades, fue por ello perseguido, condenado a muerte y ejecutado, y mantuvo en todo ello una radical fidelidad a la voluntad de Dios y una radical confianza en el Dios a quien obedecía. Quien así ha vivido y quien por ello fue crucificado, ha sido resucitado por Dios, precisamente como respuesta de Dios a la acción criminal e injusta de los hombres. Es el triunfo de la justicia de Dios.

Por ello podemos afirmar, junto con San Pablo, que lo definitivamente diferencial del cristianismo es literalmente "*Jesús, el Mesías, y éste crucificado*" (1 Cor 2,2). No es sólo en cuanto resucitado y glorificado, sino en cuanto crucificado-resucitado como Jesús se diferencia inconfundiblemente de los muchos dioses grandilocuentes y de los héroes divinizados de la historia. La cruz del Resucitado es el gran distintivo que diferencia radicalmente a esta fe y a su Señor de todas las otras religiones, ideologías y utopías, y sus respectivos señores. La cruz hace que esa fe esté arraigada en la realidad de la vida concreta y en sus conflictos. La cruz, de esta manera, separa la fe cristiana de la incredulidad y la superstición. La cruz siempre a la luz de la resurrección y la resurrección, al mismo tiempo, a la sombra de la cruz.

Cuanto más se ahonda en la cruz tanto más se ahonda en la resurrección; cuanto más profunda es la "contra esperanza" de la cruz, más viva es la "esperanza" de la resurrección. En cambio, el olvido de la cruz es la manera más radical de descristianizar la esperanza de la resurrección.

La esperanza cristiana no es el optimismo que espera ingenuamente más allá de la muerte, más allá de la injusticia y la opresión, sino que es esperanza contra la muerte, contra la injusticia y la opresión. Cuando San Pedro pide al cristiano que dé "*razón de su esperanza*" (1 Pe 3,15) se está refiriendo a un ambiente concreto de persecución: habla a gente que está padeciendo por hacer el bien (3,17). Es que la esperanza cristiana surge precisamente en el momento en que pareciera tener que desaparecer, en el momento en que el bien y el amor no triunfan.

Sólo así la resurrección de Jesús es una buena noticia para los crucificados del mundo, una buena noticia concreta y cristiana, y no abstracta e idealista. Además, los crucificados de la historia son los que pueden captar más cristianamente la resurrección de Jesús. Ellos pueden ver mejor que nadie en Jesús resucitado al primogénito de entre los muertos, porque en verdad, y no sólo a nivel de ideas, lo reconocen como hermano mayor. Por ello podrán tener el coraje de esperar su propia resurrección y podrán tener ánimo ya en la historia, lo cual supone un "milagro" análogo a lo sucedido en la resurrección de Jesús.

La resurrección de Jesús no sólo nos enfrenta con el problema de nuestra propia muerte, sino con el de la muerte crucificada de muchos de nuestros hermanos. La tragedia del hombre y el escándalo de la historia consiste en la realidad existente hoy de muchos pueblos enteros convertidos en piltrafas y desechos humanos, pueblos sin rostro ni figura, como el Crucificado. No hay que olvidar que son hoy millones los que de diversas formas mueren como Jesús, "a mano de los paganos", a mano de los modernos idólatras de la seguridad nacional o de la absolutización de la riqueza. Muchos hombres mueren realmente crucificados, asesinados, torturados, desaparecidos, por causa de la justicia. Y otros muchos mueren la lenta crucifixión que les produce la injusticia estructural.

La necesaria esperanza, como condición de posibilidad de creer en la resurrección de Jesús como futuro bienaventurado de la propia persona, pasa por la práctica del amor histórico de dar ya vida a los que mueren en la historia. La lucha decidida, perseverante, verdaderamente "contra esperanza", en favor de la vida de los hombres, es la mediación cristiana para que se mantenga la esperanza en la propia resurrección. La comunidad en la vida y destino de Jesús es lo que da esperanza de que se realice también en nosotros lo que se realizó en Jesús.

El Reino de Dios se ha acercado y se ha hecho realidad en la resurrección de un Crucificado; los crucificados en directo, y todos aquellos cuya muerte participe de la semejanza de una crucifixión fruto del amor, pueden participar también de la esperanza del

Crucificado-Resucitado. Cuando la muerte propia es producto de entrega por amor a los otros y a lo que en los otros hay de desvalido, indefenso, producto de injusticia, sólo entonces se participa también en la esperanza de la resurrección. No hay otro camino, que aceptar el escándalo de Jesús: la Buena Nueva es para los pobres; la resurrección es para los crucificados.

Por ello para anunciar hoy la resurrección de Jesús hay que estar en verdad junto a la cruz y junto a las innumerables cruces actuales. Desde los crucificados de la historia, sin pactar con sus cruces, es desde donde hay que anunciar la resurrección.

Cuando la Iglesia está junto al Crucificado y los crucificados, sabe cómo hablar del Resucitado, cómo suscitar una esperanza y cómo hacer que los cristianos vivan ya como resucitados en la historia.

5. VIVIR HOY LA RESURRECCION DE CRISTO

La resurrección de Jesús apunta al futuro absoluto, pero apunta también al presente histórico. Su resurrección no le separa de la historia, sino que le introduce en ella de una nueva forma; y los creyentes en el Resucitado deben vivir ya como resucitados en las condiciones de la historia.

San Pablo repite con frecuencia que la resurrección de Jesús lleva a nuestra propia transformación, a partir de esta misma vida. *"...Para que, así como Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, también nosotros empezáramos una nueva vida... Así también ustedes ténganse por muertos al pecado y vivos para Dios, mediante el Mesías Jesús"* (Rm 6,4.11). *"Murió por todos para que los que viven ya no vivan más para sí mismos, sino para el que murió y resucitó por ellos"* (2 Cor 5,15).

Cuando se trata de Cristo, Pablo habla ordinariamente de resurrección, e igualmente cuando habla de la vida futura. Pero para el creyente que vive en este mundo Pablo habla de "vida" y de "hombre nuevo". El no insiste tanto en que el bautizado ha de "resucitar", sino en que ha de "vivir" "una nueva vida". *"Para eso murió el Mesías y recobró la vida, para tener señorío sobre vivos y muertos"* (Rm 14,9).

La vida del creyente es la vida de Cristo. Jesús resucitado tiene relación personal con cada uno de los creyentes. Por eso Pablo puede decir: *"Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí"* (Gál 2,20). Estas palabras deben ser verdaderas para todo creyente.

En cierto sentido, Pablo es Cristo viviente. Se siente a sí mismo en relación íntima con Cristo, de quien depende enteramente, sin el cual vivir ya no es vivir, y con el que todo se vuelve amor.

Ahora bien, este amor es el amor crucificado. He aquí lo que Pablo nunca olvida. Rigurosamente hablando, no anuncia la resurrección; anuncia la cruz (1 Cor 1,23). Sólo que, para anunciar la cruz como acontecimiento de salvación, es preciso que la resurrección haya tenido lugar y revele el sentido de la cruz. Sin el activo y eficaz recuerdo del Crucificado, el ideal del hombre nuevo toma un rumbo peligroso y anticristiano, como lo prueban ciertos movimientos carismáticos que se salen de la historia o los hombres que miran la historia de arriba abajo tratando de someterla a la fuerza. El camino hacia el hombre nuevo no puede ser otro que el camino sufriente de Jesús hacia su resurrección.

Sería un grave error pensar que sólo para Jesús fueron necesarias la encarnación y la fidelidad a la historia, como si se nos ahorrara a nosotros lo que no se le ahorró a él. Sería como pretender llegar a la resurrección de Jesús, sin recorrer las mismas etapas históricas que recorrió él. La vida del hombre nuevo sigue siendo esencialmente un proceso de seguimiento de Jesús.

El contenido de ese proceso debe ser ya bien conocido. Se trata de la encarnación en el mundo de los pobres, de anunciarles la Buena Noticia de Dios y su Reino, de salir en su defensa, de denunciar y desenmascarar las falsas divinidades tras las que se esconden los poderosos, de asumir el destino de los pobres, y, la última consecuencia de esa solidaridad, la cruz. En esto consiste el vivir ya como resucitados. Esto es el *"hacerse hijos en el Hijo"*, que vino *"a servir y a dar la vida"* (Mt 20,28). El Reino de Cristo se hace real en la medida en que hay servidores como él lo fue. El hombre nuevo cree en verdad que más feliz es el que da que el que recibe (Hch 20,35), que es más grande el que más se abaja para servir (Mt 20,26).

El señorío de Jesús se ejerce repitiendo en la historia el gesto de Dios que resucita a Jesús: dando vida a los crucificados de la historia; dando vida a quienes están amenazados en su vida.

La resurrección se presenta en medio de nosotros como *"el paso de condiciones inhumanas a condiciones más humanas"*. Cualquier adelanto fraterno en una comunidad es ese paso, en pequeño, de la muerte a la vida. Avanzar en ser más personas, más unidos, más libres, es un caminar hacia la resurrección, junto con Cristo resucitado. Caminar doloroso

preñado de esperanza. Todo lo que sea amor comunitario es triunfo vivo sobre la muerte del egoísmo. Es ya la gran resurrección empezada.

La resurrección entendida así no tiene nada de pasividad. Bajo ningún concepto es alienante. Es una negativa a detenerse, a vivir marginados y explotados; es una negativa a dejarse morir. Es paso de todas las formas de muerte a todas las formas de vida. Es no contentarse con arrastrar la existencia, sino luchar por vivir con entera responsabilidad. Luchar por hombres nuevos y un mundo nuevo, con renovadas esperanzas, a pesar de todas las dificultades, pues el fin de toda esclavitud está ya firmado por Dios en la resurrección de Cristo.

En el Nuevo Testamento se recalca que el hombre nuevo es el hombre libre, y esa libertad la da Jesús resucitado: "*Para que seamos libres nos liberó el Mesías*" (Gál 5,1) "*El Señor es el Espíritu, y donde hay Espíritu del Señor, hay libertad*" (2 Cor 3,17). Esta libertad, evidentemente, nada tiene que ver con el libertinaje (Gál 5,13; 1 Pe 2,16), ni con el salirse de la historia.

La presencia del Resucitado produce la libertad del amor para servir, sin que nada ponga límites al servicio, ni miedos, ni prudencias mundanas. Consiste en tener la actitud del mismo Jesús que da su vida libremente, sin que nadie se la quite.

Una vida radicalmente libre para servir trae consigo su propio gozo, aun en medio de los horrores de la historia. Ese gozo es señal de la presencia del Resucitado. Por ello Pablo repite exultante que "*ninguna criatura podrá privarnos de ese amor de Dios, presente en el Mesías Jesús, Señor nuestro*" (Rm 8,39). Esa libertad y ese gozo son la expresión de que vivimos ya como hombres nuevos, resucitados en la historia. Son la expresión histórica entre nosotros de lo que hay de triunfo en la resurrección de Jesús.

6. EL MESIAS HA RESUCITADO COMO PRIMER FRUTO DE LOS QUE DUERMEN

Hemos visto que la esperanza humana se apoya en Jesús resucitado y que ya se está realizando en todo hombre que cree en él. Pero la fe en el Resucitado nos lleva más allá de la muerte. Desde el comienzo, los cristianos creyeron en la resurrección de los muertos.

Si Pablo cita la fórmula catequética que hemos visto en el apartado 1º, es para fundar sobre ella la fe en la resurrección de los muertos: "*Si de Cristo se proclama que*

resucitó de la muerte, ¿cómo dicen algunos de ustedes que no hay resurrección de muertos?" (1 Cor 15,12) "El mismo que resucitó al Mesías dará vida también a sus seres mortales" (Rm 8,11).

El mismo Pablo se pregunta "*¿Y cómo resucitarán los muertos?, ¿qué clase de cuerpo tendrán?" (1 Cor 15,35). Teniendo ante los ojos a Jesús resucitado responde diciendo que el cuerpo resucita "incorruptible, glorioso,... fuerte" (1 Cor 15,42-43), con una realidad totalmente llena de Dios. El llega a decir que "resucita cuerpo espiritual" (1 Cor 15,44).*

"Cuerpo" para la mentalidad de Pablo no significa la parte "material", distinta al "alma". Cuerpo es el hombre todo entero (cuerpo-alma) como persona, en su relación con los otros. Cuerpo es el hombre en su capacidad de comunicación.

Entendiéndolo así, San Pablo insiste: "*Esto corruptible tiene que vestirse de incorrupción y esto mortal tiene que vestirse de inmortalidad" (1 Cor 15,53). A todo "esto", pues, a la totalidad de la existencia con sus relaciones y proyectos, a todo lo que en "esto" vale, se le inyectará una vida nueva. No es que Dios sustituya lo nuevo en lugar de lo viejo, sino que lo viejo lo hace nuevo. Pablo pretende que a lo temporal, histórico y percedero se le cambien las propiedades para que lo mismo entre en lo definitivo. No se trata de cambiar "nuestra morada terrestre, esta tienda de campaña", por "una morada eterna". Por más raro que suene a nuestros oídos, no. No es una sustitución, sino una añadidura: se trata de "revestirnos encima la morada que viene del cielo... Sí, los que vivimos en tiendas de campaña suspiramos angustiados, porque no querríamos quitarnos lo que tenemos puesto, sino vestirnos encima, de modo que lo mortal quede absorbido por la vida" (2 Cor 5,1-5).*

La resurrección potencializa al máximo el "cuerpo" humano como capacidad de comunicación. Ya en la situación terrestre del hombre-cuerpo es comunión y presencia, donación y apertura para los otros, pero de una manera limitada: no podemos estar en dos lugares; estamos presos en el espacio y en el tiempo; nos comunicamos a través de palabras y signos ambiguos. Por la resurrección todos estos obstáculos son destruidos: reina total comunión; absoluta comunicación con las personas y las cosas. El hombre-cuerpo se transfigura en espíritu-corporal, hecho total apertura y comunicación. "*Resucita cuerpo espiritual*", dice San Pablo, o sea, con una personalidad plenamente realizada en todas sus dimensiones por el aliento vital y creador de Dios; con una vida no problemática, no fallida en su realización; una vida en la que es realidad plena la comunicación, la igualdad, la libertad, el amor.

Como decíamos al comienzo de este apartado, la fe en nuestra resurrección se apoya totalmente en la fe en la resurrección de Jesús. *"De hecho, el Mesías ha resucitado de entre los muertos como primer fruto de los que duermen"* (1 Cor 15,20). *"Todos recibirán la vida...; como primer fruto el Mesías; después, los del Mesías..."* (1 Cor 15,23).

Jesús resucitado es la "primicia", "el primer fruto", que anuncia la cercanía de toda la cosecha. Pero en este caso no se trata de una "primicia", un don que el hombre hace a Dios, sino de un regalo de Dios a los hombres. Jesús resucitado es *"primer fruto de los que duermen"*, es decir, la primicia anunciadora de la resurrección de todos los muertos. La resurrección de Jesús no sólo "representa" a todas las resurrecciones, sino que las precede; abre el futuro en cuanto futuro de vida, y no meramente en cuanto simple tiempo por llegar. Lo definitivo se ha hecho ya futuro y la utopía se ha hecho promesa. Por eso, Cristo al resucitar se hace "primogénito". Así se entiende la frase de Pablo: *"si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado"* (1 Cor 15,13). Quiere decir que si no hay cosecha, es que tampoco ha habido primicias, puesto que en ellas ha de estar toda la cosecha. Pero si hubo primicias, ya está segura la cosecha.

Gozamos de la resurrección porque Jesús, que es primicia, ya la ha alcanzado plenamente. Si el Primogénito ya ha nacido a una vida nueva, nosotros, a pesar de que todavía damos patadas en el vientre materno deseando nacer a la vida nueva, constatamos que ya desde ahora estamos encaminados hacia la plenitud, no solamente "a ejemplo" de lo que le ha sucedido a Jesús, sino precisamente porque ya le ha sucedido a Jesús: en el Primogénito está presentado y ofrecido todo el pueblo. Jesús es primicia resucitada y, por tanto "no le es posible no resucitar" a la totalidad contenida en él. La plenitud de vida del Resucitado Primogénito tiene que vivificarnos, porque en él se encuentra la totalidad del pueblo.

Por Jesús y en Jesús todos estamos encaminados a vivir plenamente. Sólo si libremente nos separamos de él, estamos muertos-para-siempre.

Resurrección significa, pues, absoluta realización humana, pero ello se realizará gracias a la total posesión de la persona por parte de Dios. Dios se hará carne en cada uno de nosotros. En el cielo se concretizará la suprema vocación humana: renunciar totalmente a sí mismo para ser todo de Dios.

7. JESUS RESUCITADO SIGUE VIVIENDO UNA ESPERANZA

Hemos visto que la cruz no es la última palabra sobre Jesús, pues Dios lo resucitó de entre los muertos. Pero su resurrección tampoco es la última palabra sobre la historia, pues Dios no es todavía *"todo para todos"* (1 Cor 15,28).

Jesús resucitado vive aún una esperanza. Sus hermanos y la patria humana (el universo) todavía no han sido transfigurados como él. La lucha con el poder del mal en el conflicto de la historia demuestra con claridad que todavía Dios no es *"todo para todos"*. Estamos aún en camino, rodeados de flaquezas, ignominias y sufrimientos.

Pero Jesús resucitado espera que el Reino de Dios que se concretó y empezó con él llegue a un feliz término. El es Cabeza de la humanidad (Col 1,18; Ef 1,22-23); y el cuerpo de la humanidad todavía no ha alcanzado la plenitud nueva y definitiva de su Cabeza.

El Resucitado es primogénito de una creación nueva, y ha de llegar a ejercer su dominio sobre toda la creación, no sólo de derecho, sino también de hecho. Mientras la primogenitura de Cristo no se ejerza sobre toda la creación, su resurrección no habrá explotado todas sus posibilidades liberadoras. Ello quiere decir que el hecho pascual continúa en cierto modo haciéndose. La fuerza liberadora del Resucitado, lejos de agotarse, se va activando con el tiempo, y nada ni nadie queda fuera de su radio de acción. Todo el mundo está llamado a respirar aires crísticos.

Así como los santos del cielo, según las palabras del Apocalipsis (6,11), tienen que esperar *"hasta que se complete el número de sus consiervos y hermanos"*, así también espera Jesús a los suyos. El está preparándonos un sitio en la casa de su Padre (Jn 14,2). Glorificado junto a Dios, *"está siempre vivo para interceder en su favor"* (Heb 7,25), por su salvación y por la transformación del cosmos. De este modo, Jesús resucitado sigue viviendo una esperanza. Sigue esperando el crecimiento del Reino entre los hombres. Jesús sigue esperando que la revolución por él iniciada, en el sentido de una comprensión entre los hombres y Dios, del amor indiscriminado a todos, penetre cada vez más profundo en las estructuras, del pensar, el actuar y el planear humanos. Sigue esperando que el rostro del hombre futuro que permanece obscurecido por el hombre presente se haga cada vez más claro. Espera *"llevar la historia a su plenitud: hacer la unidad del universo..., de lo terrestre y de lo celeste"* (Ef 1,10). Espera la construcción de *"un cielo nuevo y una tierra nueva en los que habite la justicia"* (2 pe 3,13) de Dios. Mientras todo esto no haya triunfado aun totalmente, Jesús sigue viviendo esta esperanza. Por eso todavía existe un futuro para el Resucitado.

Jesús espera aún algo más, algo todavía no acabado ni realizado plenamente: la resurrección de los muertos, hermanos suyos, la reconciliación de todas las cosas con ellas mismas y con Dios y la transfiguración del cosmos. San Juan podía decir con toda razón: *"Todavía no se ve lo que vamos a ser"* (1 Jn 3,2). La muerte, con sus dragones y sus bestias, todavía no ha sido derrotada del todo. Pero llegarán a oírse estas palabras verdaderas: *"Lo de antes ha pasado... Ahora todo lo hago nuevo"* (Ap 21,4-5). Lo que ya está fermentado en la creación se hará realidad.

La situación de éxodo, que es la permanente en este mundo en cambio, será transformada en una situación de casa paterna con Dios: *"Noche no habrá más, ni necesitarán luz de lámpara o de sol, porque el Señor Dios irradiará luz sobre ellos y serán reyes por los siglos de los siglos"* (Ap 22,5). A través de Jesucristo tenemos esta esperanza y esta certeza porque *"en su persona se ha pronunciado el sí a todas las promesas de Dios"* (2 Cor 1,20).

Mientras seguimos este camino, tenemos el rostro vuelto al futuro, hacia el Señor que llega, repitiendo las palabras del primer catecismo de la Iglesia primitiva, la Didajé: *"¡Que venga tu gracia y pase por este mundo! Amén... ¡Maraná! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Amén!"* (Ap 22,20).

También nosotros debemos vivir de esta misma esperanza de Cristo, convencidos de que lo importante no es el presente solo, ni el futuro solo; lo importante es el presente en función del futuro, que ya ha empezado a ser realidad en Jesucristo. Para ello contamos con la fuerza del Espíritu del Resucitado (Rm 8,11).

Bibliografía

1. E. SCHILLEBEECKCX, La Historia de un Vidente, pgs. 488-497: Resucitado de entre los muertos.
- En torno al Problema de Jesús, Cristiandad, Madrid 1983, pgs. 103-128: Valoración de la Cristología pascual.
X. LEON-DUFOUR, Resurrección de Jesús y Mensaje Pascual, Sígueme, Salamanca 1978, pgs. 41-76: Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos.
ETIENNE CHARPENTIER, Cristo ha resucitado, Cuadernos bíblicos 4, Verbo Divino, Estella 1981, pgs. 29-45.
K. RAHNER, Curso Fundamental sobre la Fe, pgs. 311-334: Teología de la muerte y resurrección de Jesús.
JOSEPH RATZINGER, El Dios de Jesucristo, Sígueme, Salamanca 1980, pgs. 86-95: Resucitó según las Escrituras.
2. ANTONIO SALAS, Catecismo Bíblico para Adultos, Biblia y Fe, Madrid 1979, pgs. 319-323: En qué consiste propiamente la resurrección de Cristo.
H. KUNG, 20 Tesis sobre Ser Cristiano, pgs. 44-48.
L. BOOF, Jesucristo el Liberador, pgs. 136-141: Qué dice la exégesis moderna acerca de la resurrección de Jesús.
J. L. SEGUNDO, El Hombre de Hoy ante Jesús de Nazaret II/1, pgs. 251-268: Jesús resucitado.
J. FITZMYER, Catecismo Cristológico, pgs. 81-86: Cómo entienden los intérpretes contemporáneos la resurrección de Jesús.
HANS URS VON BALTHASAR, El Misterio Pascual, en *Mysterium Salutis III*, Cristiandad, Madrid 1980, pgs. 800-803: Cómo sucedió la resurrección.
E. CHARPENTIER, Cristo ha resucitado, pgs. 67-72: La Pascua de Jesús: Acontecimiento histórico.
ULRICH WILCKENS, La Resurrección de Jesús, Sígueme, Salamanca 1981, pgs. 19-42: El anuncio de la resurrección en Pablo; 42-92: Los relatos de la resurrección en los evangelios.
3. J. SOBRINO, Jesús de Nazaret, en *Conceptos fundamentales de Pastoral*, Cristiandad, Madrid 1983, pgs. 501-502: La resurrección de Jesús: Revelación de Dios y del hombre. *Cristología desde AL.*, pgs. 210-212: El significado teológico de la resurrección de Jesús.
4. H. KUNG, 20 Tesis sobre Ser Cristiano, pgs. 49-50.
J. SOBRINO, *Cristología desde AL.*, pgs. 180-183.
- Jesús en *AL.*, pgs. 235-241; 248-250.
E. LOHSE, *Teología del NT.*, pgs. 132-134.
5. X. LEON-DUFOUR, Resurrección de Jesús..., pgs. 295-299: Pablo: Cristo vive en mí; 322-325: Jesucristo, mi Señor.
J. SOBRINO, Jesús en *AL.*, pgs. 243-247: El señorío de Jesús en el presente.
L. BOFF, *El Camino Sagrado de la Justicia*, pgs. 67-68: La resurrección se está realizando.

- J. L. CARAVIAS, Religiosidad Campesina y Liberación, Indo-American, Bogotá 1978, pgs. 114-115: La resurrección de Cristo en las liberaciones de hoy.
- E. LOHSE, Teología del NT., pgs. 154-161: La nueva vida en Cristo.
- ANTONIO FRAGOSO, El Evangelio de la Esperanza, Atenas, Madrid 1973, pgs. 11-78: Meditando en las razones de la esperanza.
- V.C.A., La Resurrección de Jesús, Derecho del pueblo a ser señor de la historia, en Dios de los Sencillos, CEP, Lima 1981, pgs. 142-154.
- G. LOHFINK, La muerte no es la última palabra, en Pascua y el Hombre Nuevo, Sal Terrae, Santander 1983, pgs. 11-18: ¿Es repetible la experiencia de Pascua?
- R. SCHNACKENGURG, La resurrección de Jesús y el hombre actual, en Pascua y el Hombre Nuevo, pgs. 149-177.
6. L. BOFF, Jesucristo el Liberador, pgs. 146-150: La relevancia antropológica de la resurrección de Jesús.
- La Resurrección de Cristo. Nuestra Resurrección en la Muerte, Sal Terrae, Santander 1980, pgs. 119-165: Relectura de la resurrección desde la antropología actual.
 - CVX, Jesucristo, pgs. 109-115: Pascua: Una experiencia desconcertante.
 - J. I. GLZ FAUS, La Humanidad Nueva, pgs. 166-167: La resurrección como utopía humana.
 - G. GUTIERREZ, Beber en su propio Pozo, pgs. 101-111: El cuerpo de la resurrección.
 - J. L. CARAVIAS, Cristo es Esperanza, pgs. 138-153: El triunfo de Cristo.
 - Cristo Compañero, Indo-American, Bogotá 1980, pgs. 101-103: Triunfaremos para siempre en Cristo.
 - MICHEL GOURGUES, El más allá en el Nuevo Testamento, Cuadernos bíblicos 41, Verbo Divino, Estella 1983, pgs. 42-60: La resurrección de los muertos.
 - BRUNO DE SOLAGES, Cristo ha resucitado, Herder, Barcelona 1979, pgs. 72-84: El Plan de Dios según San Pablo.
7. R. OLIVEROS, Liberación y Teología, pgs. 436-439.
- A. SALAS, Catecismo Bíblico..., pgs. 342-349: La resurrección de Cristo, hoy.
 - L. BOFF, Jesucristo el Liberador, pgs. 267-269: La esperanza y el futuro de Jesucristo.
 - La Vida más allá de la Muerte, CLAR, Bogotá 1981, pgs. 101-112: El futuro del mundo: total cristificación y divinización.
 - CVX, Jesucristo, pgs. 155-160: La esperanza y el futuro de Jesucristo.
 - J.L. SEGUNDO, El Hombre de hoy..., pgs. 501-533: La muerte vencida.
 - K. RAHNER, El Año Litúrgico, Herder, Barcelona 1966, pgs. 83-91: Pascua.
 - M. LEGIDO, Fraternidad en el Mundo, pgs. 313-344: El fermento de la nueva humanidad.
 - J. L. CARAVIAS, Consagrados a Cristo en los Pobres, Indo-American, Bogotá 1977, pgs. 94-96: Anunciadores de esperanza.

11

Creemos que Jesús es Dios

La fe en la divinidad de Jesús es precisamente la que nos ha llevado a querer conocer más profundamente su humanidad. Si Jesús no fuera Dios, no pasaría de ser un personaje histórico respetable, pero nada más. Pero el hecho de que aquel hombre extraordinario esté hoy vivo, resucitado y resucitándonos, es algo que nos toca en lo más íntimo de nuestro ser y nos llena de esperanzas. ¡Aquel íntimo de Dios es el mismo Dios hecho hombre! Esta verdad llenó de gozo a las primeras comunidades cristianas, gozo que hemos de tener también todos sus seguidores.

1. COMO VEN LAS PRIMERAS COMUNIDADES A JESUS RESUCITADO

La resurrección de Cristo ocupa el centro de la fe, del testimonio y de la reflexión de los primeros cristianos. El recuerdo de la vida y de la doctrina de Jesús, fielmente conservado por los discípulos a la luz de la fe pascual, impulsa a las primeras comunidades a profundizar en el misterio de su persona. Pero, como si fuera una luz deslumbrante, impide comprender de un solo golpe de vista la profundidad de este misterio. Poco a poco recorren un camino de continuos descubrimientos.

A semejanza de María, conservan todos sus recuerdos en el corazón (Lc 2,51), los meditan y los interpretan. Así va creciendo progresivamente su fe pascual. Seguramente la celebración de la Cena del Señor, memorial y repetición de un acontecimiento celosamente guardado, que actualizaba la presencia de Jesús, suscitaría expresiones de alabanza, de bendición, de acción de gracias. De este modo la oración se convertía en momento privilegiado para profesiones de fe cada vez más significativas.

Como un canto que se inicia suavemente y poco a poco se convierte en un coro grandioso, la reflexión sobre Jesús se va ensanchando desde la primera comunidad de Jerusalén hasta todas las comunidades que se van formando y celebran la Cena: Antioquía, Éfeso, Corinto, Roma... Desde respuestas tímidas y llenas de dudas van pasando a confesiones de fe cada vez más claras.

En este camino, que se va descubriendo progresivamente, las comunidades cuentan con el tesoro de las Escrituras, el Antiguo Testamento, que son releídas e interpretadas a la luz del acontecimiento absolutamente nuevo del Resucitado. El se convierte en la clave de lectura del Antiguo Testamento. Todos los grandes acontecimientos de la experiencia religiosa de Israel aparecen orientados hacia Jesús.

Jesús es visto cada vez con más fuerza como *"el esperado"* de Israel, *"el Cristo"*, a quien Dios ha confirmado y lo ha exaltado *"a su derecha"*.

Con imágenes sacadas de la Biblia tratan de comunicar las ricas experiencias vividas junto a Jesús. Pero no hay imagen que logre expresar el misterio manifestado en él. Por eso las imágenes se superponen unas a otras, sin que lleguen nunca a abarcar por completo el misterio del Resucitado. Cada nuevo descubrimiento ilumina un aspecto de la verdad, pero ninguno la revela completamente. Así van dando a Jesús nombres y títulos ricos de doctrina y de significado: Mesías, Cristo, Señor, Salvador, Imagen de Dios invisible, Primogénito de la nueva creación, Cordero de Dios, Hijo de Dios, Palabra hecha hombre. Son títulos que expresan la substancia del misterio revelado en Jesús, sin que lleguen a abarcarla del todo.

Ven cómo Adán no es sino una *"figura del que había de venir"* (Rm 5,14): Cristo es *"el nuevo Adán"*. Jesús es el que realiza el nuevo éxodo, el paso de la muerte a la vida. En él se cumple la Alianza definitiva entre Dios y los hombres. El es *"el nuevo Moisés"* (Heb 3). Aquellas comunidades van descubriendo que Jesús es el centro de la historia de la salvación. Desde el principio todo habla de él, se orienta hacia él; todo espera ser recapitulado por él y en él.

Pocos decenios después de la muerte de Jesús aquellas comunidades sintieron la necesidad de poner por escrito la vida y la doctrina de Jesús, a la luz de su creciente fe pascual. Y así fue naciendo el Nuevo Testamento, bajo la inspiración del Espíritu de Jesús. Cada autor bíblico se sintió llamado a hablar de Jesús teniendo en cuenta la mentalidad y el lenguaje de los diferentes pueblos a los que se dirigían. Y cada uno interpretó a Jesús según la fe de las comunidades en que vivían. Por eso, según la diversidad de ambientes, expresan

el misterio de Cristo con una cierta diferencia. Lo veremos más detalladamente en los apartados siguientes.

Los evangelistas no escribieron una historia científica de Jesús, tal como entendemos hoy la historia. Ellos estaban más preocupados por ayudar a crecer la fe de sus comunidades, que por conseguir precisión de hechos históricos. Escribían desde su condición de creyentes en el Crucificado-Resucitado, y para creyentes en él. Por eso no hay que extrañarse cuando le hacen decir a Jesús afirmaciones que realmente él durante su vida mortal quizás no llegó nunca a decir. Pero desde su fe, inspirados por el Espíritu Santo, así interpretan ellos, con toda verdad, el significado de la vida y las palabras del Jesús histórico. Esa es la realidad del Cristo pascual, viviente, actuando en ellos.

Tenemos que afirmar, pues, que en el Nuevo Testamento hay diferentes interpretaciones de Jesús. Y cuanto antes aprendamos a respetar estas diversas cristologías de los autores neotestamentarios, tanto mejor los comprenderemos. Hay que aprender a respetar las diferencias existentes entre el Jesucristo de Pablo, el Señor y Salvador de Lucas y la Palabra-hecha-carne de Juan. No es igual el Jesús de Mateo, que el que presenta la carta a los Hebreos o el Apocalipsis. Son como diferentes retratos de Jesús esbozados por las primeras comunidades cristianas, que conservamos como patrimonio para alimentar nuestra fe. Estas cristologías inspiradas son la norma definitiva para hacer germinar la fe en Jesucristo a través de todos los tiempos. Nosotros hemos de proseguir, según la problemática de fe de nuestro tiempo, la misma línea de los primeros cristianos. Ellos abrieron el camino. Y tras ellos, apoyados siempre en ellos, seguimos todos los que creemos que Jesús es el Hijo de Dios, nuestro Salvador y Redentor.

Adentrémonos un poco más en la fe de los primeros cristianos. Nos centramos, por brevedad, en los títulos que dieron a Jesús de Mesías e Hijo de Dios.

2. JESUS ES EL MESIAS ESPERADO

Hemos visto que las primeras comunidades cristianas se apoyaron fuertemente en la experiencia pascual. Constataban que Jesús, aunque muerto, seguía vivo, pues cada creyente se sentía penetrado de su fuerza. ¿Pero cómo era Jesús realmente después de su resurrección? ¿Qué función concreta ejercía en la construcción del Reino de Dios tan esperado?

La respuesta más categórica viene dada en el discurso que supuestamente pronunció Pedro el día de pentecostés, que termina con una enérgica conclusión: *"Entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido Señor y Mesías (=Cristo) al mismo Jesús a quien ustedes crucificaron"* (Hch 2,36). Esta profesión de fe es quizás la más antigua de cuantas haya elaborado el cristianismo. La comunidad pascual supo muy pronto que Jesús, en virtud de su resurrección, reunía todas las cualidades exigidas por la teología de entonces al futuro Mesías de Yavé. La esperanza del judaísmo se había convertido en realidad. Así nació en ellos la conciencia de *"nuevo pueblo de Dios"*, heredero del Reino. Ellos estaban plenamente convencidos de que Jesús era el Mesías prometido por Dios en el Antiguo Testamento. Y así lo predicaron con insistencia, sobre todo al comienzo (Hch 2,38; 3,6.18.20; 4,10.27.33; 5,42; 8,5.12).

Esta fue la fe de la comunidad, fe que revela una realidad. Jesús ciertamente era el Mesías. ¿Pero fue él consciente durante su vida terrena de que era el Mesías esperado? Parece que sí. Su conciencia mesiánica pudo ir fraguándose a lo largo de su vida, hasta culminar en la experiencia del bautismo (Mt 3,13-17). Quizás desde entonces tuvo conciencia plena de su condición de Mesías y por ello se lanzó decididamente a cumplir el programa que los antiguos profetas marcaban al Mesías.

Parece, pues, que Jesús durante su actividad pública, se comprende a sí mismo como Mesías. Está convencido de que con él ha llegado el Reino definitivo e insuperable de Dios. Se siente enviado por Dios para ello.

Los discípulos de Jesús, después de pascua, para formular su fe en él, no vieron otra posibilidad que la de unirla con la esperanza mesiánica de su pueblo, tal como ésta había sido señalada por la Escritura. Casi siempre que se habla de Jesús se trata de él como Cristo o Mesías (=Ungido). A veces se igualan expresamente ambos títulos: *"el Mesías, el Cristo"* (Jn 1,41; 4,25). O se usa indistintamente un nombre u otro, como en el capítulo 15 de la primera carta a los Corintios. San Pablo llega a unir ambos títulos, haciendo con ellos una sola palabra: *"Jesucristo"* o *"Cristo Jesús"*. Y San Juan dice que *"quien cree que Jesús es el Mesías ha nacido de Dios"* (1 Jn 5,1; véase 4,2; 2,22; 2 Jn 7). Justo con este fin confiesa él haber escrito su Evangelio: *"Hemos escrito... para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios"* (Jn 20,31). Todo ello no es sino la profesión de fe de la primera época en todo su esplendor: *"¡Jesucristo!"*.

3. JESUS ES EL HIJO DE DIOS

Como acabamos de ver, para los primeros cristianos Jesús es *"el Mesías, el Hijo de Dios"*. ¿Qué intentaban expresar ellos cuando decían que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios? No es esta tarea fácil. Para los apóstoles fue largo el camino que les llevó de las primeras intuiciones hasta llegar a un cierto conocimiento de la divinidad de Jesús. Para nosotros también es trabajoso el camino que nos lleve a entender lo que significa hoy la fe en la divinidad de Jesús.

Los primeros cristianos expresaron su fe en Jesús llamándole *"Hijo de Dios"*. Este título no era solamente un nombre de Jesús. Era sobre todo una confesión de fe: *"Jesús es el Hijo de Dios"*.

Ellos con su fe expresan un hecho: Proclamar que Jesús es Hijo de Dios y lo que esto supone para la salvación de los hombres. No les interesa cómo se dio esta filiación divina, ni cómo este Hijo de Dios existía ya desde antes en Dios. Lo que les interesa a ellos es el hecho salvífico de la filiación divina de Jesús.

Son muy largos y profundos los estudios que se han hecho sobre la fe de las primeras comunidades en la divinidad de Jesús . Nosotros, por brevedad, vamos a centrarnos un poco en cómo ven este problema San Pablo y San Juan.

a) El testimonio de Pablo

Algunas cartas de San Pablo constituyen las primeras capas del Nuevo Testamento, pues fueron escritas antes que los Evangelios. Y en ellas, además, Pablo recoge a veces fórmulas de rezos o de himnos ya conocidos desde tiempo atrás por los cristianos. Este es el caso de varias fórmulas de filiación divina de Jesús que Pablo cita. Veamos algunas de ellas y, de la mano de teólogos actuales, hagamos algunas reflexiones a partir de ellas.

La primera fórmula es de la carta a los Gálatas: *"Cuando se cumplió el plazo Dios envió a su Hijo"* (4,4; ver Rm 8,3).

En esta frase se quieren expresar dos cosas: que la relación de Jesús con Dios es la máxima posible y que esta relación supone un modo de ser de Dios y de Jesús. Se trata del Hijo, que es tan "propio" y tan "amado", que en adelante será imposible hablar de Dios sin tener presente a Jesús, pues él pertenece al mismo ser de Dios. Jesús no es sólo un enviado, sino el Hijo enviado. La relación que hay entre Padre e Hijo es la máxima posible, porque

Jesús pertenece intrínsecamente al ser de Dios: y pertenece al ser de Dios como aquello en lo que Dios se expresa, en lo que Dios se da, se hace cognoscible y accesible. Lo más íntimo del ser de Jesús es el mismo ser de Dios y, precisamente por eso, Dios se puede expresar en esa inteligencia de Jesús, en esa voluntad de Jesús, en esa libertad de Jesús y, en definitiva, en esa persona y esa historia de Jesús. Dios hace intrínsecamente suyo el propio vivir, la historia y la persona humana de aquel hombre. El ser de Dios se abre en el Hijo, y en el Hijo el Padre se dice y se comunica: es él mismo desbordándose y saliéndose de sí.

En una segunda fórmula también recogida de su ambiente, dice Pablo, refiriéndose al Padre, que *"no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros"* (Rm 8,32).

Entregar es mucho más serio que enviar. Que Dios entregue a su Hijo es realmente una cosa muy seria y muy difícil de entender, y quizás de lo más extraño y original que hay en el cristianismo. Pero esta frase debió tener bastante resonancia en el primitivo cristianismo, pues muchos años después aparece de nuevo en San Juan (Jn 3,16).

En el Antiguo Testamento Dios no permitió que Abrahán entregara a su hijo, e interviene para evitarlo. Y sin embargo, ahora el Dios del Nuevo Testamento entrega a su propio Hijo. Dios es de tal manera que cuando los hombres le arrebatan aquello que más quiere y más suyo es, lo cede o lo entrega. Esto quiere decir que, ante el dolor del mundo, ante todo ese inmenso fuego de maldad, sufrimiento y calamidad que baña constantemente nuestra historia, Dios no lo evita, sino que lo sufre. Exactamente igual que ante el drama de su Hijo en el Calvario: Dios no interviene, sino que lo sufre. Esto se convierte entonces en clave de lectura de la presencia de Dios en la historia: Dios está presente como Aquel que no evita el dolor del mundo sino que simplemente lo soporta.

Esto nos obliga a cambiar nuestras ideas sobre Dios. Porque si Dios no intervino en el Calvario, entonces esa clásica pregunta que nos azota y muerde por dentro constantemente de por qué Dios no interviene en los mil infiernos de este planeta, esa pregunta pierde su sentido. Si no intervino en el Calvario, no va a intervenir ahora.

Si tomamos en serio esta concepción del Hijo de Dios, ya no podemos mirar a Dios como Aquel que está llamado a evitar el sufrimiento del hombre en el mundo, sino al revés: tenemos que mirarnos a nosotros los hombres como los que estamos llamados a evitar el sufrimiento de Dios en la historia. Así entenderemos todo aquello tan serio y tan cristiano de *"a mí me lo hicieron"* (Mt 25,40). Es que toda la cantidad de injusticia, de

opresión, de sufrimiento que el hombre siembra en la historia afecta verdaderamente a Dios.

Al Dios que se reveló en su Hijo no se le reconoce por los caminos fáciles de la piedad, las devociones y el cumplimiento de leyes. A Dios se le encuentra allí donde el hombre no esperaría encontrarlo: en un ajusticiado, un echado fuera de la ciudad, un condenado a muerte.

Una tercera fórmula dice, hablando de nosotros, que *"Dios nos destinó a que reprodujéramos los rasgos de su Hijo, de modo que éste fuera el mayor de una multitud de hermanos"* (Rm 8,29).

Esto quiere decir que somos *"hijos en el Hijo"*. Cuando decimos que Jesús es el Hijo de Dios, no sólo hablamos de él sino que estamos diciendo también algo sobre nosotros, los hombres. Jesús ilumina el dinamismo humano al decirnos que vamos caminando hacia la filiación, hacia un vivir como verdaderos hijos de Dios, teniéndolo a él como hermano mayor.

Pero, a la vez que ilumina, Jesús realiza esa fuerza humana que tiende a hacernos hijos de Dios. Si él fue verdadero Hijo de Dios, también nosotros aunque de modo distinto, podemos serlo. Confesar que Jesús es Hijo de Dios es afirmar que Dios ha dado un sí absoluto e incondicional a ese proyecto humano que se llamó Jesús, en el que estamos incluidos también todos nosotros. Pues la encarnación no afectó exclusivamente al Jesús histórico, sino que por ella Dios se unió de alguna manera con todos los hombres. El proyecto divino sobre esta historia es hacer de todo este mundo como una Encarnación de Dios, no sólo en Jesús, sino en todo. La Encarnación de Dios en Jesús es como la fecundación de la historia para poner en marcha este proceso por el que Dios ha de ser todo en todas las cosas: él verdadero Padre y todos verdaderos hijos.

Son muchos más los textos de Pablo que hablan del Hijo. Como anteriores a él podrían verse también Rm 1,3-4; 1 Tes 1,9-10; 1 Cor 15,28.

San Pablo nos transmitió estos fragmentos preexistentes y a partir de ellos elaboró una teología que pone de relieve la irreplicable relación de Jesús con el Padre a partir de la revelación del Padre en la cruz de Jesús (1 Cor).

b) El testimonio de Juan

El plan que estructura el Evangelio de Juan es teológico. No se trata de una biografía de Jesús (Jn 20,30-31), sino de una interpretación de su persona y de su obra, hecha por aquellas comunidades a través de su experiencia de fe. Uno de sus temas preferidos es precisamente el del Hijo.

Juan escribe su obra en una época de polémicas, quizás a comienzos del siglo II. Las comunidades estaban amenazadas tanto por quienes quitaban valor a la fe, como por los que negaban que Jesús fuera hombre. Juan sale al quite de estas herejías, dibujando una imagen "divinamente humana" de Jesús. Por eso el Jesús de Juan está, en cierto modo, mitificado, no porque se desajuste de la realidad, sino porque en su Evangelio los valores teológicos desplazan a los puramente históricos.

Quizás lo que más le interesa a Juan en la Filiación de Jesús es destacar el ser de Jesús como referencia total al Padre, tal como seguramente se contenía ya en Mateo 11,27 (Ver el último apartado del capítulo I).

Según Juan, la conciencia de Jesús no parece terminar en sí mismo, sino en Dios. Es toda relativa, diferencial. Al verse a sí mismo termina en Dios-como-su-Padre. Jesús se ve a sí mismo como total procedencia de Dios (todo le es dado por el Padre) y como total apertura hacia Dios mismo.

El ser Hijo expresa dos cosas aparentemente contrarias: la total elevación de Jesús y su total sumisión al Padre. Mientras, por un lado, el Jesús de Juan afirma que el Padre y él son uno (10,30.38), insiste, por otro lado, en que él no hace nada por sí mismo, sino por el Padre, y que ni siquiera su doctrina es suya, sino de aquel que le envió (5,19.30; 7,16). En paralelismo con su definición de Dios como amor, igualmente la designación de "el Hijo" intenta describir el ser-relativo de Jesús: es procedencia y donación, puro ser-de-Dios y puro ser-para-los-hombres. En esta pura transmisión radica la existencia de Jesús: no tiene nada de por sí, hasta el extremo de que nunca es él solo, sino él y el Padre (8,16); pero todo lo tiene para el hombre, porque es "*la puerta*" (10,9) y del fondo de su ser brotan los ríos de la vida donde beben los hombres (7,38).

En capítulos anteriores hemos citado con frecuencia los escritos de San Juan. Quizás ahora lo mejor sea comentar brevemente algunas afirmaciones claves del Jesús de Juan.

"Yo sí sé quién es, porque procedo de él y él me ha enviado" (Jn 7,29).

Jesús conoce a Dios, porque procede de él (1,18.32; 3,31), y ése es el fundamento de su misión y actividad. Expresa aquí su propia experiencia de unión con el Padre, la experiencia de vida (6,57) propia del Hijo (3,34). No se puede saber quién es Dios sin ser hijo (17,3). Ahí radica la diferencia entre el saber de Jesús y el que se atribuyen las escuelas de la Ley (1,18; 5,19). Él ha aprendido del Padre (5,19s) y es el único que puede hablar sobre su designio sobre el hombre (6,39s; 3,11.32).

"Yo y el Padre somos uno" (Jn 10,30).

Jesús, el nuevo santuario (2,19-21), hace presente al Padre. El Espíritu, el amor leal que lo llena, es el principio de su actividad (1,14.32). El Padre está presente y se manifiesta en Jesús y, a través de él, realiza su obra creadora, que lleva a cumplimiento su designio (5,17.30; 6,38-40). Jesús se entrega a la realización de este designio sin reservarse nada. Nada hay en él que se mantenga fuera de la actividad del Espíritu. Todo él es expresión del Padre (12,45; 14,9). La identificación entre él y el Padre excluye toda instancia superior a él mismo. La crítica a Jesús es crítica a Dios; la oposición a él es oposición a Dios. No pueden apoyarse en nada para juzgarlo. Ante él no hay más que aceptación o rechazo, sabiendo que la una o el otro incluyen la misma opción respecto a Dios. De las obras deben deducir la unidad entre Jesús y el Padre; ambos tienen el mismo objetivo: dar vida al hombre. No hay fe en Jesús sin que preceda la opción en favor del hombre.

"Cuando uno me ve a mí ve al que me ha mandado" (Jn 12,45).

No existe diferencia alguna entre Jesús y el Padre, pues la persona y actividad de Jesús explican lo que es Dios (1,18). No se conoce a Dios si no se acepta a Jesús (7,28; 8,19.54s), ni existe otro Dios más que el que se ve en Jesús: el Padre que está a favor del hombre. El Dios reflejado por la Ley, en cuyo nombre los dirigentes se oponen a Jesús (5,16-18; 8,19; 9,16.24.29; 10,33), es un dios falso.

No dice Jesús que él se parece o que es igual a Dios, sino al contrario, que Dios es como él. No hay otro modo de conocer a Dios que mirar a Jesús. Hay que renunciar a cualquier idea preconcebida de Dios. Este se ha manifestado plenamente sólo en Jesús, a quien ha comunicado la plenitud de su gloria-amor (1,14.18).

"Si ustedes me conocen a mí, conocerán también a mi Padre, aunque ya desde ahora lo conocen y lo están viendo" (Jn 14,7).

El término del camino y de la semejanza es el Padre, pero éste está presente en Jesús. Los discípulos poseen ya un conocimiento de Jesús y, por tanto, ven en él al Padre presente. Ese conocimiento, sin embargo, no es algo dado de una vez para siempre. No es meramente intelectual ni exterior, sino relacional: la familiaridad que crea el amor (10,14-15) y que se alcanza sólo por la práctica del amor; supone la comunión en el Espíritu, que hace nacer de Dios. Progresar en el conocimiento de Jesús, es decir, ahondar la comunión con él por la práctica del amor, va haciendo al hombre hijo de Dios y dándole a conocer al Padre (17,3).

"Hemos escrito éstas para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y con esta fe tengan vida gracias a él" (Jn 20,31).

El objetivo de la obra es suscitar la fe de los lectores. La selección que ha hecho el autor es, por tanto, significativa; piensa que el relato ha presentado los rasgos de Jesús que pueden mover a esa fe y que bastan para llegar a ella.

El título de Hijo de Dios que apareció por primera vez en boca de Juan Bautista (1,34; 1,18.49) y que Jesús mismo se ha aplicado explícitamente (6,40; 10,36) e implícitamente cada vez que ha llamado a Dios Padre suyo (5,17, etc.), adquiere toda su fuerza después de la confesión de Tomás: es el que ha nacido de Dios (1,18), que está identificado con el Padre (10,38), que actúa como él (5,17), y es uno con él (10,30), que es Dios, la presencia del Padre entre los hombres (12,45; 14,9).

El fundamento de la fe o adhesión incondicional a Jesús se encuentra en este doble aspecto: él es el Mesías, el ejecutor del designio de Dios que forma la nueva comunidad; pero cumple esa misión en cuanto es en el mundo la presencia y actividad de Dios mismo, que despliega en él y a través de él su amor al hombre.

4. CONOCER A DIOS DESDE JESUS

En Jesús ha tenido lugar una manifestación tan plena e irrepetible de Dios a los hombres, que nos ha llevado a confesar que él es Dios. El es el Hijo de Dios porque por su medio Dios se ha hecho presente entre nosotros de un modo nuevo y único. Jesús no está "poseído" por Dios, sino que el mismo hombre Jesús es la presencia y la revelación de Dios. El Dios cristiano no es sólo el Padre que está por encima de nosotros, sino que también está en Jesús junto a nosotros, a nuestro lado. Podemos afirmar que Dios se hace

en Jesús nuestro Dios. El es la revelación única y excepcional de Dios, ya que en las expresiones de su actuar humano se vuelve visible el Dios invisible. En sus palabras y gestos tomamos conciencia de lo que Dios es para el hombre: amor y perdón, denuncia y exigencia, donación y presencia, elección y envío, compromiso y fuerza.

El Nuevo Testamento no dice simplemente que Jesús es el Hijo de Dios, dando por supuesto que ya se supiese lo que es la filiación divina con independencia de Jesús, sino que dice que el Hijo de Dios, ese es Jesús. Por ello, además del movimiento de comprender a Jesús desde Dios, se mantiene el movimiento de comprender a Dios desde Jesús.

Jesús no revela a Dios sólo desde su resurrección, sino desde siempre, es decir, durante toda su vida. Sólo así se puede afirmar que su amor, su solidaridad con los pobres, sus denuncias, son acciones de Dios y que Dios estuvo cercano a los hombres en Jesús. Especialmente desde la cruz Jesús revela la verdadera y escandalosa realidad nueva de Dios. Sin volver a la cruz de Jesús nada se ha avanzado en el conocimiento de Dios. Decir que Cristo es realmente divino significa automáticamente afirmar que la divinidad sólo es conocida desde él.

La única forma de que nosotros conozcamos a Dios es reconociéndolo en el mismo Jesús. El no revela "cosas" sobre Dios, sino que Jesús es la forma humana, vital, de decírsenos Dios. En el decir y actuar de Jesús se transparenta, realiza y comunica humanamente Dios. Jesús es la humanidad de Dios. En Jesús, Dios se manifiesta plenamente "en favor-del-pueblo".

Por esto dice San Juan que Jesús es "*la Palabra*" (Jn 1,1); no "una" palabra más sobre Dios o una palabra de Dios. Y San Pablo dice que Jesús es "*la imagen de Dios*" (Col 1,15; 2 Cor 4,4). Dios se nos hace plenamente presente y activo en la humanidad de Jesús; no "a pesar de" o "al margen de" su humanidad, sino en su misma humanidad (Heb 1,1-4).

"A Dios nadie lo ha visto jamás; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien lo ha explicado" (Jn 1,18). Todas las explicaciones de Dios dadas antes de Jesucristo eran parciales o falsas. Lo que se dice en el Antiguo Testamento no es sino anuncio, preparación o figura del tiempo del Mesías: una esperanza que se cumple en Jesús. Solamente Jesús, por su experiencia personal e íntima, puede expresar lo que es Dios (Jn 6,46). Hay que desaprender lo que se sabía de Dios para aprender de Jesús, que es su explicación. Sólo en Jesús podemos conocer el verdadero ser de la misteriosa divinidad. Pero sin partir de una idea preconcebida de Dios, para concluir que Jesús es exactamente igual a él, como si pudiera tenerse un concepto verdadero de Dios independientemente de

Jesús. Juan afirma que el punto de partida es Jesús Mesías. Dios, el Padre, es como Jesús, único dato de experiencia al alcance del hombre. Toda idea de Dios que no pueda verificarse en Jesús, es un invento humano sin valor alguno. Jesús el hombre-Dios, el Dios engendrado, hace presente al Padre y es la única fuente para conocerlo como es.

5. VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE

El Nuevo Testamento contiene la fe profesada por los apóstoles. Detrás de ellos la reflexión de la Iglesia sobre Cristo continúa, especialmente a través de los que hoy llamamos los Santos Padres. A la reflexión sobre lo que Jesús hizo, sigue una profunda meditación acerca de quién es Jesucristo. Al encontrarse la revelación con las distintas culturas entre las que se difunde el cristianismo, en seguida se manifiestan opiniones diferentes acerca de Jesucristo. Entonces la Iglesia se ve obligada a tomar posición ante las tendencias erróneas.

Los errores contra los que tiene que luchar la fe de la Iglesia provienen o de la negación de la divinidad de Jesús o de la negación de su humanidad; unos dicen que Jesús no es Dios y otros afirman que no es verdadero hombre. Otra serie de errores vienen de la mala comprensión de la unión entre estas dos maneras de ser de Jesús, la humana y la divina. Entre uno y otro extremo ha habido cantidad de opiniones.

Desde los siglos IV al IX la Iglesia en diversos Concilios Ecuménicos va creciendo en la comprensión y en la formulación clara y concreta de la fe cristiana en el misterio de Cristo.

La lectura de la Escritura lleva a la Iglesia a descubrir nuevos e importantes aspectos del misterio de Cristo. La defensa de la fe contra los errores obliga a reformular lo que es necesario creer y lo que es accesorio. El encuentro con nuevas formas de pensar (la griega, la romana, la germana), lleva a la necesidad de explicar el misterio de Cristo en nuevas culturas, y hacer frente a nuevas preguntas. Con todo ello se fue ampliando cada vez más la visión sobre Jesucristo.

No vamos a detenernos a detallar los avances cristológicos hechos por la Iglesia en sus primeros siglos, manifestados a través de los Concilios. No es ése el fin de esta obra. Pero sí vamos a destacar brevemente lo más importante.

De forma muy reducida podemos decir que la Iglesia cree y profesa en Jesucristo:

- Una persona única, la del Hijo, Palabra de Dios.

- Dos naturalezas: la divina que lo hace igual y "consustancial" al Padre y al Espíritu Santo; y la humana, que lo hace igual y "con-substancial" a María su madre, y a todos los hombres.

El año 325, en el Concilio de Nicea, los obispos reunidos lo dijeron así: "Jesús es Hijo de Dios, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero del Dios verdadero, nacido, no creado, de la misma substancia del Padre". Y en el año 451, el Concilio de Calcedonia dijo: "Uno y el mismo Hijo nuestro Señor Jesucristo es perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad, verdaderamente Dios y verdaderamente hombre".

La verdad fundamental, pues, es que Jesús es verdadero hombre y verdadero Dios, total y al mismo tiempo. El hablar correcto a partir de Jesús debe ser de tal manera que no se dé ni de más a Dios ni de más al hombre; ni disminuya al hombre, ni disminuya a Dios.

La piedad popular tiende a acentuar la naturaleza divina de Jesús, dejando a un lado la realidad histórica de su humanidad. A veces "*los suyos*" no le quieren recibir como él quiso presentarse, como hombre, hermano y partícipe de nuestra vida sufriente y frágil.

En cambio, otros grupos, que se creen "concientizados", a veces acentúan tanto la parte humana de Jesús, que olvidan la realidad de su divinidad y todo lo que ella significa.

Siempre hay que estar haciendo esfuerzos por unir los dos extremos, por escandaloso que resulte: Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. Y por ello es necesario encontrar hoy expresiones y palabras que respondan a la cultura de nuestro tiempo.

6. DESDE JESUS, DIOS ES PADRE, HIJO Y ESPIRITU

A partir de Jesús, Dios no puede ser concebido sino como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Después de la resurrección de Cristo se radicaliza, explicita y sistematiza la estructura trinitaria de la salvación, y por ello, de la experiencia y de la realidad de Dios.

Desde los primeros Concilios con toda claridad Dios es afirmado como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y lo es de forma jerarquizada. El Padre es el origen sin origen dentro de Dios. El Hijo es la Palabra que el Padre se dice de sí mismo. El Espíritu es el amor que une al Padre y al Hijo.

Dios, en cuanto es el insondable Misterio, origen de todo siendo él mismo sin origen, se llama Padre. Este mismo y único Dios en cuanto se abre permanentemente a todos, se revela en su Verdad, deja manifestar su misterio, está presente en el mundo, se llama Palabra o Hijo. Este mismo y único Dios en cuanto se entrega como don, como amor, como fuerza unificante y como vida que lo renueva todo, se llama Espíritu Santo.

Dios se ha revelado como Padre, es decir, como el Ser que da la vida al hombre y está siempre en favor del hombre. Dios se ha revelado como Hijo, es decir, como el amigo cercano y familiar al hombre, que traza el camino que debe seguir el creyente. Dios se ha revelado como Espíritu, es decir, como amor absoluto y libertad soberana, que describe cuáles tienen que ser las opciones fundamentales del hombre en la vida. Así se ha manifestado Dios, y así es Dios en sí mismo.

A partir de esto se intuye en qué puede consistir nuestra experiencia trinitaria, nuestra auténtica experiencia de Dios. Es la experiencia de la seguridad y la confianza total en Dios como Padre. Es la experiencia del seguimiento a Jesús, como Hijo. Y es la esperanza del amor sin límites y de la liberación total frente a los poderes e instituciones de este mundo. Porque es la experiencia de lo que Dios es en sí mismo.

Creer en el Padre significa la entrega confiada y obediente a lo que en Dios hay de misterio absoluto, origen gratuito y futuro bienaventurado. Creer en el Hijo significa creer que en Jesús se ha acercado y dicho el Padre; que el misterio del Padre es realmente amor, en la escandalosa dialéctica de amor resucitante y amor crucificado; es creer que en el seguimiento de Jesús, y no fuera de él, se da el acceso al Padre. Creer en el Espíritu significa la realización de la entrega al Padre y del seguimiento a Jesús.

La fe es entrega al Dios que se revela, pero como Dios es trinitario, la fe tiene también su propia estructura trinitaria. Por ser Dios así, la salvación histórica, personal y social, se realiza manteniendo una estructura trinitaria. Si se mutila ésta, se mutila también al hombre individual y las relaciones entre los hombres.

El pecado por consiguiente, es también trinitario.

Se peca contra el Padre, cuando el hombre se considera salvador absoluto de sí mismo. Entonces aparecen los totalitarismos políticos y los paternalismos eclesiásticos. Se confunde el libre designio del Padre con la imposición de una voluntad arbitraria; la absolutez del Padre con el despotismo. Se ignora que el misterio de Dios se ha concretado en Jesús y produce la libertad del Espíritu.

Se peca contra el Hijo, cuando desaparece lo concreto, histórico, normativo y escandaloso de Jesús. En su lugar se pone la pura trascendencia o el sólo sentimiento, como si Jesús fuese lo provisional y no el definitivo acercamiento de Dios a los hombres y de los hombres a Dios. Pero se peca también, cuando se le exclusiviza o absolutiza. Entonces surge la imitación voluntarista, la ley sin espíritu, la secta cerrada en lugar de la fraternidad abierta. Se ignora entonces el gozo de la gratitud del Padre y la inventiva imaginación del Espíritu.

Se peca contra el Espíritu, cuando desaparece la apertura a la novedad histórica como manifestación de Dios o la voluntad de seguir dando vida en la historia, -en lugar de sólo juzgarla desde fuera-; cuando se ahoga el movimiento interior que nos libera y nos hace salir de nosotros mismos. Pero se peca también cuando se le exclusiviza y absolutiza. Entonces surge el anarquismo, el olvido de lo concreto de Jesús y el rechazo de lo que de peligroso tiene su recuerdo.

Todo esto tiene abundantes repercusiones prácticas comprobadas por la historia. Una fe y una vida que mutilen en su realización concreta su estructura trinitaria mutilan o anulan la salvación. La realidad trinitaria de Dios es el recuerdo constante de cómo debe ser la fe y la vida para que sean salvíficas.

Fuimos creados a imagen de Dios. Y, puesto que Dios es comunidad, la perfección de la persona humana se ha de realizar también en la comunidad, en la unión con los demás, en el amor. Por ello podemos afirmar, siguiendo al Concilio Vaticano II, que la Trinidad es la meta y el modelo de la vivencia cristiana: "El Señor, cuando ruega al Padre que todos sean uno, como nosotros también somos uno, (Jn 17,21-22), abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una semejanza entre la unión de las Personas Divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad" (Vaticano II, Gaudium et spes, 24).

Bibliografía

1. CATECISMO DE ADULTOS. SEÑOR, ¿A QUIEN IREMOS?, Marova, Madrid 1982, pgs. 136-139: La reflexión sobre el misterio de Cristo.
J. FITZMYER, Catecismo cristológico, pgs. 70-75: ¿Hay en el NT diferentes interpretaciones de Jesús?
P. M. BEAUDE, Según las Escrituras, Cuadernos bíblicos 10, Verbo Divino 1979.

- JOSEPH DE BACIOCCHI, Jesucristo y el Hombre de Hoy, Marova, Madrid 1977, pgs. 33-46: El Cristo de la fe, ¿es realmente el Jesús de la historia?.
- L. BOFF, La resurrección de Cristo..., pgs. 61-82: Los caminos de la exégesis crítica sobre los textos de la resurrección.
- U. WILCKENS, La Resurrección de Jesús, pgs. 135-158: Origen y significación de la predicación neotestamentaria de la resurrección.
- B. FORTE, Jesús de Nazaret, pgs. 105-110: El problema teológico de la relación entre el Jesús prepascual y el Cristo pospascual.
- B. SOLAGES, Cristo ha resucitado, pgs. 50-68: La primera predicación de los apóstoles.
- AUTORES VARIOS, Jesucristo, Ciudad Nueva, Madrid 1982, pgs. 53-72: La comprensión de la fe de Jesús en las primeras comunidades.
- RAFAEL AGUIRRE, La reflexión de las primeras comunidades cristianas sobre la persona de Jesús, Fundación Santa María, Madrid 1984.
2. A. SALAS, Biblia y Catequesis III, pgs. 396-399: ¿Supo Jesús ser el Mesías anunciado?; 404: Conciencia de Jesús en cuanto Mesías.
- IV, pgs. 51-58: El mesianismo de Jesús; 79-83: Jesús es el Mesías.
- K. RAHNER, Amar a Jesús Amar al Hermano, Sal Terrae, Santander 1983, pgs. 30-33: El Mesías - Dios hecho hombre.
- JUAN ALFARO, en *Mysterium Salutis III*, pgs. 540-541: Cristo como Mesías y Señor en la Iglesia primitiva.
- DICCIONARIO TEOLOGICO DEL NUEVO TESTAMENTO, II, pgs. 383-388: Jesucristo: Christós.
3. A. SALAS, Biblia y Catequesis III, pgs. 384-405: Jesús ante sí mismo.
- J. FITZMYER, Catecismo Cristológico, pgs. 90-92: ¿Afirmó Cristo claramente que era Dios?; 97-99: Después de la resurrección, ¿fue proclamado Jesús de forma inmediata y sin ambigüedades Hijo de Dios, igual al Padre?
- J. I. GLZ FAUS, La Humanidad Nueva, pgs. 119; 360-363: Jesús el Hijo.
- C. DUQUOC, Cristología, Sígueme, Salamanca 1978, pgs. 246-250: Jesús, el Hijo.
- J. R. GUERRERO, El Otro Jesús, pgs. 261-275: J. C. es el Hijo de Dios.
- J. I. GZL FAUS, Este es el Hombre, pgs. 21-47: Dimensiones de la divinidad de Jesús.
- DICCIONARIO TEOLOGICO DEL NT., II, pgs. 297-300: Hijo.
- J. MATEOS, El Evangelio de Juan, pgs. 14, 374s, 480, 578, 632, 884.
- E. CHARPENTIER, Cristo ha resucitado, pgs. 32-44: Las primeras afirmaciones de la fe.
- JACQUES GUILLET, Jesucristo en el Evangelio de Juan, Cuadernos bíblicos 31, Verbo Divino, Estella 1982, pgs. 30-56: El Padre y el Hijo.
- J. BACIOCCHI, J. C. y el Hombre de hoy, pgs. 115-128: ¿Cómo se comprendió Jesús a sí mismo?
- JOSE RAMON GARCIA-MURGA, La confesión de fe en la Divinidad de Jesucristo, Fundación Santa María, Madrid 1984.
4. J. R. GUERRERO, El Otro Jesús, pgs. 275-277: Jesús manifiesta a Dios.

- J. SOBRINO, Jesús de Nazaret, en Conceptos fundamentales de Pastoral, pgs. 502-505: La resurrección de Jesús: Revelación de Dios y del hombre.
 CVX, Jesucristo, pgs. 149-153: Qué ve la primera comunidad en J. resucitado.
 MATEOS, El Ev. de Juan, pgs. 78-79: El Dios engendrado.
 A. NOLAN, ¿Quién es este Hombre?, pgs. 218-229: La fe en Jesús.
 E. SCHILLEBEECK, En torno al Problema de Jesús, pgs. 170-175: Una pregunta clave: la divinidad de Jesús.
 J. BACIOCCHI, J.C. y el hombre de hoy, pgs. 86-90: Dios se revela en J.C.
 X. LEON-DUFOUR, Vocabulario de Teol. Bíbl. pgs. 246-249: Dios, Revelación del verdadero Dios en J. C.
 NUEVO DICC. DE TEOL., I, pgs. 802-811: Jesucristo I.
5. CAT. DE ADULTOS..., Marova, pgs. 136-139: La reflexión sobre el misterio de Cristo.
 C. DUQUOC, Cristología, pgs. 250-272: La interpretación eclesial de la filiación de Cristo hasta el concilio de Calcedonia.
 MAXIMINO ARIAS, Jesús el Cristo, Paulinas, Madrid 1983, pgs. 289-308: Las confesiones de fe y los errores cristológicos.
 L. BOFF, J. C. el Liberador, pgs. 189-206: Jesús, el hombre que es Dios.
 K. RAHNER, Curso fund. sobre la fe, pgs. 334-338: Contenido de la Cristología y soteriología clásicas.
 - Amar a Jesús Amar al Hermano, Sal Terrae, Santander 1983, pgs. 39-42: Dogmas de la diferencia y de la unidad.
 J. L. CARAVIAS, Cristo es Esperanza, pgs. 48-50: Creemos que Jesús es Dios.
 J. BACIOCCHI, J. C. y el Hombre de hoy, pgs. 99-112: ¿Hombre y Dios a la vez?
 J. I. GLZ FAUS, la Teología de cada día, pgs. 96-125: Las fórmulas de la dogmática cristológica y su interpretación actual.
 J. RATZINGER, El Dios de J. C., pgs. 80-86: De la misma sustancia que el Padre.
6. J. SOBRINO, Dios, en Conceptos Fundamentales de Pastoral, pgs. 253-258: Dios desde Jesús: Padre, Hijo y Espíritu.
 L. BOFF, La Experiencia de Dios, pgs. 72-76: Cómo en la vida de Cristo se reveló la Santísima Trinidad.

12

Apocalipsis: el triunfo definitivo de Dios en la historia

Después de la muerte y resurrección de Jesús, el Evangelio se esparció rápidamente. En poco tiempo, la Buena Nueva de Jesús se extendió hasta los límites del imperio romano. Al comienzo, no hubo problemas serios con el imperio. San Lucas en los Hechos de los Apóstoles presenta al imperio romano de manera atractiva a los cristianos (Hch 3,17; 18,12-15; 19,33-40; 25,13-27). Pablo, además, había escrito a los cristianos de Roma que ellos debían obedecer a las autoridades constituidas (Rm 13,1). Pero pronto cambió la situación y comenzaron los conflictos.

La escuela del imperio romano enseñaba que el emperador era el señor del mundo (Ap 13,4.14). Los cristianos decían lo contrario: Jesús "*es Señor de señores y Rey de reyes*" (Ap 17,4). El imperio tenía sus dioses (Ap 2,14), y en nombre de ellos el emperador se declaraba señor del mundo. Por ello todos debían rendirle culto (Ap 13,8-15). Así, ayudado por su religión, el emperador logró montar un sistema que controlaba la vida del pueblo (Ap 13,16-17) y explotaba a los pobres para aumentar el lujo de los grandes (Ap 18,3.9.11-19).

Por eso el pueblo cristiano se convirtió en un pueblo perseguido (Ap 1,9) violentamente (Ap 12,13.17; 13,7). Los cristianos iban presos (Ap 2,10) y muchos eran martirizados (Ap 2,13; 6,9-11; 7,13-14; 16; 17,6; 18,24; 20,4). Era muy difícil mantener la fe (Ap 2,3-4). El control de la policía era total: nadie podía escapar a su vigilancia (Ap 13,16). Quien no apoyaba al régimen del imperio, no podía vender ni comprar nada (Ap 13,17). La propaganda era enorme (Ap 13,13) y se infiltraba en las mismas comunidades (Ap 2,14.20). El emperador era presentado como si fuera un nuevo dios resucitado (Ap

13,3.12.14). La tierra entera lo adoraba como si fuera un dios y apoyaba su régimen (Ap 13,4. 12-14).

En el Apocalipsis el imperio romano es presentado como la bestia que combate a las comunidades cristianas (13,1-18). Su poder es insolente (13,5), pues ataca a Dios con blasfemias (13,6) y pretende ser dios y dueño del mundo entero con todos sus habitantes (13,7-8). Para poder engañar al mundo la bestia tiene la ayuda de los falsos profetas, que ponen su magia, su poder y su saber al servicio del imperio (16,3; 19,20; 20.10; 13,12). Ellos, con sus maravillas, seducen a la humanidad y consiguen que muchos adoren la imagen de la bestia (13,15).

En medio de estos problemas y de sus dificultades internas, el Apocalipsis viene a darle a aquellos cristianos un mensaje de consuelo y de esperanza. Les ayuda a encontrarse nuevamente con su Dios, consigo mismos y con su misión. Quiere animarles a no desistir de la lucha por la fe.

El Apocalipsis enfrenta el problema de la persecución revelando la otra cara de los acontecimientos, el lado oculto. Ilumina los hechos con la luz de la fe y descubre que Dios es Señor de la historia. El entregó todo su poder a Jesús. ¡Ahora Jesús conduce a su pueblo a la victoria final! Nadie, por más fuerte que sea, conseguirá cambiar el rumbo del plan de Dios. Los opresores del pueblo van a ser derrotados y condenados, todos. La resurrección de Jesús es la prueba que garantiza todo esto. Así el pueblo recupera la memoria perdida y descubre la Buena Nueva dentro de los acontecimientos. Y de este modo la nostalgia se convierte en esperanza.

Juan usa en el Apocalipsis continuamente un lenguaje simbólico, lleno de visiones. Con ello pretende instruir al pueblo de una manera gráfica y además es una táctica para defenderse de la vigilancia del imperio. Se trata de cuadros con dibujos y dramatizaciones, que son más instructivos para el pueblo que las meras ideas. No hay que pretender entender cada símbolo aisladamente, sino todo el conjunto.

a) El Apocalipsis, que es una *"revelación de Jesús Mesías"* (1,1); comienza deseando al pueblo de las comunidades de Asia *"gracia y paz de parte del que es, y era y ha de venir, de parte de los siete espíritus que están ante su trono, y de parte de Jesús el Mesías, el testigo fidedigno, el primero en nacer de la muerte y el soberano de los reyes de la tierra"* (1,5).

Jesús triunfante es el motivo de gozo y esperanza para todas las comunidades que luchan en esta vida. El Apocalipsis no se cansará de apoyarse continuamente en él. El es *"el primero en nacer de la muerte"*, está vivo (1,18), realizando la promesa que el Padre hizo para nosotros. El es *"soberano de los reyes de la tierra"*, con poder para dominarlos y vencerlos.

Este Jesús, fuerte, fiel y hermano, *"nos ama"*. Llegó a derramar su sangre para liberarnos (1,5), y hacer de nosotros *"sacerdotes para su Dios y Padre"* (1,6). El tiene *"el poder por los siglos de los siglos"* (1,6). Al final de los tiempos, él volverá sobre las nubes: *"todos lo verán con sus ojos, también aquellos que lo traspasaron"* (1,7).

Juan, que es un artista, un poeta, tuvo una experiencia muy profunda del poder, del amor y de la santidad de Jesús. Por eso pinta a Jesús de una manera muy gráfica. Dice que vio *"una figura humana vestida de larga túnica con una faja dorada a la altura del pecho. El pelo de su cabeza era blanco como lana, como nieve; sus ojos llameaban, sus pies parecían bronce incandescente en la fragua y era su voz como el estruendo del océano. Con la mano derecha sostenía siete estrellas, de su boca salía una espada aguda de dos filos y su semblante resplandecía como el sol en plena fuerza"* (1,13-16). Una visión no puede ser tomada toda al pie de la letra, palabra por palabra. Lo importante es darse cuenta de la fuerza de este Jesús que *"nos ama"*. Su túnica larga es señal de su sacerdocio. La faja dorada nos dice que él es rey. Los cabellos blancos sugieren su eternidad. Sus ojos como llama de fuego indican su ciencia divina. Los pies de bronce son señal de firmeza y estabilidad. Su voz fuerte revela majestad y poder. La espada que sale de su boca es su palabra que tiene el poder de Dios. Su rostro como el sol sugiere su autoridad.

Al ver así a Jesús, Juan cae como muerto a sus pies (1,17), señal de la debilidad y miedo que tenían las comunidades. Pero en este momento el cuadro inmóvil de Jesús se convierte en algo activo. Coloca su mano derecha sobre Juan y dice: *"No temas, yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero como ves estoy vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la muerte y del abismo"* (1,18). Este gesto y esta frase de Jesús son como el centro del mensaje del Apocalipsis.

b) El capítulo quinto trata de la visión del Cordero degollado. En la mano de Dios está un libro cerrado con siete sellos (5,1). Contiene el itinerario de la historia desde el año 33 hasta el fin. Nadie es capaz de abrir el libro (5,3). Juan llora (5,4). Es la situación de las comunidades. Ellos lloran porque creen que Dios ya no controla la historia. Alguien dice: *"No llores, ha vencido el león de la tribu de Judá, el retoño de David; él abrirá el libro y*

sus siete sellos" (5,5). Juan ve entonces "un Cordero... como degollado" (5,6). Es Jesús, que acaba de entrar en el cielo, llevando en su cuerpo las señales de la pasión. Jesús recibe el libro de las manos de Dios (5,7), y se convierte así en el Señor de la historia (5,13). Es él el que va a asumir el control de los acontecimientos y a ejecutar el plan de Dios. Gracias a la sangre del Cordero la liberación está ya en camino. El está ya liberando al pueblo (5,9-10). Resucitando de la muerte, Jesús recibió todo el poder y asumió el liderazgo: a él "la gloria y el poder por los siglos de los siglos" (5,13). El imperio va a ser derrotado por el Cordero (17,14). Y como en el antiguo éxodo (Ex 15,1-22), también ahora todos estallan en un "cántico nuevo" de alabanza (5,9.12-14).

c) En el capítulo XI se habla de la venida definitiva del Reino de Dios. Después de que el séptimo ángel toca la trompeta (11,15), se oye una aclamación que dice: *"¡El reinado sobre el mundo ha pasado a nuestro Señor y a su Mesías, y reinará por los siglos de los siglos!" (11,15). Los veinticuatro ancianos, o sea, los representantes de todo el pueblo se arrodillan, adoran a Dios y dicen: "¡Gracias, Señor Dios, soberano de todo, el que eres y eras, por haber asumido tu gran potencia y haber empezado a reinar!" (11,17). Es el inicio de la celebración final de la historia. La venida de Dios en la historia de los hombres es el nuevo éxodo que acaba de terminar. ¡El fin llegó! ¡Dios probó para siempre que él es "Yavé", Dios con nosotros, Dios liberador!*

d) El capítulo XIV marca la oposición total que existe entre el Cordero y la bestia; entre los *"que llevaban inscrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre"* (14,1) y el mundo de gente marcada con el número de la bestia; entre el susurro del canto de victoria que alaba a Dios (14,2-3), y las palabras insolentes y blasfemas contra Dios; entre la fidelidad que resiste al imperio sin contaminarse (14,4), y la seducción del imperio que lleva a adorar a la bestia.

El pueblo de las comunidades sigue al Cordero, sin contaminarse con el culto de los falsos dioses: son vírgenes (14,4). Alimentan su fe y perseverancia con la certeza de que Dios, y no el imperio, es el dueño del mundo (13,10). Se organizan de manera fraterna e igualitaria, como antiguamente las doce tribus (7,3-8). Es la lucha resistente del pueblo perseguido que, a largo plazo, va a derrotar al imperio (17,14). El tercer ángel anuncia la derrota final de todos los adoradores de la bestia (14,9-11). Y esta certeza da fuerza a las comunidades para continuar resistiendo (14,12-13).

e) Desde el capítulo XVII al XIX, 10 sigue una nueva visión de Babilonia y su caída. Juan recibe una invitación: *"Ven acá, voy a mostrarte la sentencia de la gran*

prostituta" (17,1). El ve una mujer ricamente ataviada (17,3-4). Su nombre es: "*La gran Babilonia, madre de las prostitutas y de los abominables ídolos de todo el mundo*" (17,5). Ella está "*borracha... de la sangre de los testigos de Jesús*" (17,6). Juan deja claro que se trata de la ciudad de Roma, capital del imperio (17,9): "*La mujer que viste es la gran ciudad, emperatriz de los reyes de la tierra*" (17,18). La causa de la maldad del imperio fue su deseo de lujo y su afán de acumulación planificada y organizada (18,3.7.9-20.23). Por eso se volvió "*en morada de demonios*" (18,2).

Después del juicio a la gran prostituta, llega el tiempo de "*las bodas del Cordero*" (19,7). Su esposa, el pueblo de Dios, ya está lista. Ya se distribuyen las invitaciones para la fiesta (19,9). Pero antes de la fiesta final, viene la derrota total de los adoradores de la bestia.

f) Desde el 19,11 al 20,15 habla el Apocalipsis de la derrota final del dragón, de la bestia y de sus adoradores. Se trata de visiones, de símbolos, que no se deben tomar al pie de la letra. Lo que quieren enseñar es que al final el mal será totalmente derrotado: la victoria será del bien y de la justicia.

En la primera derrota contra el mal (19,11-21) aparece "*un caballo blanco*" (19,11). Su jinete tiene varios nombres: "*El fiel y el leal*", "*Palabra de Dios*", "*Rey de reyes y Señor de señores*" (19,11.13.16). ¡Es Cristo Jesús! Acompañado por los ejércitos celestiales (19,14), él viene a juzgar y combatir con justicia (19,11).

En la segunda derrota y juicio final (20,7-15), después de dura lucha, finalmente el dragón es tomado preso y arrojado al lago de fuego, donde ya se hallaban la bestia y el falso profeta (20,10). Y allá se quedarán por los siglos de los siglos. Enseguida Juan ve el trono blanco de Dios (20,11), quien obliga a la muerte a devolver a todos los que por ella fueron engullidos en el correr de la historia (20,13). Todos son juzgados, cada uno conforme a sus obras (20, 12-13). Terminado el juicio, la propia muerte, ya vencida, es arrojada en el lago de fuego (20,14). Y junto con ella van todos los que no estaban inscritos en el libro de la vida (20,15). Es la "*segunda muerte*" (20,14). ¡La muerte a la propia muerte! ¡Al final sólo va a quedar la vida y vida en abundancia! (Jn 10,10). ¡Todo está listo para la fiesta final!

g) El futuro que Dios ofrece es una nueva creación (21,1-22,5), "*un cielo nuevo y una tierra nueva*" (21,1). El mar, símbolo del poder del mal, ya no existe. En la primera creación Dios inició su trabajo creando la luz, pero quedó la noche (Gén. 1,3.5). Aquí, en la nueva creación del futuro, vence la luz; la noche, la oscuridad, ya no existen más (21,25;

22,5). ¡Todo es luz! El mismo Dios brilla sobre su pueblo (22,5). La ciudad de Dios está iluminada por *"la gloria de Dios y su lámpara es el Cordero"* (21,23). Del dolor antiguo nada quedó (21,1.4). Y Dios proclama: Sí, ahora *"todo lo hago nuevo"* (21,5). *"Allí no habrá ya nada maldito"* (22,3). *"Dios en persona estará con ellos y será su Dios. El enjugará las lágrimas de sus ojos; ya no habrá muerte, ni luto ni dolor, pues lo de antes ha pasado"* (21,3-4).

Como antiguamente, después de la salida de Egipto, también ahora Dios viene a vivir con su pueblo (21,3), y hace con ellos su Alianza: con todos y con cada uno en particular (21,3; 21,7). ¡Es la perfecta armonía del pueblo entre sí y del pueblo con Dios! ¡Del individuo con la comunidad y de la comunidad con el individuo! Nadie se pierde ni en el anonimato de la masa del pueblo, ni en el individualismo de una fe que sólo piensa en sí mismo.

El futuro que Dios ofrece es también un pueblo renovado, bello como una novia. La ciudad del imperio era una prostituta; la ciudad de Dios es una novia, toda arreglada para su marido (21.2). Su esposo es el Cordero (21,9). Ella es la hija de Sión, imagen del pueblo de Dios. Es la mujer que luchó contra la muerte y contra el dragón. Aquí, en el futuro de Dios, la lucha terminó. La serpiente, sus falsos ídolos y sus falsos profetas, ya no molestan más. La novia, el pueblo, se prepara para la unión definitiva con Dios, para el casamiento con el Cordero (19,7.9; 21,9). Es la fiesta final y definitiva.

El futuro principal que Dios ofrece es él mismo, Dios presente para siempre en medio de nosotros. El cielo descende a la tierra, transformada para siempre en morada de Dios (21,2). Dios es la fuente de la vida (21,6; 22,1). Es el principio y el fin de todo (21,5). Yavé, Dios con nosotros, Dios liberador, será nuestro Dios para siempre (21,3). El mismo será nuestra luz; su gloria ilumina a su pueblo (21,23) y brillará sobre él (22,5). Dios es luz, Dios es Padre (21,7). Y todos, para siempre, contemplarán su rostro: *"Lo verán cara a cara y llevarán su nombre en la frente"* (22,4).

¡Será el triunfo definitivo de Dios en la historia! A la luz de la seguridad de la victoria final, los cristianos de entonces y los de ahora nos sentimos animados para seguir tras las huellas de Jesús en busca del rostro del Dios verdadero. ¡Sabemos que el Dios de Jesús, Dios de vida, ha de triunfar contra todas las falsas divinidades de la muerte!

Bibliografía

CARLOS MESTERS, Cielo nuevo y Tierra nueva, Esperanza de un Pueblo que lucha, La Paz, 1985.

SALMO AL DIOS ENTERAMENTE BUENO

Señor, Dios nuestro te queremos dar gracias
porque en Jesús te has revelado
como un Dios Enteramente Bueno.
En esto no te pareces a nosotros;
en esto te diferencias de todas las imágenes
que, sublimándonos, nos hacemos los hombres de ti.
Tú amas todo lo que has creado;
tú has establecido con nosotros una alianza eterna
y nada podrá quebrantarla.
Por eso no te enfureces con nuestros pecados
ni tomas venganza de los que obran el mal;
no matas a los que matan
sino que los proteges, como a Caín, de sus vengadores.
Porque eres enteramente bueno
haces salir el sol sobre justos y pecadores.
Es que amas a cada uno
y no quieres la muerte del pecador
sino que se convierta y viva.
A todos nos perdonas los pecados
y haces sentar a la misma mesa
al que llegó a última hora
y al que trabajó desde el amanecer.
Te damos gracias porque en todo esto te revelas
como Enteramente Bueno.
Estás tan apartado del mal
estás tan ajeno a todos los mecanismos del mal
que ni siquiera castigas a los transgresores
para no añadir violencia a nuestras violencias.
Tú no tienes el poder de matar
porque ese no es un poder divino.
Tu poder es amar sin medida
crear, sanar, perdonar
y hasta triunfar de la muerte.
Tu justicia no es tasar y medir

sino hacernos justos
y reconciliarnos por fin en esa justicia de vida.
Dios nuestro, estamos contentos
de que tú seas nuestro Padre,
y puesto que nos hiciste a tu medida
danos un corazón generoso como el tuyo.

(Pedro Trigo, Salmos del Dios Enteramente Bueno,
Gumilla, Caracas 1983, pgs. 11-12)

Bibliografía selecta

- ALBERT NOLAN, ¿Quién es este Hombre?, Sal Terrae, Santander 1981.
CVX, Jesucristo, Sal Terrae, Santander 1981.
CARLOS BRAVO, Jesús hombre en conflicto, CRT, México 1986.
– Galilea año 30, Para leer el Evangelio de Marcos, EDICAY, Cuenca 1993.
CARLOS ESCUDERO, Devolver el Evangelio a los Pobres, Sígueme, Salamanca 1978.
CH. SAULNIER, Palestina en los tiempos de Jesús, Cuadernos bíblicos 27, Verbo Divino, Estella 1981.
CHRISTIAN DUQUOC, Cristología, Sígueme, Salamanca 1978.
– Dios Diferente, Sígueme, Salamanca 1978.
EDWARD SCHILLEBEECKX, Jesús la Historia de un Viviente, Cristiandad, Madrid 1983.
ENDO SHUSAKU, Jesús, Sal Terrae, Santander 1980.
FRANCISCO LOPEZ - MELUS, Las Bienaventuranzas, Zaragoza 1982.
HOAC, Jesús de Nazaret, Madrid 1985.
J. L. CARAVIAS, Cristo es Esperanza, Latinoamérica Libros, Buenos Aires 1984.
JOACHIM JEREMIAS, Abbá, El Mensaje central del Nuevo Testamento, Sígueme, Salamanca 1983.,
– Jerusalén en tiempos de Jesús, Cristiandad, Madrid 1977.
– Las Parábolas de Jesús, Verbo Divino, Estella 1981.
JON SOBRINO, Cristología desde América Latina, CRT, México 1976.
– Jesús en América Latina, Sal Terrae, Santander 1982.
– La Oración de Jesús y del Cristiano, Paulinas, Bogotá 1981.
JOSE COMBLIN, El Enviado del Padre, Sal Terrae, Santander 1977.
– Jesús de Nazaret, Santander 1977.
JOSE IGNACIO GLZ FAUS, Acceso a Jesús, Sígueme, Salamanca 1979.
– la Humanidad Nueva, Razón y Fe, Madrid 1979.
JOSE RAMON GUERRERO, El Otro Jesús, Sígueme, Salamanca 1978.
JOSE RAMOS REGIDOR, Jesús y el Despertar de los Oprimidos, Sígueme, Salamanca 1984.
JOSEPH DONDEERS, Jesús el Ignorado, Lohlé, Buenos Aires 1982.
JOSEPH FITZMYER, Catecismo Cristológico, Sígueme, Salamanca 1984.
JUAN LUIS SEGUNDO, El Hombre de Hoy ante Jesús de Nazaret, Cristiandad, Madrid 1982.

LEONARDO BOFF, El Padre Nuestro, Paulinas, Madrid 1982.
– Jesucristo el Liberador, Indo-América, Bogotá 1977.
– Pasión de Cristo, Pasión del Mundo, Sal Terrae, Santander 1980.
MILAN MACHOVEC, Jesús para Ateos, Sígueme, Salamanca 1976.

INDICE

	Pág.
Presentación	5
Introducción	7
I. LA FE DE JESUS	11
1. La ciencia de Jesús	11
2. La fe de Jesús	15
3. Búsqueda constante de Dios y de su Reino	18
4. Jesús se siente enviado del Padre	21
5. Al Padre lo conoce sólo el Hijo	24
II JESUS SIENTE A DIOS COMO ABBA QUERIDO	29
1. Una nueva experiencia de Dios	29
2. Actitud filial de Jesús ante Dios	32
3. Para Jesús Dios es Abbá	34
III JESUS ES IMAGEN DE LA BONDAD DEL PADRE	41
1. El que me conoce a mí, conoce al Padre	41
2. Jesucristo, sacramento del encuentro con Dios	43
3. Un corazón bondadoso y compasivo	44
4. Servidor de todos	48
5. La alegría de un Dios que sabe perdonar	51
6. Jesús es el sello de la fidelidad de Dios	57
IV ESTA BUENA NOTICIA DE JESUS ES PARA LOS POBRES	61
1. Los mal vistos en la sociedad en que vivió Jesús	61
2. Jesús se solidariza con estos marginados	65
3. Jesús anuncia a los marginados la Buena Noticia de Dios	68
4. El gozo de que así lo quiere el Padre	71
5. Jesús explica a los escandalizados el por qué de esta actitud suya	75

V	JESUS ENSEÑA UNA NUEVA MANERA DE ORAR	83
	1. La oración de Jesús	83
	2. Las enseñanzas de Jesús sobre la oración	88
	3. Originalidad de la oración cristiana	93
VI	PADRE NUESTRO	100
	1. Jesús enseña a sus discípulos a invocar a Dios como Abbá querido	100
	2. No todos son hijos de Dios	103
	3. El don de ser hijos de Dios	105
	4. La fe en el mismo Padre nos hace hermanos	107
VII	VENGA A NOSOTROS TU REINADO	116
	1. El Dios del Reino	116
	2. Significado del Reino de Dios	118
	a. El Reino de Dios es Buena Noticia para los pobres	119
	b. Para entrar en el Reino de Dios hay que cambiar de vida	122
	c. El Reino de Dios va construyendo una nueva sociedad	124
	3. El Reino de Dios no es anunciado a todos	127
	4. Lo que no es el Reino	129
	5. Construir el presente desde el futuro	132
	6. Una Iglesia para el Reino	135
VIII	JESUS DESENMASCARA LAS FALSAS DIVINIDADES	140
	1. El Dios de Jesús es conflictivo	140
	2. Jesús fue condenado por blasfemo	144
	3. Jesús fue ajusticiado como rebelde político	148
	4. ¿Un Dios diferente?	150
	5. Jesús lucha contra las divinidades de la muerte	154
IX.	EL SUFRIMIENTO COMO MODO DE SER DE DIOS	160
	1. ¿Puede sufrir Dios?	160
	2. El escándalo de un Dios crucificado	163

3. En la cruz Dios revela la forma más sublime del amor	167
4. La espiritualidad de la cruz en el seguimiento de Jesús	172
5. La cercanía de la cruz hace creíble el poder del Resucitado	178
X LA VICTORIA DE DIOS EN JESUS	184
1. Dios resucitó a Jesús de entre los muertos	184
2. El hecho de la resurrección	187
3. La resurrección confirma la verdad del Dios de Jesús	191
4. El que resucita es el Crucificado	193
5. Vivir hoy la resurrección de Cristo	197
6. El Mesías ha resucitado como primer fruto de los que duermen	201
7. Jesús resucitado sigue viviendo una esperanza	205
XI CREEMOS QUE JESUS ES DIOS	212
1. Cómo ven las primeras comunidades a Jesús resucitado	212
2. Jesús es el Mesías esperado	216
3. Jesús es el Hijo de Dios	218
a. El testimonio de Pablo	219
b. El testimonio de Juan	222
4. Conocer a Dios desde Jesús	227
5. Verdadero Dios y verdadero hombre	229
6. Desde Jesús, Dios es Padre, Hijo y Espíritu	232
XII APOCALIPSIS: EL TRIUNFO DEFINITIVO DE DIOS EN LA HISTORIA	240
Salmo al Dios Enteramente Bueno	250